

OCHO APPELLIDOS

MARIO ALBELO • BORJA ECHEVARRÍA



Lectulandia

¿Qué pasó entre *Ocho apellidos vascos* y *Ocho apellidos catalanes*?

Rafa se ha mudado a Argoitia y vive en el caserío con Amaia. Bueno, con ella y con su padre Koldo. Y con Merche. Trabaja en un batzoki sirviendo patxaranes y fregando baños; no tiene ni un solo amigo, no entiende el euskera, su suegro le hace la vida imposible... pero es tan feliz que le ha pedido a Amaia matrimonio. Lo que no sabe es que la irrupción de su padre y de su amigo del alma, el Pulga de Chipiona, provocará un auténtico terremoto.

Si te reíste con las películas, te troncharás con este libro. La divertida novela que cuenta la historia de Rafa y Amaia que no verás en el cine.

Lectulandia

Borja Echevarría & Mario Albelo

Ocho apellidos

ePub r1.0

Titivillus 31.12.15

Título original: *Ocho apellidos*
Borja Echevarría & Mario Albelo, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

LA VIDA EN ARGOITIA

—Ojú, la *pechá* de lluvia que está cayendo. El miércoles le dije a mi suegro: «Tú tranquilo, Koldo, que en diez minutos escampa y se queda un día de lujo». De eso hace tres días y aún no ha parado de jarrear. Como siga así nos van a tener que sacar de aquí en patinete.

Rafa se rio él solo de su propio comentario. Su interlocutor, un señor más vasco que un auresku, le miró serio.

—Un patinete, vamos, de los de la playa de toda la vida, que tienen pedales... — trató de explicar Rafa.

—Nombre y apellidos.

A Rafa se le congeló la sonrisa y notó cómo el salero andaluz se le iba diluyendo con el sudor de sus manos hasta dejarle marca en el pantalón rosa de pinzas que se había puesto para la entrevista.

—Rafael. Rafael Quirós. Pero, vamos, que si quiere me puede llamar Rafa, para romper un poquito el hielo.

—Vive usted en Argoitia, ¿no?

—Hombre, vivir lo que es vivir... Llevo aquí unos meses, en plan visita. Pero yo me considero ciudadano del mundo...

—¿Ciudadano qué?

—Que sí. Que vivo aquí. En la Urbizu Kalea, entre el Eroski y el frontón. Vamos, que lo mismo puedo ir a comprar unas chistorras que jugar un poco a cesta pelota.

—¿Euskera habla?

—Bai —le dijo Rafa con orgullo—. Habrá notado que le podía haber dicho que sí, en castellano, pero es que me sale en euskera, de natural.

—Zer ordu da?

—Bai, bai.

—Le he preguntado que qué hora es.

El nerviosismo de Rafa subió un par de grados, y la temperatura de su cuerpo, otros cuatro.

—No, a ver, que era un bai no de sí del todo, era más un bai de que sí que quiero aprender euskera y estoy en ello, pero me va a reconocer usted que fácil, lo que es fácil, no es.

El entrevistador hizo algunas anotaciones en su cuaderno y tras un suspiro continuó con la entrevista. Mientras, Rafa se aferraba disimuladamente a una estampita de la Virgen de Regla que siempre llevaba en el bolsillo para ocasiones como esta.

—¿Vive solo, en pareja...?

—Con mi novia, Amaia. Bueno, y con mi suegro. Y con Merche, su pareja. La de

Koldo, no la de mi novia, a ver si me entiende...

—A ver si he entendido bien: tiene treinta y seis años y sigue viviendo con sus suegros.

Rafa tragó saliva y asintió.

—¿Y ha tenido otros trabajos en Argoitia?

—¿Trabajos? Los riñones me he dejado yo trabajando aquí en este pueblo. Que los andaluces tenemos fama de vagos, pero cuando nos ponemos... lo mismo te montamos una Expo y todo.

—¿Y en qué ha trabajado?

—¿Eh? En... en lo que viene siendo así, por decirlo de alguna manera... Un puestecito bastante majo en una empresa clave en las finanzas españolas. Españolas y vascas, no me malinterprete.

—¿Pero qué hacía?

—Montaba bolis.

—¿Perdón?

Rafa pensó que quizá no iba a dar buena imagen si le narraba con detalle que se tiró cinco semanas montando bolígrafos en casa, a nueve euros cada doscientos bolígrafos. Y que, además, le echaron a los diez días por no cumplir los plazos del contrato. Así que cambió bruscamente su historia sobre la marcha y fingió que lo de los bolis había sido una broma y que en verdad había trabajado en una gestoría.

—Pero cuál era su labor, exactamente.

—Gestionar. Gestionar... cosas.

Tenía la ligera impresión de que el entrevistador no había quedado muy fascinado con su relato. Por eso se lanzó a contarle con detalle sus años de camarero en el tablao de Sevilla junto a Curro y Joaquín, sus amigos del alma. Incluso se jactó de tener el récord de rebujitos servidos en la Feria de Abril de 2011. El mismo año en el que también batió el récord de números de teléfono conseguidos para su churriagenda en una sola noche, aunque eso prefirió omitirlo.

Tres días después de la entrevista, Rafa recibió una llamada: el puesto era suyo. Empezaba como camarero en el batzoki de Argoitia. Por fin tenía un trabajo digno. Bueno, ocho horas al día sirviendo txakolís y limpiando retretes tampoco es que fuese un trabajo muy digno. De hecho, ni siquiera era un trabajo, porque el contrato era de prácticas por cuatrocientos diez euros al mes y sin derecho a propinas. Pero al menos era algo con lo que apaciguar a Koldo, que seguía teniendo el prejuicio del andaluz perezoso y holgazán. En parte basado en las siestas interminables que Rafa se pegaba cada día después de comer.

Koldo. Desde luego ese había sido el hueso más duro de roer en los siete meses que llevaba en Euskadi, o en las Vascongadas, como aún se le escapaba a Rafa de vez en cuando. Pero Koldo ya no se refería a su yerno como «el andaluz de los cojones», ahora solo hablaba de él como «el andaluz», todo un logro conseguido a base de repetidos sacrificios. A menudo, Rafa acompañaba a su suegro a recoger setas a las

cinco de la mañana, experiencia que le sirvió para dos cosas: una, aprender a levantarse a la hora a la que él solía llegar de fiesta en Sevilla. Y dos, comprobar que para subir al Gorbea es mejor hacerlo con botas de monte y no con mocasines de ante con borlas.

Otra experiencia que también reforzó la amistad entre ambos fue la salida que hicieron juntos en el Sabino, el pesquero de Koldo. Según este, salieron solo a ver si pescaban alguna cosilla para la cena. El paseo en barco se convirtió en semana y media a la deriva por el mar Cantábrico. Rafa no vomitaba tanto desde el botellón que hizo en las fiestas de Utrera antes del concierto de Manu Tenorio.

—¡Lo mejor para que no te entren las náuseas es mantenerse ocupado, Rafa! —le gritó Koldo en mitad de la Tormenta Perfecta.

—Voy haciendo la comida a ver si se me corta el grifo, que a este paso acabo en urgencias.

—La única comida que nos queda son los bonitos, así que vete destripándolos uno a uno. Y después te pones con los verdes.

Efectivamente, Rafa acabó en urgencias con un cuadro de deshidratación severa. Aunque salvo este pequeño incidente marino, la comida resultó otro nexo de unión entre Koldo y él. Se había convertido en el conejillo de indias de su suegro y siempre era el primero en degustar los platos que preparaba. Lo que le costaba un poco más era pronunciar sus nombres: marmitako, tripotx, intxaursalsa, goxua... Todo le sonaba como a nombres de Gormitis. Eso sí, había que reconocer que Koldo tenía buena mano para los fogones, y por muchas kas y equis que tuviesen sus platos, estaban deliciosos.

El día de San Rafael, como cosa excepcional, Koldo permitió que Rafa tomara los mandos de la cocina. Más contento que unas castañuelas, se marcó una bandeja de papas aliñás, uno de los platos típicos de su tierra. Koldo pinchó dos patatas con un palillo, las observó sin ninguna confianza, las olió, y se las metió en la boca. Se tomó su tiempo, se recostó en la silla de la cocina y masticó sin prisa mientras Rafa le miraba con orgullo y satisfacción. Su veredicto: «Ya estás tirando esas patatas al perejil por el retrete. Me voy a echar un pote a ver si me quita el regusto de la mierda esa».

Así era Koldo. Pero Rafa sabía que debajo de ese escudo antimisiles se escondía algo parecido al cariño. Cariño que le demostraba con manotazos en la espalda que le dejaban el hombro anestesiado durante varios minutos. Aun reconociéndole ese afecto soterrado, Rafa necesitaba de vez en cuando cierta desintoxicación vascuence, cualquier cosa que le acercase por unas horas a esa España que tanto echaba en falta. Añoranza que compartía con Merche, porque cuando coincidía que Koldo y Amaia estaban fuera, aprovechaban para hacerse sus migas con chorizo, mientras escuchaban a todo volumen un CD de Pablo Alborán que Rafa escondía celoso en el bolsillo interior de uno de sus abrigos.

De cualquier manera, Rafa también se esforzaba por participar del ocio que

ofrecía Argoitia, es decir, bares, sidrerías, un frontón y el cine Igeretxe, donde se había tragado los taquillazos del momento: *Supermán* altzairu gizona, *Budapest* hotel handiay *X-Men*: Azken etorkizuneko egunak. Siempre con la linterna del móvil apuntando a su libro *Euskera para Dummies* con la esperanza de poder hacer una traducción simultánea. Aprender no aprendió mucho, más bien nada. Lo único que le quedó claro es que Bakarrik zu zatoz? significaba «¿Viene usted solo?», que es lo que siempre le preguntaba la taquillera.

Lo de hacer amistades le resultó más complicado pero, eso sí, consiguió algo inaudito hasta la fecha. Es sabido que en los bares vascos se sigue esa tradición de las cuadrillas de chicos por un lado y las de chicas por otro. Pues Rafa fue capaz de que aquel panorama cambiase por primera vez en la historia. Ahora se podía ver a los chicos a un lado, a las chicas en otro, y entre ambos grupos, más solo que la una, a Rafa, apoyado en la barra y sorbiendo un Malibú con Coca-Cola. Cuando por fin se desinhibía un poco, soltaba un «Kaixo!», así un poco al aire, o un socorrido «¿Hora tienes?», con la esperanza de entablar cualquier tipo de conversación, aunque fuera sobre la recolecta del pimiento de Gernika. Pero Argoitia era terreno muy duro para forjar amistades. Si en Sevilla lo normal era salir con sus cuatro amigos y acabar la noche con quince desconocidos que se habían unido al cachondeo, en Argoitia el desconocido siempre era Rafa y nadie parecía querer acabar la noche con él. Ni empezarla. Y cachondeo, el justito.

Para no aburrirse en aquellas noches interminables, se dedicaba a mirar en el móvil las fotos de las últimas juergas que se había pegado con Curro y Joaquín antes de mudarse al norte. Aquello le animaba un poco y se prometía llamarles al día siguiente para ver cómo les iba por allí abajo. Después siempre se rajaba por miedo a que le entrara la morriña. Se los imaginaba como les dejó, cada uno con su botellín en la mano, enseñando a bailar sevillanas a las Erasmus danesas o invitándolas a pescaíto frito en alguna terraza de Triana frente a la Torre del Oro, en una noche estrellada de primavera, con el Guadalquivir susurrando...

—Chsssst. ¡Eh, txotxolo! ¿Estás *embobao* otra vez o qué hostias? ¡Venga vente para acá, cago en sozt!

Siempre era igual con Koldo. Primero le insultaba con cariño y después le invitaba a unirse a él y sus amigos a jugar al mus. Y así acababa Rafa las noches del sábado, jugando a las cartas con su suegro y otros tres señores medio borrachos. Y con cincuenta euros menos en la cartera, porque Koldo y su cuadrilla siempre, siempre, le acababan desplumando.

La vida de Rafa en Argoitia no era precisamente de ensueño, sin embargo, había algo que compensaba todo lo demás. Por muy mal que se hubiese dado el día, por muchos retretes que hubiese limpiado en el batzoki y por mucho que le doliese el hombro por las sacudidas de Koldo, cuando llegaba a casa y veía a Amaia, aquello era como un bálsamo que le sanaba las heridas. Rafa la observaba constantemente, sin que ella se diese cuenta. Se fijaba en su cuello, largo como un cisne, en ese

flequillo monísimo cortado por un demente y que le sobresalía por debajo de la cinta morada que llevaba sobre la melena. Y sobre todo, se fijaba en esa carita de rasgos perfilados a cincel, o «de gitanita mora» como pensaba Rafa para sus adentros, aunque por supuesto nunca se lo decía. Cuando ya no se podía contener más, se iba hacia ella con ese puntito de borrachera de endorfinas de los enamorados y le decía:

—¡Buenas noches, princesa!

—Vete a tomar por culo, Rafa, que no estoy de humor.

No es que Amaia no quisiese a Rafa, era solo que en cuanto a expresividad afectiva estaba al mismo nivel que Robocop. La mala leche le venía de serie, en unos genes que eran una mezcla de la frialdad típica de la zona y la mala gaita de su padre.

Por las noches Rafa se había acostumbrado a la manía de Amaia de dormir cada uno en su lado del colchón. Ahí se levantaba un muro no visible que riéte tú del de Gaza. Pero a eso de las dos, cuando ella dormía profundamente, Rafa se acercaba a abrazarla por detrás y hundía la cara en su espalda. Al día siguiente, Amaia amanecía siempre agarrada a uno de sus brazos, y Rafa se derretía por dentro, cogía el despertador y lo atrasaba diez minutos para alargar la situación al máximo.

Aun con todas esas trabas, la relación entre Rafa y Amaia se había consolidado y pasaba por su mejor momento. Los meses que llevaban de convivencia les habían servido para conocerse mejor y descubrir más cosas el uno del otro. Y lo que habían descubierto les gustaba mucho. Bueno, excepto que Rafa se anudara aquel jersey amarillo al cuello y que hubiera sintonizado la TDT para poder ver los programas de Juan y Medio. Aquello Amaia lo odiaba, le daba asco, lo detestaba con toda su alma. Pero por lo demás, todo genial.

Tan a gusto estaban el uno con el otro que un 27 de septiembre, a primera hora del día, mientras observaba con ternura cómo dormía Amaia aferrada a su brazo, Rafa decidió que había llegado el momento de pedirle en matrimonio. Quería que fuese algo especial, no como cuando se lo pidió en el disco pub El chispazo de Sevilla a una belga que había conocido media hora antes mientras bailaban un perreo a ritmo de Daddy Yankee. Ni como esa otra vez que se lo propuso por SMS a las cinco de la mañana a una novieta que se echó en Tarifa. No, esta vez tenía que ser algo serio y bien hecho. Así que se metió en Google y escribió: «Ideas para pedidas de mano guapas y cachondas», pero excepto un videotutorial bastante gracioso de un ecuatoriano, no encontró nada convincente. Tendría que pensar por sí mismo en una pedida de mano auténtica, hecha a medida para Amaia Zugasti.

Tres días más tarde, Rafa se encontraba en un local de ensayo en Pamplona junto a otras cuatro personas. Leía un papel mientras el resto le observaban extrañados.

—Tus costillas contra el suelo... hostia en la boca, hostia en los huevos —comentó Rafa mientras levantaba la vista del papel—. Oye, ¿pero esto es legal decirlo? A lo mejor por eso nunca os han llevado a Eurovisión.

—Chaval, que somos Barricada, no Mocedades —le soltó El Drogas, mítico cantante de la banda—. ¿Tú nunca has estado en un concierto de rock o qué cojones?

—Mire, don Drogas, ahí ha dado usted en hueso, porque a los Mojinos Escozíos les habré visto lo menos tres veces y otra estuve a punto de ir a un *unplugged* de Medina Azahara.

Los músicos aguantaron la risa como pudieron. Barricada era el grupo favorito de Amaia y Rafa había conseguido contactar con ellos gracias a un compañero del batzoki, primo segundo del batería.

—A ver, troncos —Rafa intentó ganarse la confianza del grupo imitando su jerga—. Yo sé que esto de las bodas a vosotros os parecerá tope de carga, una *full* de Estocolmo... o de Estambul, o como se diga. Pero a mi chorba le van estas movidas jartas, ya sabéis cómo son las pibitas...

—Vas a sorprenderla en la pedida de mano y quieres que le firmemos unos discos, ¿no? —soltó uno de ellos antes de desenroscar con los dientes el tapón de una litrona.

—No. Quiero que toquéis para ella.

Al de la litrona se le calló el tapón al suelo. Los Barricada llevaban años separados y ningún promotor ni nadie había conseguido volverlos a juntar.

—Por lo que más queráis en el mundo: la cerveza, las navajas, la droga dura o lo que sea... Ayudadme, que sé que si tocáis para ella, se muere de la ilusión.

Los del grupo no daban crédito a la situación. Un sevillano de acento cerrado, con mocasines y pantalón rosa, les estaba proponiendo reunirse de nuevo para una pedida de mano.

—Venga, hombre. Que detrás de esas melenas y las camisetas de calaveras estoy seguro... No, no del todo seguro, pero casi, de que tenéis un corazoncito.

Finalmente, y tras beberse dos litronas y darle tres caladas a un porro de marihuana, Rafa se ganó la confianza de los músicos. Eso sí, le pegó tal bajada de tensión que el mismo Drogas le tuvo que sacar a la calle a rastras a que le diera un poco el aire. Pero había merecido la pena.

Todo salió según lo previsto. Amaia llegó al batzoki para recoger a Rafa con el taxi, y una vez dentro, se apagaron las luces, se encendieron unas bombillitas de colores —las de Navidad con cara de Papá Noel, las únicas que Rafa pudo conseguir a última hora— y la banda empezó a tocar. Rafa salió de la cocina y se acercó a Amaia sonriendo. Intentó agarrarla y bailar juntos un rato, pero los berridos de El Drogas a medio metro tampoco ayudaban mucho. Amaia, sin embargo, no había expresado tantas emociones juntas en su vida. Se rio más que nunca, saltó, cantó y, por supuesto, se emocionó. Al final de la cuarta canción, Rafa sacó una cajita negra de terciopelo e hincó la rodilla en el suelo de baldosín.

—Amaia Zugasti, ¿quieres casarte conmigo?

Amaia, le dijo que bai, que sí quería. Rafa cogió el anillo de oro y zafiros y se lo colocó en el dedo correspondiente mientras los otros dos camareros del batzoki aplaudían. Amaia rompió a llorar. Rafa también lloró, incluso dos veces: cuando Amaia aceptó casarse con él y cuando les tuvo que pagar a los del grupo cuatro mil euros en metálico, casi todo lo que tenía ahorrado en su cuenta.

No le había quedado a Amaia un buen recuerdo de su última despedida de soltera, y eso que aquel fin de semana en Sevilla le sirvió para conocer a Rafa. Siempre le venía a la cabeza la humillación y el desplante de su entonces prometido, que la dejó en la estacada días antes de la boda. Rafa, aun así, trató de convencerla para que hiciese algún plan con las amigas y se quitara aquel mal sabor de boca. Aunque solo fuese acercarse a San Sebastián para tomar algo. Lo hacía por ella, para que superara el dichoso trauma. Tras mucho insistir, al final lo consiguió. Amaia no pudo negarse cuando sus amigas se presentaron en casa para llevársela a un plan sorpresa. Rafa se despidió de ellas haciéndose el sorprendido, aunque fue él mismo quien convenció a Iratxe y a Edurne para que se la llevarasen y se desfogara un poco.

En cualquier otra ocasión Rafa estaría nerviosísimo sabiendo que su novia estaba de despedida de soltera bebiendo chupitos, con varios genitales de plástico en la cabeza y bailando con *strippers*. Pero en Argoitia, no. Para la vida diaria aquel pueblo era un infierno de aburrimiento, pero para que tu novia se fuese de marcha, era una bendición del cielo. Rafa estaba convencido de que una despedida organizada por las amigas de Amaia solo podía consistir en dos cosas: tomarse un par de sidras e irse a casa de alguna de ellas a ver en DVD la última temporada de *Goenkale*, el culebrón estrella de la televisión vasca.

Esa misma noche, mientras Merche y Rafa aprovechaban la ausencia de los Zugasti para hacerse uno de sus cenorrios españoles, a Rafa se le atragantó un trozo de tortilla de patata en mitad de la tráquea. Acababa de ver en la cuenta de Euskogram de Amaia una foto con sus amigas en un privado de Amnesia, en Ibiza. Las tres abrazadas a un musculoso que, por la gorra reglamentaria y las esposas, se suponía que era un policía. Del resto del uniforme, ni rastro. Menos mal que la mesa repleta de cubatas tapaba al falso agente de la ley de ombligo para abajo y Rafa no vio más que lo que quería ver.

Casi veinticuatro horas después, Amaia llegó a casa con cara de agotamiento extremo. Rafa intentó disimular que llevaba todo el día esperándola al lado de la puerta, con un nudo en el estómago formado, mitad por envidia, mitad por celos. Había cogido un trapo y hacía como que limpiaba la mesilla de la entrada.

—¡Ya estoy aquí! —le saludó Amaia totalmente ronca, mientras soltaba la maleta.

—Ay, hola. Se me había olvidado que te habías ido con estas de despedida, ¿todo bien?

—Muy bien, ¿y tú qué haces limpiando a las doce de la noche?

—¡No me cambies de tema, Amaia, que se te da muy bien, y si vienes cansada por algo será, digo yo! —a Rafa se le notó el resquemor.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Amaia, extrañada.

—A mí no, ¿y a ti? Que desde que has llegado estás irreconocible.

—¿Estás celoso por lo de la foto que subí?

—Lo primero, no sé a que foto te refieres. Y lo segundo, si por un casual te

estuvieses refiriendo a la foto del policía en el puticlub de hombres ese al que fuisteis, ya te gustaría a ti que estuviese celoso.

—Anda, tonto, ven aquí, si te he echado un montón de menos.

Amaia agarró a Rafa de las patillas y le plantó un beso en la boca. Rafa se quedó triplemente sorprendido. Primero porque Amaia jamás le había dicho que le echase de menos, segundo porque le había dado un beso en la boca sin que fuese su cumpleaños o Nochevieja, y tercero porque ni con el beso podía borrar la imagen del *stripper* y de lo que habría detrás de aquella mesa repleta de cubatas.

—Además, tu despedida de soltera comparada con la que estoy montando yo va a ser como si os hubieseis ido al Chiqui Park de Usurbil.

—Ah, ¿que tú también vas a hacer despedida? ¿Con quién, con los camareros del batzoki? —dijo Amaia burlona.

—Con medio Sevilla. Me falta cerrar un par de detallitos nada más. Y no te pongas nerviosa desde ya, que ese día voy a intentar beber lo justo por lo que pueda pasar. Tampoco te prometo nada, ojo, que la cosa tiene pinta de fiestón épico.

En cuanto Amaia entró en la cocina, Rafa subió a la habitación saltando los escalones de tres en tres, se metió en la web www.diseñofacil.com y cinco minutos más tarde ya les estaba mandando la invitación del fiestorro a todos sus contactos sevillanos.

2

LA LLEGADA

A las siete menos cinco de la mañana, cinco minutos antes de que el gallo de los Agirregomezkorta empezara a dar la brasa, Rafa abrió los ojos de golpe, ¡zas! Como una lechuga impactadísima. La sensación que tenía era similar a la de la víspera de Reyes, inquieto por la visita de los magos de Oriente. Pero esta vez los que venían a verle no eran Melchor, Gaspar y Baltasar, sino Curro, Joaquín y demás amigos a los que había invitado a la Never Ending Rafita's Party.

A falta de nueve horas para que la expedición andaluza desembarcara en Euskadi, Rafa ya podía sentir el pistoletazo de salida de lo que iba a ser una maratón de cachondeo, alcohol y desenfreno con reminiscencias sureñas. Tanto prometía el plan, que sopesó llamar al *Guinness de los Récords* para que dieran parte de la que se iba a liar en Argoitia.

Con una energía que no se le recuerda a un andaluz, se levantó de la cama como un acróbata húngaro, se pegó una ducha rápida y bajó a la cocina a preparar el desayuno. Aún tenía tiempo hasta que el resto se despertara, así que se fue a comprar algún dulce rico para todos, como si fuera su cumpleaños. Se plantó en la Degustación Maitane a eso de las siete y media, justo a la misma hora en que Maitane aún se estaba duchando tranquilamente en su casa. Pero a Rafa no le importó esperar media hora en camiseta a seis grados y bajo una llovizna con ventisca de lo más desagradable.

El humor de Koldo por las mañanas no era precisamente el de Raffaella Carrà presentando una gala de Nochevieja. En realidad, el humor de Koldo por las mañanas era el mismo que tenía el resto del día: malo tirando a horroroso. Pero esta vez no pudo ocultar su alegría al ver que sobre la mesa de la cocina, en vez de sus tres huevos revueltos, su chistorra y sus tostadas de bonito, había unas magdalenas de chocolate, pasteles de arroz recién hechos y cruasanes con jamón de York y queso Idiazabal.

—¿Es tu cumpleaños o qué? —le preguntó Koldo con su sequedad habitual.

—Es mi despedida.

—¿Te vuelves a España? —volvió a preguntar Koldo mientras diseccionaba con el cuchillo el cruasán más grande.

—Su despedida de soltero, aita, que no te enteras —le aclaró Amaia—. Hoy llega su cuadrilla de Sevilla, por eso está así de contento.

—Uy, pues llévalas a ver La Concha, eso le gusta a todo el mundo.

A Rafa le entró la risa floja con el comentario de Merche. Se sacó un folio del bolsillo de la camisa y enumeró una a una cada actividad que tenía programada para el fin de semana.

—12:30, aperitivo en la Taberna de Aitor; 14:00, jamada loca en la sidrería Oñati;

16:00, chupitada en el bar de Josetxo; 18:00, levantamiento de vidrio en el Batzoki; 20:00, piñata picante en el frontón...

Intentó organizar una cena rociera en el batzoki, pero no hubo manera. Como mucho le ponían un bol con gazpacho Alvalle y de fondo un disco de Peret.

A eso de las cuatro de la tarde, Rafa se cogió el Euskotren, o lo que es lo mismo, el tren de cercanías, hasta el centro de San Sebastián. El día se había quedado de un gris oscuro tirando a negro y, por supuesto, llovía sin tregua, pero para él seguía siendo el más bonito del año. Ni todos los chaparrones del mundo podrían arrebatarse la emoción de aquella tarde.

Las cinco en punto, hora de llegada del Alsa Sevilla-San Sebastián. Rafa fue el primero de toda la estación en ver venir de lejos el autobús. No porque fuera más alto que el resto, sino porque estaba subido de puntillas a un banco y apoyado sobre una señora. Por fin, después de doce horas de autobús, sus amigos ya estaban en Euskadi. Los primeros en apearse fueron tres matrimonios italianos que Rafa a punto estuvo de abrazar por culpa del entusiasmo. A continuación, salieron, en este orden: un grupo de siete japoneses, dos monjas clarisas, un chaval marroquí, tres señoras hablando euskera y un tipo con corbata y cara de recién despertado. No salió nadie más, excepto el conductor para abrir los maleteros.

El tono de piel de la cara de Rafa pasó a color blanco tipo folio en no más de diez segundos. La tensión le bajó en caída libre. Y lo peor de todo, se le quedó una cara de idiota digna de enmarcar. Comprobó en el móvil que el *mail* que había enviado a sus colegas tuviera la fecha correcta. Todo estaba perfecto, la fecha y el lugar. No había equívoco posible; sus amigos le habían dejado tirado.

Disgustado y con un bajón considerable, pensó en llamarles por teléfono pidiendo explicaciones por el plante, pero le resultaba incluso humillante para él, así que dio media vuelta y volvió por donde había venido. Cuando ya iba a enfilear la calle, de pronto, entre el bullicio de la estación y el sonido de los motores, se escuchó un grito desproporcionado que resonó hasta en el barrio de Intxaurreondo.

—¡Rafa! ¡Pichita!

Rafa sintió un escalofrío que le cruzó el cuerpo desde los dedos de los pies hasta la doble capa de gomina que se había echado ese día en el pelo. «No puede ser» —pensó primero—, «que no sea, por Dios», pensó después. Pero el grito volvió a sonar, y esta vez más cercano.

—¡Rafita, coño, que soy yo!

Lentamente, Rafa se giró y comprobó que Lorenzo Quirós, de sesenta y siete años de edad y natural de Dos Hermanas, Sevilla, se acababa de bajar de aquel autobús. La única persona que había venido a su despedida de soltero era su padre.

Lorenzo lo abrazó con fuerza, pero Rafa, aún en estado de *shock*, fue incapaz de mover ninguna de sus extremidades.

—¿Qué pasa, que no te alegras de verme?

Rafa seguía procesando en su cabeza lo que estaba pasando y apenas pudo

esbozar una sonrisa.

—Anda que qué poca guasa tenéis por aquí, mi *arma* ¡Dame un abrazo con cariño y no me seas vascorro!

Este último adjetivo consiguió que varios transeúntes locales miraran a padre e hijo con cierto recelo.

—Te has emocionado, claro. Yo también lo estaría si mi padre viniera a verme una semana desde tan lejos.

—¿Una semana?! —dijo Rafa reaccionando, ahora sí, perfectamente.

—Ya sé que es poco, teniendo en cuenta que no nos vemos desde hace un tiempo.

—Trece años y siete meses que no sé nada de ti, papá.

—Pues eso, una *miajita*. Anda, ayúdame a sacar las maletas, que las tenemos ahí al fondo.

La palabra «tenemos», en plural, le hizo pensar por un momento que aquella visita loca fuera una inocentada de sus amigos, que aún estaban subidos al autobús muertos de la risa mientras observaban la surrealista escena.

—¿¿Quién más ha venido?? —preguntó Rafa.

Miró hacia el autobús, ilusionado, pero a quien vio aparecer por la puerta, con la misma energía que un Mihura saliendo de toriles, fue a Genaro Guerrilla Aguado, más conocido como el Pulga de Chipiona. A la sazón, el mejor amigo de su padre.

—¡Rafita, campeón! ¡*Crack*, que eres un *crack*!

Como apenas llegaba al metro cincuenta y cinco, el Pulga tuvo que pegar un pequeño respingo para abrazar a Rafa.

—¿Te acuerdas del Pulga, no? —le preguntó Lorenzo.

—¿Cómo no se va a acordar de mí? Si el Rafita es como mi hijo. Anda que no me pasé yo tardes ayudando a la criatura a hacer los deberes.

—¡Así me tardó el chaval diecisiete años en sacarse la EGB!

Rafa no dejaba de mirar al autobús, con la mínima esperanza de que aún se bajara alguno de sus amigos. Tras varios segundos de incertidumbre, el conductor cerró el maletero, las dos puertas y puso rumbo a Irún, última parada del trayecto.

—Bueno, qué, ¿vamos o no? —preguntó Lorenzo, inquieto.

—¿Y dónde dormís?

—En el hotel María Cristina.

—Pero si ese es un cinco estrellas —dijo Rafa.

A Lorenzo no le sentó nada bien el comentario y se quedó mirando a su hijo.

—¿Qué insinúas? ¿Que tu padre no puede pagarse un buen hotel?

—¿Yo? —respondió Rafa agobiado.

—Ya estamos con los prejuicios hacia tu padre.

—Por favor, papá, cómo voy a pensar yo... que no, hombre, que no...

Rafa intentó justificarse torpemente mientras Lorenzo le miraba de brazos cruzados.

—¡¡Que es broma tonto!!

—¿Cómo? —preguntó Rafa sin entender nada.

—¡¡Que nos quedamos en tu casa!!

Lorenzo y el Pulga rompieron a reír sin contención alguna. Llevaban planeando la broma desde Miranda de Ebro.

—¿Pero cómo vamos a irnos a un hotel? ¿Tú has *perdío* el *sentío*? —declaró el Pulga.

—¿A qué hemos venido? A estar los tres juntos de cachondeo, ¿no? Pues eso —añadió Lorenzo.

Rafa sonrió forzosamente fingiendo participar de todo el gracejo, pero tragando saliva a la vez con todas sus fuerzas.

—Oye, hijo, ahora fuera de guasa —Lorenzo bajó el tono de voz con discreción —, como era la primera vez que veníamos a las Vascongadas, mi amigo el Chano, el guardia civil, me ha prestado esto...

Lorenzo metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y asomó la culata de una pistola.

—¡¡Papá!! ¡Guarda eso ahora mismo!

Rafa miró para todos los lados, agobiadísimo, procurando que su padre no llamara la atención.

—Te advierto que como vea algo sospechoso, la saco y grito aquello de... — Lorenzo sacó la pistola y la puso en alto—: ¡¡Quieto todo el mundo!!

Rafa se tapó los oídos y cerró los ojos apretando con todas sus fuerzas. No sonó ningún disparo.

—¡¡Que es broma, tonto!!

El Pulga se revolcaba de la risa por el suelo como un cochino por el barro. Al ver que varios turistas empezaban a hacer fotos de la *performance*, Rafa cogió a su padre y a su amigo y los sacó como pudo de la estación. Llegaron a paso ligero hasta el Euskotren, y desde allí pusieron rumbo a Argoitia.

La vida y obras del padre de Rafa bien podrían ocupar varios volúmenes anexos a este libro. Se pasó media juventud de *hippy* pululando por Ibiza a finales de los sesenta, de cala en cala, con no más que un petate y una guitarra española. No tenía más ambición que la de ser libre y, de vez en cuando, darse un revolcón con alguna extranjera o fumar marihuana al caer la tarde. Cuando el hambre hacía mella, se acercaba a alguna zona turística, se tocaba unas canciones y hasta sacaba algo para comer. Era joven y pobre, pero feliz.

Con el paso de los años, y después de haberse recorrido media Europa haciendo autoestop, volvió a España. Almería y sus desiertos, Mojácar, Granada... Hasta que en verano de 1974, deambulando por la Costa del Sol, dio con el negocio que iba a cambiar su vida para siempre: montar un chiringuito. Pero no un chiringuito de paellas como había ya tantos por la costa levantina. El suyo iba a ser el primer chiringuito nocturno de la zona. El garito que iba a revolucionar una pequeña localidad que llevaba por nombre Marbella, frecuentada hasta entonces por unas

pocas familias de la alta sociedad en busca de descanso.

Y así fue hasta que llegó Lorenzo y puso todo patas arriba. Al instante, La Meca —que así se llamaba y se llama aún el chiringuito— se convirtió en el referente de la noche más alocada del sur de España. Bertín Osborne, Julio Iglesias —padre e hijo—, Carmen Sevilla, Jaime de Mora y Aragón, Raphael... No había famoso que no se dejara caer por La Meca para beber, bailar y lo que se terciara en el local de moda. Dicen que fue como el Studio 54 pero en versión cañí. Y es que en La Meca uno podía tomarse un margarita en la barra mientras veía actuar a Lola Flores en el escenario y a la vez tontear con una aristócrata alemana, divorciada y millonaria.

En cuestión de semanas, Lorenzo pasó de la estética Jesucristo Superstar al pantalón de pinzas y la camisa de lino blanco remangada. Se cortó la melena, se compró un reloj en condiciones y se agenció unas gafas de sol como las de Aristóteles Onassis. Era el no va más de la noche marbellí, el anfitrión con quien todos querían hacerse la foto. El puto amo. Fueron años de novias, amantes, de ingresos, descorche, y de vivir como si no hubiera un mañana.

Un día cualquiera Lorenzo podía tontear con una joven holandesa, bailar con una modelo rusa, acostarse con una cantante italiana y despertarse con dos azafatas de infarto. Y así de mayo a octubre. Así de fiesta en fiesta. Así hasta que en 1978, fruto de aquel sin Dios, nació su hijo Rafa.

La madre de la criatura, Macarena, una bailaora flamenca que actuaba por entonces en La Meca, estaba locamente enamorada de Lorenzo y se empeñó en tener el bebé a toda costa. En un arranque de generosidad sin precedentes, Lorenzo le ofreció quedarse a vivir con él y sacar adelante, juntos, al pequeño. Pero lo que en principio pintaba bonito, incluso romántico, terminó saltando por los aires, como era de esperar. Mientras la madre se dedicaba en cuerpo y alma a criar al pequeño, Lorenzo empalmaba una y otra juerga sin fin en el chiringuito. Macarena tuvo toda la paciencia del mundo, hasta que un día se encontró a Lorenzo, recién llegado de farra, preparando el biberón del bebé en la coctelera de las caipiriñas. Esa misma tarde se largó sin decir nada, dejando al pequeño Rafa en manos de su padre y del destino... Y de los camareros, del cocinero, del aparcacoches y, por supuesto, en manos del Pulga, que por aquel entonces estaba contratado en La Meca como cuentachistes por la tarde y palmero por la noche.

Así transcurrió la infancia y adolescencia de Rafa, entre sevillanas, mojitos, guiris, flashes, rumbas, resacas y famosos de todo pelaje y condición.

A finales de los ochenta, La Meca comenzó su previsible decadencia, que dura exactamente hasta hoy. Con el paso de los años otras macrodiscotecas se fueron haciendo con la noche marbellí, y de su antigua clientela poco se sabe: unos abandonaron Marbella, otros dejaron la noche y algunos desagrados le dieron la espalda a quien había sido el alma máter de toda una época.

El Pulga miraba extrañado su reloj de oro a la vez que observaba el cielo por la ventanilla del Euskotren.

—¡Ya se me ha vuelto a parar!

—Eso te pasa por comprárselo a Mustafá —le regañó Lorenzo.

El reloj marca Relox que Mustafá —como llamaban ellos al vendedor ambulante — le había vendido al Pulga por sesenta euros, funcionaba perfectamente. El problema era que aun siendo todavía las seis y media de la tarde, la sensación era de noche cerrada. Y es que Argoitia, que era pueblo de costa, estaba incrustado entre dos montes, lo que hacía complicada la aparición del sol durante muchas horas seguidas. La lluvia, además, estaba asegurada unos doscientos cincuenta días al año, y en primavera había días que amanecía medio soleado, a media mañana granizaba, por la tarde salía galerna y por la noche estallaba una tormenta. Al Pulga, aquel clima le resultaba de lo más exótico, como si tras doce horas de autobús se hubieran apeado en una selva de Guinea Ecuatorial.

—Me da lástima que al final no haya venido Bertín —comentó Lorenzo.

—¿Qué Bertín? —preguntó Rafa extrañado.

—¿Qué Bertín va a ser? Osborne, mi amigo.

—Todavía estás con la fantasmada esa de que Bertín Osborne es colega tuyo. «Bertín iba a venir a tu cumpleaños pero al final no pudo», «Bertín estuvo a punto de ser tu padrino pero le salió otra cosa...» —le dijo Rafa mostrando cierto hartazgo—. Ya soy mayorcito, papá, no hace falta que me impresiones con esas cosas.

Tan metidos estaban en el debate sobre si la amistad de Lorenzo con el cantante era o no una farsa, que casi se pasan la parada. Desde la estación de cercanías hasta casa de Koldo había un buen trecho. Atravesaron el pueblo por la kale Nagusia, lo que venía a ser la Gran Vía de Argoitia que, aun sin ser la Quinta Avenida, tenía su panadería, su frutería, su farmacia y sus sesenta y ocho bares.

—¡Arratzaldeon!

—¡Arratzaldeon, Peio!

Rafa contestó con bastante soltura a Peio, el encargado del batzoki, que estaba acodado en la entrada tomándose su txakolí de media tarde. Lorenzo y el Pulga miraron a Rafa con la misma cara de extrañeza que quien oye hablar a un gato en chino.

—Le he dicho que buenas tardes.

—¿Hablas vascuence? —le preguntó Lorenzo.

—Se dice euskera, y no lo hablo perfecto, pero me defiende bastante bien.

El nivel de euskera que manejaba Rafa en aquel momento se basaba en ocho palabras, entre las cuales se encontraba kalimotxo, Kukuxumusu y katiuska, siendo esta última de origen ruso.

—Pulga, Pulga, ¿a que no hay huevos de entrar ahí y preguntarle al gachó lo de «Es cara la cacatúa»?

Justo antes de que el Pulga entrara como un cohete en la tienda de mascotas de Txomin Etxebarrieta e hiciera el ridículo por enésima vez en media hora, Rafa lo trincó de su melenilla gitana y lo enfiló hacia el último tramo de la calle. A lo lejos,

en lo alto de la cuesta, entre la niebla y la llovizna, ya se vislumbraba la casa de Koldo.

Lo primero que hicieron fue dejar las maletas en la entrada, y lo segundo, limpiarse bien los zapatos en el felpudo. El Pulga, además, se sacudió la cabeza como los perros al salir del agua.

Extrañada por las voces, Amaia bajó las escaleras y comprobó que los acompañantes de Rafa no eran ni Joaquín, ni Curro, ni ninguno de sus colegas sevillanos.

—Cariño, te presento a Lorenzo, mi padre. Ha venido a mi despedida.

Amaia dio dos besos a Lorenzo, aún con cara de no entender muy bien la situación.

—Amaia, encantada.

Lorenzo le cogió la mano y mirándole a lo ojos le dijo:

—Tienes carita de mora y ojitos de musulmana, y en el barrio de Triana, te llaman la *emperaora* por tu carita gitana.

Amaia no supo qué decir tras escuchar el fandango de Huelva que le acababa de soltar su futuro suegro. Rafa lo vivió con emoción y vergüenza ajena a la vez. Cerró la ronda de presentaciones.

—Y este es su amigo, el Pulga.

—Qué tal, encant...

Para cuando Amaia quiso terminar la frase, el Pulga ya se había puesto de puntillas y le había plantado tres besos en la mejilla, previo agarre de cintura. Se vino arriba completamente.

—¡Oooole la Virgen del Rocío y las niñas guapas de España!

Al instante se escuchó, procedente de la cocina, un brutal estruendo producido por el derrumbe de un juego de cacerolas. Que alguien pronunciara en aquella casa las palabras «ole», «Virgen del Rocío» y «España» en una misma frase, hizo que Rafa se temiera lo peor y se encomendara a la Virgen anteriormente mencionada por lo que pudiera pasar.

—¿Y eso qué es lo que ha sido? —preguntó Lorenzo asustado.

—¡Un tsunami en las Vascongadas! —contestó el Pulga.

Los dos siguieron con su cachondeo habitual hasta que la figura de Koldo asomó por la puerta. Su sola presencia cortó de cuajo cualquier atisbo de carcajada. Vestía un delantal de cocina con grandes manchurriones negros, botas de monte y en la mano portaba un cuchillo de cocina estilo machete.

—Aita, ellos son Lorenzo, el padre de Rafa, y un amigo —dijo Amaia a su padre.

Koldo observó minuciosamente a los recién llegados, de arriba abajo y de abajo arriba, de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, haciendo sentir a Lorenzo y al Pulga como si les pasaran por los rayos X de un aeropuerto turco.

—Aupa —dijo Koldo, sin fiarse un pelo de aquellos dos desconocidos.

—¡Arratzaldeon! —le dijo Lorenzo con un impecable acento de Dos Hermanas.

Aquello descolocó a todos en general y a Koldo en particular. No sabía si le estaban tomando el pelo o realmente aquel tipo con aspecto de ser el apoderado de Morante de la Puebla hablaba de verdad euskera. Para salir de dudas, le puso a prueba.

—Euskaraz dakizu, Lorenzo? Zer moduz bidaia? —le preguntó Koldo yendo claramente a pillar.

Lorenzo se había metido en un jardín complicado. Pensó en salir de allí contando un chiste de Chiquito de la Calzada que siempre le funcionaba en situaciones embarazosas, pero Koldo no le dejó pensar.

—¿Eh, Lorenzo? ¿Eh? Zer moduz bidaia?

—Dice mi padre que si hablas euskera, y que qué tal el viaje —le tradujo Amaia echándole un capote.

—¡Ah! ¿El bidaia? Genial. Arratzaldeon, pues.

Consciente del nulo sentido del humor de Koldo con estos temas, Rafa intentó zanjar la conversación cuanto antes.

—Venga, chicos, vamos arriba a dejar las cosas.

Rafa no llegó ni a agarrar el asa de las maletas.

—¡Ni maletas ni hostias! —dijo Koldo, dejando las cosas claras a su manera—. Amaia, saca txakolí para ofrecer pote de bienvenida.

A dos meses para la boda, Koldo sabía lo importante que era para su hija que aquel encuentro interfamiliar transcurriera sin incidentes, por lo que decidió comportarse de la manera más diplomática posible. Eso sí, ofrecer alcohol a Lorenzo y al Pulga nada más llegar de viaje no fue la mejor de las decisiones. Aunque los otros tampoco pusieron mucha resistencia.

—Eso, mi *arma*. Saca la txakolina y un Rueda fresquito si puede ser.

—¡Que sean dos! —matizó el Pulga.

Koldo se limpió con el delantal y le dio a Lorenzo un contundente apretón de manos.

—Bienvenidos a Euskal Herria.

Ni Arzalluz lo hubiera dicho con mayor convicción. Al Pulga lo saludó con dos palmadas en la espalda, que casi le parten tres vértebras.

El viejo caserío de los Zugasti, situado en la parte antigua de Argoitia, databa del siglo XVIII. Cuentan que fue Inazio Zugasti Agirrezabal, antepasado de Koldo por parte de padre, quien lo construyó con sus propias manos, transportando una a una cada piedra desde las canteras del parque de Urkiola tras haber hecho una promesa a Nuestra Señora de Aranzazu, Virgen más vasca que la de Begoña, que ya es decir de vasca.

El caserío estaba amueblado de manera rústica, con viejos cuadros de imágenes costumbristas, tallas centenarias de madera, escudos con lauburus... Aquello era el Museo del Prado de lo vascuence. La cocina, como en todo caserío que se precie, era el epicentro del hogar. Grande, bien surtida de fogones, algunos aún de carbón, con

una mesa de mármol en el centro y varios muebles de roble repletos de utensilios para cocinar. Menos una Thermomix, allí había de todo.

Amaia descorchó un Itsasmendi del 2012, un txakolí joven y afrutado al que Lorenzo y el Pulga no le hicieron asco alguno. No era La Guita, pero a caballo regalado, bienvenido sea hasta un Don Simón.

Sobre los cuatro fogones principales había una descomunal paellera de chipirones en su tinta que desprendía un olor que al Pulga le traía loco. Koldo contó que cada año invitaba a su cuadrilla de amigos a cenar a la Sociedad Gastronómica, días antes de salir a faenar con el barco. Los calamares los había pescado él mismo con anzuelo, una técnica endiablada que requería de mucha experiencia y de una paciencia infinita. Esta vez se había hecho con sesenta y dos chipirones en dos semanas, y llevaba desde las ocho de la mañana cocinándolos a fuego lento.

Un portazo interrumpió la conversación. Era Merche, que venía despotricando desde la calle contra todo hijo de vecino, y tan metida en el papel que no se dio cuenta de las visitas. Cargaba con seis bolsas del supermercado, que dejó sobre la mesa central.

—... Entonces llego a la peluquería y ¿quién está de peluquera? Agurnatxe, la vecina.

—Agurtxane —le corrigió Amaia.

—Como se llame. La cosa es que me empieza a hacer la permanente con cara rara y le digo: «Oye, guapa, que trabajar de peluquera no tiene nada malo». ¿Y qué me responde Agurnatxe?

—Agurtxane —le corrigió Rafa esta vez.

—Pues va y me suelta la muy...

Merche se dio cuenta de la presencia de Lorenzo y el Pulga.

—Ay, ay, perdón, que venía yo tan a lo mío que no me he dado cuenta. ¿Qué tal? Soy Merche.

—Lorenzo, padre de la criatura —le dijo, refiriéndose a Rafa.

—Encantadísima. Y menudo hijo más *salao* que tienes. De lo mejorcito de Argoitia ahora mismo.

—Y yo soy el Pulga. De Chipiona.

—Ay, de Chipiona, como Rocío Jurado. La más grande —dijo Merche emocionada con esas visitas tan apetecibles.

Merche se disculpó un momento para poner una lavadora urgente.

—Merche es de Cáceres, pero vive en Argoitia desde hace años —comentó Rafa a su padre.

—Ya me habían dicho que las asistentes que tenéis por aquí suelen ser de Extremadura.

Lorenzo acababa de confundir a Merche, pareja de Koldo, con una asistente. Amaia y Rafa se miraron con pavor temiéndose una reacción fatal. El Pulga, mientras tanto, no le quitaba el ojo a la paellera.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Koldo a Lorenzo.

—Digo que mucho mejor tener en casa una asistenta española, como Merche, de las de toda la vida.

Para arreglarlo, había añadido el gentilicio «española» a lo de «asistenta». Koldo carraspeó varias veces y, tenso, se encaró a Lorenzo con cierta agresividad.

—¡Pues te voy a decir una cosa!

—¿A mí? —le preguntó Lorenzo, asustado con el carácter de Koldo.

—Sí, a ti. A ti y a tu amigo el Garrapatas.

El Pulga no se dio por aludido porque estaba ya a punto de meter el dedo entre los calamares.

—Merche es mi pareja ¿entiendes? Y en esta casa se le respeta...

En ese momento, Merche entró en la cocina como el mismísimo demonio de Tasmania. Traía unos pantalones rosados en una mano y unos calzoncillos rojos en la otra.

—¡¡¿Quién narices ha echado sus calzoncillos a lavar y me ha vuelto a desteñir los pantalones? ¿Eh?!!

Solo por el volumen de voz, acababa de dejar la bronca de Koldo a la altura del betún. Le lanzó a este los calzoncillos a la cara.

—¡Es la tercera vez que tengo que tirar mi ropa por culpa de tus gayumbos!

La situación resultaba tan bochornosa para Koldo, abroncado sin piedad delante de los invitados, que optó por la salida más fácil.

—Él te ha llamado asistenta —dijo mientras señalaba a Lorenzo.

—¡Si es que no soy tu novia, soy tu chacha! Todo el día poniendo lavadoras, planchando, haciendo la compra... y mientras, tú, en el monte o en la sidrería dándole al pimple.

Rafa intentó frenar aquel festival de humillaciones.

—¡Los regalos! —soltó para distraer la atención.

Miró a su padre rogándole con el gesto que hiciera algo para destensar aquello.

—¡Eso, los regalos! Pulga, mi maleta.

Mientras se chupaba los dedos índice, corazón y anular rebozados en tinta de calamar, el Pulga se acercó al salón y trajo unos paquetitos que Lorenzo repartió a Koldo y a Amaia a modo de regalo. Intrigada, Amaia abrió el suyo: era una figura de una bailaora flamenca, todo un clásico en los hogares españoles. En los de Argoitia no tanto. El regalo para Koldo era un lote de rebujito, que consistía en una jarra del Carrefour, una botella de manzanilla y otra de 7 Up. El rebujito se estilaba mucho en la Feria de Abril de Sevilla. En las fiestas de Argoitia, algo menos.

—Y para Merche... —dijo Lorenzo esperando a que el Pulga improvisara algo.

Como nadie les había hablado de Merche no le habían comprado nada. Aun así, el Pulga rebuscó en la maleta y dio con un paquete de sobaos Martínez que habían comprado en la parada de Lerma. «Seis sobaos, dos euros», decía la pegatina roja. Aunque ya solo quedaban cinco porque se habían comido uno entre los dos a la altura

de Vitoria.

—¿¿De verdad?? Qué ilusión. Con lo que me gusta a mí un sobao pasiego. ¡Muchísimas gracias!

Merche repartió besos entre los invitados y lo celebró comiéndose un sobao por todo lo alto. La entrega de regalos había conseguido templar un poco el ambiente. Amaia abrió otra botella de txakolí y Rafa preparó el rebujito, que, aun estando caliente, el Pulga se lo ventiló como si fuera agua mineral. Aprovechó el momento de buen rollo para enseñarles a todos el disco que acababa de grabar: «El Pulga por sevillanas». En la portada aparecía una pareja bailando en la feria, y sobre sus cabezas varias hileras de farolillos que habían sido sustituidos con photoshop por la cara del Pulga. Los vendía a cinco euros. Merche le compró dos.

A las nueve en punto, Koldo apagó los fogones y comprobó que los chipirones estaban ya en su punto. Las dos semanas de pesca y las doce horas de cocina habían merecido la pena.

—¡Ole los calamares buenos! —soltó Lorenzo, con unas ganas tremendas de meter la cuchara hasta el fondo.

Taparon la paellera con papel de plata y Merche escoltó a Koldo hasta la entrada de casa, vigilando que no se derramara ni una gota sobre la alfombra. Cruzaron el salón ante la mirada del resto, como si aquello fuera una procesión de lo más solemne. Pero a falta de tres metros para salir por la puerta, ocurrió la tragedia. El Pulga, con el rebujito en plena efervescencia, le dio al *play* en la cadena de música y de golpe, y sin aviso alguno, empezaron a sonar por los altavoces unas sevillanas rociadas a un volumen atronador. Rafa, Amaia, Lorenzo y Merche se taparon los oídos instintivamente. Koldo, del susto, perdió el equilibrio, y la paellera quedó fuera de control. Salió despedida por los aires sobrevolando el tresillo, la alfombra, la mesita, la tele, la maqueta de un barco, un butacón de cuero y un mueble con fotos de familiares.

Mientras por los altavoces sonaba aquello de «la Virgen del Rocío no tiene comparación, cuando sale entre el gentío se te alegra el corazón...» sesenta y dos chipirones pescados con anzuelo, más sus dos litros de tinta negra, se esparcían como el agua de un aspersor por el salón de los Zugasti. Absolutamente todo, incluidos a los allí presentes, quedó teñido de negro en décimas de segundo. La paellera, por su parte, rompió el cristal de la ventana y aterrizó sobre los geranios de la entrada.

El Pulga dio al *pause* y se hizo el silencio en la casa. Todos habían quedado petrificados, con la boca abierta, igual que las víctimas de Pompeya, pero en vez de lava del Vesubio habían sido arrasados por una sabrosísima salsa de calamar con una textura impecable. Rafa hizo un giro de trescientos sesenta grados para valorar los daños. A simple vista: dos calamares en la lámpara de araña, otros tres estampados en la tele, dos más haciendo ventosa en la frente de Koldo, uno en el pelo de Merche, otro en cada cuadro de la pared... y así hasta sesenta y dos. La tinta llegaba del techo al suelo, incluyendo paredes, alfombras, tapicería, ropa, cristales, puertas y manteles.

—¡Ojú, qué coraje!

Con esta intervención del Pulga se abrió la veda de los insultos, los tacos y las blasfemias, que resonaron en aquel caserío hasta bien entrada la madrugada. Mientras Amaia calmaba a su padre y le limpiaba la cara con un trapo, Rafa y Merche fregaban el suelo con el mismo ímpetu que si hubiese habido inundaciones. El Pulga y Lorenzo se subieron a la habitación con el único propósito de desaparecer cual David Copperfield. Rafa les instaló rápidamente en la buhardilla, lo más alejado que pudo de la habitación de Koldo.

—A lo mejor tendríamos que bajar a echar una manita —comentó el Pulga con remordimiento.

Lorenzo se terminó de poner el pijama.

—Échate a un *lao*, Pulga.

Les tocaba compartir cama plegable. Tampoco estaba la cosa para exigir más confort.

—¿Quieres uno? Están de arte.

El Pulga había aprovechado el caos del salón y se había hecho con media docena de chipirones. Lorenzo no le hizo ascos.

—Gracias —le dijo, mientras se comía uno de un solo bocado.

—¿Y mañana qué hacemos?

—Mañana va a ser un gran día, Pulga. Tú déjame a mí que lo tengo todo planeado. Lo único, te voy a pedir un favor.

—Lo que tú quieras.

—Vuelve a ponerte los calzoncillos mi *arma*, que es muy estrecho el catre este.

3

LA COMIDA

A las siete en punto de la mañana, justo cuando el gallo de los Agirregomezkorta empezaba a dar la murga, todos se despertaron de inmediato. Todos menos Lorenzo y el Pulga, que siguieron durmiendo plácidamente unas cuantas horitas más. Ni Rafa ni Amaia ni Koldo ni Merche habían pegado ojo tras el incidente de la noche pasada. Aquella paellera volando sobre sus cabezas, el bombardeo de chipirones y el brutal regadío de tinta negra iba a quedar incrustado en su subconsciente —y por todo el salón— durante mucho tiempo. Tampoco podían quitarse de la cabeza la voz del Pulga cantando aquello de «la Virgen del Rocío no tiene comparación, cuando sale entre el gentío se te alegra el corazón...».

Esta vez no había cruasanes rellenos ni magdalenas con chocolate esperando sobre la mesa de la cocina. No era el momento ni el lugar indicado para celebrar nada. Como cualquier día, Amaia se hizo su zumo, Rafa su café solo —esta vez doble—, Merche un té hirviendo y Koldo sus tostadas de bonito con piperrak, una chistorra cocida y tres huevos revueltos.

La tensión se podía mascar, oler, tocar y lo que hiciera falta. Con una ceja aún teñida de negro, Koldo desayunó murmurando palabras en euskera para sus adentros. Hacía años que Amaia no veía así a su padre, y le pidió a Rafa que, por favor, se llevara a Lorenzo y al Pulga a pasar el día fuera, lejos de casa. Cuanto más, mejor.

—Hay sobaos de ayer, ¿queréis? —preguntó Rafa con la sonrisa forzada, intentando generar algún ápice de ánimo en aquel desayuno-funeral.

Koldo dejó la tostada en el plato y fulminó a Rafa con la mirada. Este no volvió a abrir la boca en todo el desayuno, guardó los sobaos bien guardados y se bebió el café mirando fijamente al mantel de cuadros azules y blancos. Cuando acabaron, Amaia recogió la mesa y Rafa fregó los platos. Merche, con una paciencia infinita, cogió un cubo repleto de bayetas y se marchó al salón. El resto se fue detrás para echar una mano e intentar arreglar el desastre.

Lo primero fue quitar la tapicería de los sofás, con la esperanza de que algún genio de la tintorería sacara aquellas manchas de petróleo. A Rafa le tocó limpiar las huellas de los chipirones en la tele y los goterones que aún caían de la ranura del DVD. En una esquina del salón, solo y con unos bastoncillos, Koldo intentaba restaurar la maqueta de madera del Sabino, el barco pesquero de la familia. Y en ese plan transcurrió la mañana hasta que, a eso de las doce y media pasadas, Lorenzo y Pulga hicieron acto de presencia.

—¡A los buenos días, familia! —soltó el Pulga como si nada.

Lorenzo, recién duchado y más repeinado que nunca, se había puesto los pantalones verde pistacho y su camisa blanca favorita, la que llevaba bordado el jugador de polo a tamaño casi natural. Estaba pletórico. El vestuario del Pulga venía a

ser como el del día anterior, y como el de casi todos los días, botín con algo de tacón, vaqueros, camisa holgada de paramacios a medio abotonar y una cadena enorme de oro de la que colgaba un crucifijo asomando entre la pelambreira.

—Buenos días —les contestó Merche mientras sacaba el renegror de la pared con una espátula.

Koldo ni se molestó en saludar. Ni les miró.

—¿Una manita, primo? —preguntó Lorenzo con alegría.

—No hace falta. Desayunad y luego nos vamos los tres a pasar el día por ahí —les dijo Rafa.

—De eso nada —contestó Lorenzo.

—Que vayáis a desayunar, coño, ¿o es que no le habéis oído? —dijo Amaia con los nervios descontrolados.

—Que no mi *arma*, que no nos vamos a ninguna parte.

Rafa les explicó que ya había organizado una excursión para los tres por los alrededores, comida en un merendero y visita a la basílica de Loyola. Y que, por lo tanto, no había nada que discutir.

—Lo siento, hijo, pero hoy nos vamos los seis a comer juntos —comentó Lorenzo.

Koldo, que seguía sin abrir la boca, soltó una carcajada algo forzada, muy sarcástica. La tensión volvía a sobrevolar el salón.

—Comer juntos dice el tío. Con un par.

Koldo retomó la carcajada siniestra.

—Vamos a comer juntos a Arzak —soltó Lorenzo.

A Merche se le cayó la espátula al suelo.

—¿Has dicho a Arzak? —le preguntó a Lorenzo.

—Invito yo —contestó, sacando pecho.

El Pulga, sin saber muy bien si Arzak era una pizzería o una tienda de embutidos, se marcó un zapateado por bulerías de lo contento que se puso. Merche se emocionó aún más que con los sobaos Martínez y se quedó al borde de la lágrima.

—Ay, Arzak, la ilusión de mi vida.

—No se me ocurre otra manera de pedirlos perdón por lo de anoche.

Si había algo que pudiera remediar la crisis de los chipirones, era una invitación a comer a Arzak, el templo sagrado de la gastronomía vasca.

—¿No será otra broma de las tuyas, no, papá? Que no está el horno para bollos.

—He reservado para las dos. La mesa está a nombre de Koldo Zugasti.

Todos se giraron hacia Koldo, esperando su reacción. Se hizo de rogar varios segundos.

—Koldo, ¿has oído? Que Lorenzo nos invita a Arzak. ¡A Arzak! —le azuzó Merche.

Koldo hizo de tripas corazón y levantó la mirada.

—Eskerrik asko.

Lorenzo no le entendió ni papa. No sabía si Koldo aceptaba la invitación o le había dicho que le daba asco.

—Te dice que muchas gracias —le tradujo Rafa.

—Gracia la que tiene esta familia, gloria bendita de Esp... de Euskal Herrias.

Rafa y Amaia sonrieron con cierto alivio al ver reencauzado el conflicto familiar y siguieron con las arduas labores de limpieza, aunque ya con otros ánimos. Merche subió rápida a la habitación a ver qué modelito podía ponerse para una ocasión tan especial. Desde que pisó Argoitia en 1976, su mayor ilusión siempre había sido comer en Arzak. Por fin, alguien se había dignado a invitarla.

Como dos marqueses jubilados, Lorenzo y el Pulga desayunaron en la cocina sin prisa alguna. Tocaron a dos sobaos por cabeza, aunque también le dieron fuerte al queso con membrillo, al bonito en escabeche y a los huevos con pimientos del país.

—Pulga, saca el móvil, anda.

—¿No tienes saldo?

—Ni una miaja.

El Pulga sacó su Nokia N73, que también le había comprado a Mustafá por veinte euros.

—Ahora llama a Arzak y reserva mesa para las dos. A nombre de Koldo Zugasti.

En su línea, Lorenzo se había marcado el farol de la reserva para ver qué tal respiraba su propuesta. La jugada le había salido perfecta, porque tuvo la suerte de que en Arzak tenían mesa para seis; de lo contrario le habría tocado invitarles a comer en Martín Berasategui, que es aún más caro.

Una vez superados los distintos percances del primer día, Rafa llegó a la conclusión de que el encuentro entre Lorenzo y Euskadi casi mejor que hubiera sido en esas fechas y no directamente el día de la boda. Llevaba tiempo soñando con que su padre intentara ligarse a Gentzane, la amiga borroka de Amaia, que leía en la iglesia con un *gin tonic* en la mano o invitaba a la madre de Koldo a bailar *Paquito el chocolatero*. A Rafa todas esas cosas le daban un poco igual, pero pensaba en Amaia, tan ilusionada organizando todo al detalle. De hecho, Rafa había terminado por darle libertad total, tampoco tenía otra opción, para que diseñara la boda a su gusto. Su única petición había sido que, en la iglesia, el coro cantara la Salve Rociera. Petición denegada por Amaia alegando que la Coral de Andra Mari no la llevaba en su repertorio. Tras una semana de tensas negociaciones, Rafa consiguió que la coral aceptara cantar la Salve, pero en euskera. Primicia mundial.

Otro asunto que quedaba por resolver era el del viaje de novios. Llevaban meses debatiendo posibles destinos, pero no encontraban un punto de encuentro en todo el planeta. Rafa quería pasar una semana en Nueva York, o en su defecto irse a descansar a una playa del Caribe. Donde fuera con tal de volar a lugares diametralmente opuestos de Argoitia. Pero Amaia, primero, no era muy de playa y, segundo, lo de Nueva York decía que era colaborar con el engranaje del capitalismo salvaje de occidente. Descartadas ambas opciones, y sin posibilidad de renegociación,

las propuestas de ella fueron: acampada de una semana en el bosque de Irati en Nafarroa (Navarra), o viajar a Sudamérica y hacerse la ruta por todas las euskal etxeas del continente. Rafa tenía dos opciones para elegir. No podía quejarse.

Sea cual fuera el destino final, Rafa y Amaia se sentían más unidos que nunca. Si después de haber superado todos los contratiempos imaginables aún seguían juntos, nada en el mundo podría ya separarlos. Ni siquiera una metedura de pata de Lorenzo.

El restaurante Arzak, situado en el Alto de Miracruz, a las afueras de San Sebastián, estaba considerado como el Vaticano de la gastronomía vasca, y Juan Mari, su dueño y cocinero, el santo padre de la nueva cocina. Al igual que los musulmanes debían peregrinar al menos una vez en la vida a La Meca —la ciudad saudí, no el chiringuito de Lorenzo—, cualquier vasco que se preciara debía acercarse alguna vez a Arzak y probar sus míticas kokotxas de merluza. Actores de Hollywood, futbolistas, empresarios, miembros de las casas reales de medio planeta... eran clientes habituales del restaurante. Por algo estaba considerado como uno de los mejores de todo el mundo.

El viejo Ford Scorpio de Koldo, con el faro izquierdo arrancado y salpicado de barro hasta el parabrisas, frenó en seco en la misma puerta del restaurante. De copiloto iba Merche, emocionada y maquillada como si fuera a la gala de los Óscar y tuviera un hijo nominado. En el asiento de atrás, Amaia y Rafa, de la mano, con la ilusión de ver a sus respectivos padres comer juntos por primera vez. Y al lado, el Pulga, sentado sobre las piernas de Lorenzo, que para la ocasión se había puesto su chaqueta cruzada azul marino con botonadura de oro.

El aparcacoches abrió la puerta a Merche amablemente y le fue a coger la llave del coche a Koldo con un educado «permítame, señor». Koldo le respondió, a su manera:

—Guantera y maletero ni tocar ¿eh, chaval? Que te rajo el pescuezo, ri, ra, ri, ra.

El *maitre* les recibió y les condujo amablemente hasta el comedor. Merche no le quitaba ojo a cada detalle, los cuadros, los espejos, las lámparas... La mezcla entre lo clásico y lo moderno le tenía completamente fascinada. Se sentía como en una película de amor y lujo. Hizo su paseíllo hasta la mesa andando muy despacio, como si caminara por una alfombra roja plagada de fotógrafos, dejándose ver bien con su vestido largo de seda granate y sus pendientes de...

—¡Aligera, mujer, que tengo un hambre de la órdiga! —le dijo Koldo, ansioso por sentarse a comer cuanto antes.

Los seis se sentaron en una mesa impecablemente puesta, con mantel de hilo blanco y cubertería de plata de diseño moderno. A Merche le dio pena hasta ponerse la servilleta de lo bien planchadita que estaba.

—¡Qué arte! —comentó Rafa.

—Gracias por la invitación, Lorenzo, esto es precioso —le dijo Merche, cegada por tanta sofisticación.

—Gracias a ustedes, por hacer a mi hijo tan feliz.

Amaia y Rafa se intercambiaron una sonrisa, cómplices. Sin saber cómo sentarse bien en aquella mesa, Koldo se movía inquieto, apoyaba los codos y los volvía a levantar de nuevo, se recolocaba en el respaldo de la silla, no paraba de mover las manos...

—Koldo, ¿te pasa algo? —preguntó Merche.

—Mucha estrella Michelin y mucha mariconada, pero aquí no traen ni pan ni gaseosa. ¡Txiki! —gritó a una camarera.

—¡Aita, por favor! Que no estamos en la sidrería.

La lista de platos de la carta era simplemente espectacular: bogavante coralino, ciervo asado con aceitunas y castañas, pastel de cabracho con pescado de roca, foies de todo tipo, trufas a tutiplén, ostras gratinadas, angulas con caviar... y otros platos más sofisticados que nadie se molestó en preguntar lo que eran.

—Ay, amá, esto es una locura —dijo Amaia leyendo la carta.

—Dímelo a mí, que llevo un año en el chiringuito alimentándome de Sacchi-papas —comentó el Pulga con la voz entrecortada de la emoción.

El Pulga jamás se hubiera imaginado que algún día llegaría a comer en un restaurante de aquel nivel. Y menos, que le fueran a invitar. Y menos aún, que le fuera a invitar Lorenzo. El *maître* se acercó a tomar nota.

—¿Han decidido ya?

—Menú degustación para todos —se adelantó Lorenzo.

—Ni hablar, que son casi doscientos euros. Vamos a pedir algo más sencillito —le dijo Merche.

—Hoy invito yo, así que decido yo.

—¿El menú degustación, entonces? —preguntó el *maître*.

—Digo —respondió Lorenzo cerrando la carta.

—Pues seis menús degustación. Muchas gracias.

Lorenzo frenó al *maître* antes de que se fuera.

—¡Tss! ¡Figura!

El *maître* se giró y volvió a la mesa.

—Dígame.

—Que lo mismo no me ha entendido bien. Le dije un menú degustación. No seis.

—¿Uno para todos? —preguntó el *maître* descolocado.

—Digo yo. Si eso lleva una *pechá* de platos.

—Pero son raciones pequeñas.

—Pues nos las pone todas al centro, a modo de tapita.

A Koldo todo aquello de los platos al centro y las tapitas no le estaba haciendo mucha gracia.

—¿Chuletón del país no tenéis?

—¡Aita! —le volvió a recriminar Amaia.

—Nos pone el menú degustación y, aparte, unas kokotxas para probar —indicó Rafa al *maître*, procurando compensar la cutrada de su padre.

—¡Kokotxas, qué ilusión! —exclamó Merche, siempre a favor.

—Y si eso, pégale una patadita al olivo, ¿eh, jefe? —apuntó el Pulga, guiñándole el ojo al *maître*.

—¿Perdón?

—Que si nos puede traer unas aceitunas mientras tanto —le tradujo Rafa al castellano normal, avergonzadísimo.

El menú degustación era un espectáculo en toda regla. Formas, colores, texturas... Cada bocado suponía una explosión de sabor para el paladar de los invitados. A Lorenzo, sin embargo, cada bocado le suponía unos veinte euros más IVA. Por cada kokotxa que alguien se llevaba a la boca, Lorenzo sentía cómo un sable de metro y medio le cruzaba de lado a lado. Contando con que nadie pidiera ni postre ni café, aquel festín le iba a costar la friolera de trescientos euros. Doscientos más de lo que tenía en la cuenta, siempre y cuando no se la hubieran embargado, como solía ocurrir casi todos los meses.

—Si veis que algo no os gusta lo decís, ¿eh? Que lo quiten y nos lo descuenten. Tampoco comáis forzados, a ver si algo os va a sentar mal —dijo Lorenzo, por si colaba.

Lo sorprendente es que a pesar de todo, la comida estaba transcurriendo de lo más agradable, con Koldo de protagonista contando sus batallitas de alta mar. Merche, que las había escuchado todas cientos de veces, incluida la de la ballena vasca asesina, se dedicó a hacer fotos a cada plato del menú para mandarlas a sus amigas extremeñas del grupo de whatsapp «Cáceres forever».

Apenas quedaba ya una kokotxa en el plato del centro cuando un tipo de metro noventa, trajeado, entró discretamente en el comedor. Merche, pendiente de cualquier cotilleo en la sala, se fijó en que llevaba un pinganillo en la oreja. Era un guardaespaldas. Mientras tanto, los demás miraban fijamente la última kokotxa y debatían a ver a quién le tocaba.

—Chicos, chicos, que va a entrar un famoso —comentó Merche nerviosa mientras Koldo y Lorenzo se jugaban la kokotxa a piedra, papel o tijera.

Exceptuando al lehendakari Ibarretxe en un mitin en Argoitia y muy de lejos, Merche no había visto a un famoso de envidia en su vida. Era una espinita que llevaba clavada. Bueno, en verdad sí había visto a uno, pero no cuenta porque ella no lo reconoció. Fue en 2014, cuando estuvo de camarera unos meses en el bar Gambara de la parte vieja de San Sebastián. Con el local hasta los topes y en mitad del ajeteo del fin de semana, entró en el bar un tipo de raza negra, con gafas y visera, al que Merche nada más verlo echó casi a gritos.

—¡Cuántas veces te tengo que decir que no queremos películas, ni CD piratas ni nada! ¿Eh, Mobutu?

El pobre hombre dio la media vuelta y se marchó de allí asustado. Era Denzel Washington, y esa noche le daban el premio Donostia del festival de cine por toda su carrera.

Un segundo guardaespaldas entró en la sala, miró a los lados y comentó algo por el pinganillo. Segundos más tarde entraban en el comedor los reyes de España, Felipe y Letizia. A punto estuvo Merche de caerse de espaldas, silla incluida, al comprobar quiénes eran los recién llegados. Ni la aparición de los cuatro Beatles le hubiera sorprendido tanto. Lo primero que pensó fue que él era altísimo, con una facha estupenda, y que la reina, aun estando mona con aquel peinado, estaba demasiado delgada. Eso sí, «lo bien que andaba sobre esos tacones de vértigo, la *jodía*».

Los monarcas dieron las buenas tardes, incluso se detuvieron a dar la mano a un niño que se les acercó a saludar. Hubo algo de murmullo en el comedor, pero como la clientela estaba acostumbrada a este tipo de apariciones, casi ni se notó. Finalmente, unas mesas más allá de la de los Zugasti, los reyes se sentaron a cenar como una pareja más.

A punto estuvo Lorenzo de ponerse en pie y soltar un «viva el rey» como Dios manda, pero como solo había bebido agua —el vino subía demasiado la cuenta—, mantuvo la compostura. El que torció el gesto por completo fue Koldo. Fue ver la cara del rey, sonriente y en Euskadi, y por poco le da un corte de digestión. El Pulga, más listo que nadie, aprovechó el pequeño revuelo para trincar la kokotxa de la discordia.

—Una foto —dijo Merche, nerviosa.

—¿Una foto? —preguntó Amaia.

—Quiero una foto con los reyes.

Merche sabía que si conseguía hacerse aquella foto con los reyes, y la mandaba al chat de amigas, iba a quedar como una reina, valga la redundancia. Aquella instantánea sería un antes y un después en «Cáceres forever». También sería su nueva foto de perfil del Facebook, del whatsapp, el fondo de pantalla del móvil, del ordenador y lo mismo se hacía una sudadera para el otoño próximo. Koldo pidió la cuenta, alegando que se había hecho tarde. Quería salir de allí cuanto antes, pues la sola cercanía física de los reyes le producía sarpullidos.

—Antes, la foto. Toma, házmela tú.

Merche le acercó su móvil con la intención de que la foto se le hiciera él, pero Koldo no se anduvo por las ramas.

—Yo al jefe del Estado opresor no le pido ni la hora.

—Ya estamos. Pero qué te van a oprimir si están ahí comiéndose unas croquetas —le contestó Meche con el ceño fruncido.

No se podía creer que se iban a ir de allí sin conseguir la foto del siglo.

—Tranquila, mujer, yo te la hago —le dijo Lorenzo cogiendo el móvil.

—Dejadles comer tranquilos. Además, no te van a dejar acercarte —comentó Rafa.

—¿No ves que soy amigo de su padre?

—¿De verdad? Ay, Lorenzo, me dejas de piedra —dijo Merche fascinada.

Lorenzo no mentía del todo. Era verdad que conocía al rey Juan Carlos. Hacía ya

quince años que el monarca se dejó caer con un jeque árabe amigo suyo por La Meca —el chiringuito de Lorenzo, no la ciudad saudí— con la intención de pasar un buen rato en el garito de moda. Aquella noche actuaba el humorista Arévalo, que presentaba su nuevo disco «Cachondísimo», y por supuesto arrasó. El jeque no entendió ni la mitad de los chistes y se reía más por deferencia que otra cosa; sin embargo, don Juan Carlos se retorció de la risa cada vez que Arévalo hacía de gangoso o contaba un chiste de mariquitas. Después, la noche cogió su ritmo y lo que iba a ser tomar una copa y vuelta a palacio, se alargó hasta que el sol asomó por el horizonte. Aquella fue una de las noches más locas que se recuerdan en Marbella, de hecho el monarca repitió dos o tres veces más aquel verano. Pero como decía el lema del chiringuito, lo que pasa en La Meca, se queda en La Meca.

—Me acerco primero a saludar y después hacemos la foto.

—¡Vale! —dijo Merche mientras se retocaba el rímel a marchas forzadas.

—Y espérate que no acabemos tomando un carajillo con ellos.

Excepto a Merche, poseída por la ilusión, y al Pulga, concentrado en untar el pan en la salsa del ciervo, a nadie de los allí presentes les daba buena espina el plan de Lorenzo. Todos apostaban a que los de seguridad le iban a hacer dar media vuelta y volver a su sitio. Con su desparpajo andaluz, Lorenzo se acercó a la mesa donde comían los reyes, pero cuando apenas faltaban dos metros para llegar, el guardaespaldas que custodiaba a la pareja le indicó que parara.

—Disculpe, señor, no puede pasar.

—Tranquilo, jefe, soy amigo de la familia —le dijo Lorenzo dándole una palmadita en el hombro.

—Lo siento —le contestó el gorila mostrándole el camino de vuelta.

Si algo llevaba Lorenzo con orgullo era que cuando hacía una promesa a una mujer, la cumplía. O por lo menos lo intentaba.

—¡Majestad, soy Lorenzo Quirós, colega de su padre! —le dijo a Felipe, intentando sacar la cabeza por encima del escolta.

El rey le hizo un gesto al guardaespaldas para que dejara pasar a Lorenzo.

—Buenas tardes, majestades. Y viva España.

Esto último lo dijo por lo bajini, no se fuera a liar ahora un follón por su culpa. Los reyes le saludaron amablemente.

—Qué buena pinta tiene eso, Jesús, María y José.

Lorenzo no pudo evitar el comentario al ver el plato de angulas que acababan de traerle a la reina. Esta intentó hacer otro comentario, pero Lorenzo le interrumpió sin miramientos.

—Antes que nada, les dejo la tarjeta de mi chiringuito, por si algún día se bajan a Marbella. Yo les monto un reservado para que no les moleste nadie. La primera copa se paga, pero a partir de la segunda, a mitad de precio. Y ya que se saca el tema bebercio. ¡Vaya saque tiene su padre! ¡El rey de copas le llamaba yo!...

Lorenzo se tiró seis minutos más hablando como una moto, explicándoles la

programación que tenía para ese verano y lo divertido que era un chaval de Cádiz que tenía contratado, y que había quedado tercero en un concurso de monólogos de Canal Sur. En un momento dado, Felipe se levantó de la silla y estrechó la mano a Lorenzo para zanjar su absurdo discurso de la manera más diplomática.

—Lo único, le quería pedir un favorcillo, es para mi consuegra, que le hace ilusión echarse una foto con ustedes —comentó Lorenzo al monarca, señalando a su mesa.

Felipe giró la cabeza y vio a Merche, que sonriente y nerviosa saludaba con la mano como si fuera la reina de Inglaterra desde una carroza.

—¡Merche! Vente *pacá* mujer.

El guardaespaldas agarró a Lorenzo por el brazo y le pidió que volviera a su mesa.

—No se lo vuelvo a repetir —le dijo mirándole a los ojos.

Lorenzo se zafó como pudo y se recolocó la chaqueta.

—Usted a mí no me toca.

El guardaespaldas cogió el micro del pinganillo y dijo algo así como «seguridad, tenemos un gracioso». Lorenzo, que siempre mantenía el tono dicharachero hasta en las peores situaciones, se ofendió profundamente y perdió los papeles.

—Llamando a tus amiguitos, ¿eh, maricona?

Los comensales de alrededor dejaron los cubiertos sobre la mesa para atender al desenlace de la discusión. Lorenzo se encaró con el guardaespaldas y le explicó de malas maneras su amistad de toda la vida con la familia real española. El gorila aguantó el chaparrón de improperios y mantuvo la calma profesionalmente.

—Voy para allá —dijo Rafa.

—¡Quieto *parao*! —le espetó Koldo mientras se levantaba de la silla y dejaba la servilleta sobre la mesa—. Esto es cosa de hombres.

—Di a Lorenzo que me da igual la foto, que vuelva antes de que lo detengan —le aseguró Merche.

Lorenzo, muy acalorado, seguía erre que erre, discutiendo contra un muro de hormigón que no le permitía hacerse foto alguna. Koldo llegó en son de paz.

—Lorenzo, déjalo, ya haremos la foto otro día.

—Por favor, caballeros, vuelvan a su sitio —indicó el guardaespaldas a Koldo intentando darle media vuelta.

—Lasai ¿eh, mutila? —le dijo Koldo, pidiéndole tranquilidad en euskera y quitándole las manos de encima.

—¿Cómo dice? ¿Me ha llamado gorila?

Aparte de la confusión lingüística, aquellas palabras en euskera activaron la mecha del cohete que estaba a punto de explotar. Koldo decidió no entrar al trapo, cogió a Lorenzo y se lo llevó hacia la mesa.

—Si quieres decirme algo, me lo dices en cristiano ¿entendido? —le gritó el guardaespaldas.

Koldo se paró, a medio camino de vuelta, y se mantuvo varios segundos inmóvil, en silencio.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no sabes decir nada más en vascuence?

El guardaespaldas, en sus veinte años de servicio, se había enfrentado a peligrosos criminales con alto grado de reincidencia, a mercenarios chechenos e incluso a varios capos de la mafia rusa. Pero en absoluto estaba preparado para frenar lo que se le venía encima.

—¡¡¡Gora Euskadi askatuta!!! —gritó Koldo fuera de sus casillas.

Después echó a correr como un búfalo en estampida hacia el escolta y le soltó un puñetazo de tal magnitud que lo lanzó dos metros hacia atrás, cayendo sobre la mesa de los reyes y partiéndola por la mitad. La vajilla, la cubertería, el vino y medio menú degustación salieron despedidos en todas las direcciones. El griterío entre los clientes, mujeres sobre todo, fue instantáneo. En cuestión de segundos, el apacible comedor de Arzak se había convertido en un *saloon* del salvaje oeste.

Dos comensales se acercaron a Koldo, uno para ofrecerle un calmante y otro para recriminarle su afrenta a los reyes. El primero volvió a casa sin dos muelas y el otro acabó con una bolsa de guisantes congelados en la cara. Mientras tanto, Amaia abanicaba a Merche en el suelo, en plena taquicardia. A Rafa no le quedó otra que meterse en el meollo e intentar sacar a Koldo y a su padre del restaurante. Atento y guardando la calma, el rey agarró a su esposa y la cubrió como pudo para protegerla de cualquier objeto volante. Letizia, regada de pies a cabeza por un Vega Sicilia del 83, se aferraba a su marido, aterrorizada y no paraba de gritar «¡Socorroooo! ¡Socorroooo!». Como en una película de zombis, la bronca se había extendido por todo el restaurante y los comensales discutían y peleaban según sus inclinaciones políticas.

Rafa esquivó a una señora que corría despavorida y a una silla que le rozó la doble capa de gomina. Llegó como pudo hasta Koldo e intentó hacerle entrar en razón, le comentó la arritmia de Merche y el disgusto de Amaia, pero nada, como hablar a una pared. Koldo no dejaba de mirar fijamente a Felipe con los ojos inyectados en sangre, y de decirle cosas en un euskera prehistórico que Rafa prefirió no saber qué querían decir. Dos tipos de seguridad entraron al comedor y llevaron a la reina en volandas hasta la puerta. Felipe, sin habersele movido aún el nudo de la corbata, se acercó a Koldo como quien se acerca con cautela a un león rabioso que se ha escapado de la manada. Le tendió la mano.

—Zer moduz, Koldo? Ni Felipe naiz —le dijo el rey presentándose en un euskera bastante decente.

Aquel gesto dejó a Koldo bloqueado, sin saber muy bien qué contestar. Rafa, por si acaso, no le quitaba ojo, pendiente de cualquier reacción descontrolada. El rey mantuvo su mano abierta sin que le temblara el pulso lo más mínimo.

—Vamos, Koldo —le dijo Rafa.

Una fuerza mayor y su orgullo abertzale impedían a Koldo estrecharle la mano al

jefe del Estado opresor.

—Hazlo por tu hija.

Finalmente se decidió a darle la mano al rey, pero antes de que llegara a tocarle, un señor gordo y trajeado, a grito de «viva el rey de todos los españoles», se abalanzó sobre Rafa y Koldo cual jugador de rugby. Juntos fueron a caer sobre una cómoda *art déco* que se descuajeringó en cientos de pedazos.

—¡La cómoda! ¡Que se han cargado la cómoda! ¡La madre que los parió!

Juan Mari Arzak, parapetado tras una silla y con un soplete encendido en la mano, irrumpió en la escena como un samurái enloquecido. Absolutamente nada estaba ya bajo control en aquel comedor. Al rato, una patrulla de la Ertzaintza apareció con refuerzos y se topó con un panorama desolador. Desde las más violentas jornadas de la kale borroka en los años noventa, no se recordaba en San Sebastián un paisaje tan apocalíptico. Poco a poco, con paciencia y algún que otro porrazo, fueron sacando a los clientes del restaurante. Arzak tuvo que cerrar por reformas durante mes y medio.

Rafa, Lorenzo y Koldo pasaron el resto de la tarde en la comisaría de la calle Infanta Cristina, encerrados en una celda minúscula. A Rafa le tuvieron que dar seis puntos de sutura en la cabeza, por su golpe contra la cómoda. Koldo acabó con la camisa completamente rota, varios huesos de la mano partidos y, además, perdiendo una bota. Lorenzo, muy habitual en él, consiguió salir intacto. Únicamente se le había roto un botón dorado de la chaqueta, y ya le fastidiaba.

«Esto solo puede ser un mal sueño», pensaba Rafa, una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento. En verdad, la comida había transcurrido como la de cualquier familia, entre risas, anécdotas y *selfies* para el recuerdo. Pero no, la realidad era que desde que su padre había aparecido en Argoitia todo tenía que acabar en drama y destrucción. Y sabía que la paciencia de Amaia tenía un límite al que peligrosamente se estaban acercando.

A media noche, con la ayuda de un amigo abogado, Amaia consiguió sacar a los tres de allí, acusados de todo menos de crímenes contra la humanidad, y pendientes de juicio con el seguro de Arzak. Tal fue el rapapolvo que les cayó al salir de la comisaría, que subieron al coche y los tres se sentaron en el asiento de atrás. Ni siquiera Rafa tuvo el valor para ir de copiloto. Nadie abrió la boca hasta llegar a casa.

El Pulga se hizo a un lado para que Lorenzo, con el pijama ya puesto, pudiera meterse en la cama plegable.

—Hay que ver la que habéis *liao*, Lorenzo. Y el cabreo que llevaba la niña.

—Pues que le regañe a su padre, que ha sido el que ha *empezao* el jaleo.

Pulga sacó de no se sabe dónde un par de croquetas.

—Son de txangurro, ¿quieres?

—¿Y eso qué es lo que es? —preguntó Lorenzo mientras olisqueaba una de ellas.

—Ni idea, pero eran las que se estaba comiendo Letizia. Las cogí del suelo cuando el barullo.

Lorenzo pensó en tirar la croqueta, pero finalmente se la comió sin remordimiento alguno. El día había sido agotador y había que reponer fuerzas como fuera.

LA DESPEDIDA

Esta vez sí, Rafa se llevó a Lorenzo y al Pulga de excursión. Su idea era salir pitando de Argoitia cuanto antes, pero hasta media mañana la pareja no dio señales de vida.

—Perdona hijo, que nos hemos quedado un poco traspuestos —se disculpó Lorenzo mientras se abotonaba la camisa azul de cuello blanco y le hincaba el diente a una tostada—. No madrugaba tanto desde que tuve que llevar al aeropuerto a Norma Duval. ¿Te he contado alguna vez lo mío con Norma Duval?

—¿Y el Pulga? —preguntó Rafa, inquieto.

—Terminando de vestirse.

Rafa subió a la buhardilla para meter prisa y aligerar la huida de casa de los Zugasti.

—Pulga, venga, que vamos a llegar tard... ¿¡Pero qué coño es eso!?

El Pulga, descamisado, se estaba atando los velcros de un chaleco antibalas que, por otro lado, le daba aspecto como de Tortuga Ninja.

—Regalo del Bombita, un amigo legionario. Pero tranquilo, que me pongo la camisa de flores y no se entera ni Dios.

—Si eso aquí ya no hace falta.

—Tú déjate, que no me fío yo ni un pelo de los *abertzaleses*. Ah, y toma esto.

El Pulga dio a Rafa un cacharrito electrónico negro con una luz roja parpadeante.

—Es un GPS. Por si me secuestran y tenéis que mandar a la benemérita.

El Pulga se cuadró mirando al frente y pegando un taconazo.

—¡¡Viva la Guardia Ci...!!

Rafa logró taponarle la boca antes de que soltara su grito de guerra. De lo que no fue capaz es de convencerle de que para pasear por San Sebastián no era necesario ni el chaleco, ni el GPS ni la navaja de Albacete que llevaba en el bolsillo trasero.

Ante la insistencia cansina de Lorenzo, nada más llegar al centro de la ciudad se patearon toda la parte vieja en busca de un bar que les pusiera una tapita de salmorejo para almorzar, pero tras preguntar en veinticinco sitios, tiraron la toalla. Acabaron en el Aurretxondo, donde Lorenzo y el Pulga se liquidaron una bandeja de pintxos en minuto y medio, pensando que aquello era la tapa del vino que habían pedido. Por supuesto, los cincuenta y dos euros de la broma salieron de la cartera de Rafa.

—¡Ole las mujeres guapas! ¡Dime cómo te llamas y te pido para los reyes! —piropeó Lorenzo a la camarera que les trajo las vueltas.

—¿Y tú de dónde sales? ¿Del especial de los Morancos? —le contestó ella con cierto desprecio.

—¡*Cucha lo saboría* que es! Se lo llega a decir uno de la kale bakalay le falta tiempo para llevarse al piso franco —comentó el Pulga.

Saciados de comer y beber, y aprovechando el fabuloso día que había quedado,

Rafa les hizo un *tour* por las zonas más conocidas de la ciudad: el Kursaal, el teatro Victoria Eugenia, los jardines de Alderdi Eder... y por supuesto la playa de La Concha, que con sus bañistas y los barquitos fondeando parecía como una postal. Se hicieron todo el paseo, incluido el de la playa de Ondarreta, hasta llegar al Peine del Viento. Frente a la imponente bahía, y a los pies del monte Igeldo, se encontraba el famoso conjunto escultórico de Eduardo Chillida, otro de los iconos de la ciudad.

—Peine yo no veo ninguno. Ahora, viento hace un poco, ¿eh? —dijo Lorenzo, intentando que no se le desmontase el engominado.

—Es un peine pero en sentido metafórico —le aclaró Rafa.

—¡Pero si eso *na* más que son tres hierros *torcíos*! —soltó el Pulga.

—Anda que se quedarían contentos los del gobierno vascuence cuando vieron el peinecito que había hecho el figura —comentó Lorenzo, mirando el culo a unas turistas más que a las esculturas.

Hasta la explanada llegó una pareja de recién casados, ella de blanco y él con traje y corbata. Acompañándoles, un fotógrafo profesional que les sacaba fotos desde todos los ángulos imaginables: con La Concha de fondo, apoyados en una de las esculturas, abrazados frente al monte Igeldo... Sus familiares contemplaban la sesión de fotos, orgullosos. De pronto, a Lorenzo se le escapó una lágrima.

—Ya está, ya se emocionó. Ha sido ver a los recién casados, pensar en Amaia y en mí y *jartarse* a llorar. Y todavía me va a hacer que se me caiga a mí la lagrimita...

Rafa, enternecido con su padre, le pasó el brazo por encima del hombro e hizo un esfuerzo por no romper a llorar él también.

—¡Qué me voy a emocionar! Lo que pasa es que me da coraje pensar que en las fotos de tu boda en vez de la Torre del Oro pueda salir ese mojón de hierro.

—¡Venga, alegría! Que aquí en *Euskai* se vive todo muy intensamente —les dijo el Pulga parafraseando un dicho famoso de *Gran Hermano*.

Poco después se sumaron a la celebración dos chicos jóvenes, de aspecto puramente abertzale, que montaron para la ocasión la txalaparta, clásico instrumento de percusión euskaldún hecho de tablones de madera. Los recién casados se acercaron hasta la txalaparta y se quedaron de pie frente a ella, cogidos de la mano. Detrás, todos los invitados a la boda, unos ciento cincuenta. Los dos jóvenes comenzaron a golpear con sus palos las tablas de madera, creando una especie de sonido tribal, entre oscuro e hipnótico. Los novios y toda su familia contemplaban el momento con sumo respeto, como si aquello fuera un ritual cuasi místico. Para esa gente, pensó Rafa, era como si a un andaluz le viniera la familia Habichuela a amenizar su boda con las guitarras. Lorenzo acercó su cara a la de Rafa.

—*Ojú* el ruido que mete el xilófono ese —dijo mientras contenía una risa floja.

Varios familiares giraron la cabeza y recriminaron con la mirada a los tres andaluces.

—Menos guasa, Lorenzo, ¿o es que no ves el churrillo de pelo que lleva en el cogote el de los palitroques? —dijo el Pulga señalando a uno de los músicos—. Es lo

típico de los *aberchachis*.

—Pues parecido al tuyo, Pulga, que me llevas un melenón por detrás que te lo puedes poner de bufanda —le respondió Lorenzo.

—A ver si nos llamamos un poquito, ¡hostias! —les soltó el hermano del novio, que llevaba chaqué y dos pendientes en cada oreja.

Los tres se miraron; era el momento de irse. Sabían que estaban en territorio comanche y no era plan de tocar las pelotas. Lorenzo le pidió un segundo para hacer una foto de aquel momento tan puramente autóctono y poder alardear entre sus colegas de Marbella. Sacó su móvil sin saldo y encuadró la imagen de la txalaparta con el Peine del Viento detrás. La foto podría ser portada del suplemento dominical del *Gara*. Lorenzo enfocó bien y cuando le fue a dar al botón, una llamada entrante hizo sonar en su móvil, a todo volumen, aquello de «chan chaan chaaaaaan...». Eran los primeros compases del himno de España en la versión de la banda municipal de Málaga. La txalaparta no tardó en callar ni tres segundos. Los novios y sus ciento cincuenta invitados se giraron hacia Lorenzo, que era incapaz de apagar la música.

—Barkatus... Que pensé que lo tenía en modo vibráfono. Pero vamos, que tampoco me suena el móvil así siempre. Es solo cuando me llama un amigo que es guardia civil...

Rafa se llevó a su padre hasta una esquina, pegados a las rocas. Mientras, el Pulga, que no quitaba el ojo a los de la txalaparta, vio cómo uno de ellos se llevaba la mano a una riñonera que tenía cruzada en el pecho. Convencido de que lo único que podía salir de aquella riñonera era un kalashnikov, el Pulga cogió carrerilla y saltó directo hacia Rafa y Lorenzo, para hacer de sí mismo un escudo humano.

—¡Nooooooooooooo! —gritó el Pulga mientras su minúsculo cuerpo volaba en horizontal.

Cuando todavía estaba surcando los aires, pudo comprobar que lo que el joven sacaba de la riñonera era un cigarro y un mechero, pero la comprobación llegó tarde, con la mala suerte añadida de que un fuerte golpe de viento le desvió un par de metros y fue a caer en plancha sobre una roca plagada de verdín y moluscos varios.

—¡Ay, mi Pulga! ¡Que se me ha *descalabrao*! —gritó Lorenzo al borde de la histeria.

Un invitado a la boda pidió por teléfono una ambulancia, pero le resultó muy difícil explicar lo que había sucedido. Cuando le pidieron una descripción física del accidentado dijo que era algo así como una mezcla entre Camarón de la Isla y La Hormiga Atómica. De pronto, el Pulga movió la cabeza, se incorporó y miró sonriente a Rafa y a su padre.

—¿No ves Rafita como sí que me lo tenía que traer? —gritó desde el pedrusco mostrando el chaleco antibalas.

Un segundo después, una ola golpeó contra la roca con fuerza y lo tiró al mar. La idílica jornada turística y cultural terminó con Rafa lanzándose al agua en calzoncillos a rescatar al Pulga, que por mucho que nadaba al más puro estilo perro,

era incapaz de llegar hasta la orilla.

Cuando apareció la ambulancia, Rafa, Lorenzo y el Pulga aprovecharon el revuelo para largarse sin que nadie se diese cuenta. Una hora después, el Euskotren les dejaba de nuevo en Argoitia.

—Rafa, pichita, el Pulga y yo nos vamos a descansar un rato. Una siestecita, tres horas máximo.

—¿Qué siesta? Si son las seis de la tarde.

—Pues eso, nos avisas mejor a las nueve y cuarto. —Lorenzo le dio dos palmaditas en la cara y se subió a la buhardilla.

Con una peste importante a salitre y un trozo de alga detrás de la oreja, Rafa entró al salón a verlas venir. Allí estaba Amaia, frente a la tele y cruzada de brazos. Con las piernas bailándole de miedo, Rafa se sentó en el sofá dejando entre los dos una mínima distancia prudencial de metro y medio —lo que Rafa llamaba «la distancia de seguridad anticollejas»—. Se armó de paciencia y se tragó a su lado tres capítulos seguidos de *La Mirada Mágica*, un programa de ETB que mostraba a vista de pájaro cada rincón del País Vasco y que regalaban con el *Deia* de lunes a viernes. Cuando Amaia se dispuso a poner el cuarto capítulo, Rafa apagó el DVD y rompió el silencio:

—A ver, Amaia, que... Que yo te quería pedir disculpas.

—¿A mí, por qué? ¿Por arruinar la cena de mi padre y destrozar el salón? ¿O por la que se lio ayer en el restaurante? ¿O lo dices por conseguir que mi aita no se hable con nadie?

—Oye, que yo no he tenido la culpa de esas cosas, ¿eh?

—No, no, si ya lo sé. Si la culpa es de tu padre y del cucaracha de Chipiona o como coño se llame. Pero tú les invitaste, así que tú eres el responsable.

Rafa quiso defenderse de la acusación, pero la bola de nervios en el esófago no le dejaba articular palabra. De fondo, Carlos Sobera presentaba un concurso en la tele.

—Situación de inestabilidad, ya sea económica o emocional.

—Crisis.

—¡Correcto! Decisión unánime de separación legal adoptada por un matrimonio.

—Divorcio.

—¡Correcto!

No pudo más, se lanzó de cabeza a la piscina.

—Amaia, escúchame. Que yo sé que el Pulga y mi padre pueden ser un poco pesados. Bueno, pesados, no, insoportables. Que son muy andaluces ellos y tú sabes mejor que nadie lo que pasa cuando metes a un andaluz por primera vez en Argoitia. Llámalo choque de culturas, llámalo bomba atómica. Bueno, en este caso precedentes sí que hay, lo digo por mí, no sé si lo habías pillado, que yo sé que no te está haciendo ni puta gracia nada de lo que te digo, pero es que estoy muy nervioso mi *arma*, porque te veo con esa cara de agobio que ya no sé si pedirte perdón o irme a hacer penitencia a Lourdes de rodillas.

La ocurrencia de Lourdes arrancó a Amaia casi una carcajada.

—Pues, mira, no me parece mal del todo. Y si te llevas a otros dos que yo me sé, ni tan mal —dijo Amaia bajando un poco la guardia.

—Te prometo que son buena gente, y que a partir de ahora les voy a atar en corto. Verás como ya no suponen ningún problema. Te lo juro por la cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración.

—Eso espero, Rafa. Porque mi padre está al límite, y esta vez va en serio.

Una de las cosas que Rafa había aprendido en esos meses de convivencia eran las tácticas de apareamiento con su novia. Como un biólogo estudiando a un mono bonobo, Rafa fue descubriendo que cuando Amaia entrecerraba un poquito los ojos hasta que se le achinaban y le miraba con una media sonrisa, el semáforo de los magreos se ponía en verde. No solía suceder muy a menudo, pero justo en ese momento Amaia le sonreía y sus ojos marcaban un fino pliegue en los extremos. Vía libre. Rafa se saltó la distancia de seguridad, se arrimó lo máximo posible y la besó con todas sus ganas...

—¡Amaia, reina! Que ya sé que mi Rafita tiene un arte que no se *pue* aguantar, pero déjanoslo un ratillo, ¿vale?

Amaia y Rafa pegaron un bote con el vocerío de Lorenzo, aunque la sorpresa de verdad se la llevaron al darse la vuelta y descubrir al padre de Rafa y al Pulga disfrazados de toreros y sirviéndose dos copazos como dos soles.

—¡Que empieza su despedida de soltero! —gritó Lorenzo, con las pilas recargadísimas.

La imagen era esperpéntica. Lorenzo marcaba tripa y no le entraban del todo los pantalones del disfraz. Para compensar, se había puesto encima el cinturón azul marino de trenza con el ribete de la bandera de España. Al Pulga, por otro lado, el traje le quedaba tres tallas grande y resultaba una mezcla entre Joselito en horas bajas y un bombero torero. Rafa se puso en pie.

—Y cuidado con los treinta y cinco carteles que hemos traído para pegar por el pueblo —comentó Lorenzo desplegando un DIN A3.

El cartel, parodia de los clásicos de las corridas de toros, consistía en un fotomontaje de Rafa con el cuerpo del Juli. Debajo se leía: «Rafita, el niño de Argoitia se nos casa. La cornamenta se la pondrán después». Rafa fue decidido hasta su padre, le quitó el cartel de las manos y lo rompió en diez trozos.

—¿Pero vosotros estáis locos? ¡Os ve Koldo así vestidos y os manda de vuelta a Marbella del sopapo que os mete!

—Hombre, hijo, que los disfraces buenos no son. Pero el pego lo dan, creo yo.

—Somos tu cuadrilla, como dicen en *Eskadirría*. Pero de toreros —dijo el Pulga.

—¿Cómo vais a salir disfrazados de toreros por Argoitia? Que una cosa es que estén las cosas más tranquilas y otra venir a provocar —dijo Rafa mientras intentaba quitarle a su padre la chaquetilla a presión.

—¡Pues verás cuando saquemos tu disfraz de guardia civil con dos tetas en el tricornio! ¡Tiene una guasa que *várgame* Dios! —dijo el Pulga riéndose.

Rafa fue a por él, a desmontarle el disfraz.

—¡Eh, eh! ¡Cuidadito con la montera que esta me la regaló a mí Curro Romero! Bueno, no me la regaló, se la cogí yo prestada en un despiste en el callejón de la Maestranza.

Rafa se pasó las advertencias del Pulga por donde la espalda pierde su nombre y le arrancó de su cabeza la maldita montera. Al rato, y vestidos ya de paisano, comenzaba la esperadísima despedida de soltero de Rafa.

El primer destino fue la taberna Irrintzi, que estaba medio vacía. Dos jubilados jugando a las tragaperras, un albañil tomándose un carajillo a deshoras y un camarero que atendía a la retransmisión en euskera de un partido de pelota vasca era todo el ambiente que podían conseguir a esas horas en Argoitia.

—¡Maestro! Que vamos ya por el tercer *gin tonic*... ¿No tendrá usted unos rebozaditos de tapita o algo? —preguntó el Pulga.

El camarero apartó dos segundos la vista de la tele, le miró, negó con la cabeza y volvió a meterse en el partido.

—Ojo con el salero que tienen en esta tasquita a la que nos has traído... —dijo Lorenzo en tono jocoso.

—¿Y qué queráis? ¿Qué hubiese en Argoitia un Pachá? —preguntó Rafa removiendo los hielos de su Coca-Cola zero.

—Pero, criatura, si ya no es solo por el bar... Es lo *saborío* que estás —dijo el Pulga metiendo baza.

—¿Crees que puedes estar tomándote una Mirinda en tu despedida de soltero, pichita?

—A ver, primero, la Mirinda hace como treinta años que no existe. Y segundo, si no te importa, deja ya de llamarme pichita, que tengo un nombre.

—Vaya con el niño, ¿qué te parece? Llevo llamando pichita toda la vida y no pasa nada, y ahora que se viene a Argoitia, al señorito ya no le gusta el mote. ¿Qué prefieres? ¿Uno en vascuence?

—Que no se dice vascuence, se dice...

—¡Que me toca los cojones cómo se diga! Que estás muy raro, Rafa, que ya no eres el mismo.

Lorenzo hizo un gesto al camarero para que le pusiese otra copa y continuó con su *speech*.

—Me acuerdo yo las farras que nos pegábamos en el chiringuito cuando venías a vernos. La guitarra para arriba, la guitarra para abajo, todo el día de palmas, copitas por aquí, chupitos por allá... Hasta las seis de la mañana. Bueno, hasta las seis nosotros, que tú a veces empalmabas hasta la paella del día siguiente.

—Y ahora mira, un poco más y te pides una manzanilla con tisana, muchacho —añadió el Pulga.

—Uy, no, manzanilla qué se va a pedir este. Que igual le recuerda al fino y le da coraje —agregó Lorenzo riéndose.

—¡Que esto es una juerga, Rafita, figura! ¡Venga, pídete un pelotazo bueno! —dijo el Pulga tratando de animarle.

—Una juerga sería si hubiesen venido mis amigos, que son los que me han dejado *tirao*, sin despedida y sin nada...

—*Tiraos* les dejaste tú cuando te viniste *paracá*. Ni llamadas, ni visitas, ni un triste mensaje... ¿Tú qué te crees, que la gente va a estar esperando para verte solo cuando a ti te venga bien? Que ellos también han notado que has cambiado, hijo.

¡Pam! Rafa dio un manotazo en la mesa.

—Bueno, ya está bien ¿no? ¿Piensas que puedes venir aquí a ponerlo todo patas arriba y encima dar lecciones a los demás? Y si he cambiado, ¿qué pasa? ¿Algún problema? —le espetó Rafa a su padre, mientras la vena del cuello se le ponía como un lomo embuchado.

—A ver, Rafita, que yo creo que aquí nadie está criticando que hayas cambiado... Hombre, un poco sí. Pero *na*, una miajita.

—Ni miajitas ni hostias.

—¿No ves? Ya estás blasfemando. Si es que ya hablas como ellos —le dijo Lorenzo.

—Para que te enteres, lo normal es que la gente cambie y evolucione. Pero, claro, tú de eso qué coño vas a saber si llevas toda tu vida igual, que lo único que te interesa es la fiesta, el cachondeo y las copichuelas. Y a lo demás que le den por culo. Incluido tu hijo.

—*Cuidao*, Rafa, que ahí te estás confundiendo, que a tu padre también le gustan las mujeres una *jartá*, y de eso no has dicho ni pío —observó el Pulga.

—Eso, muy bien dicho, «las mujeres», en plural. Porque a mi madre mucho llamarla princesa, mucho llamarla reina mora, pero bien que se la pegó con otras trece. ¡Trece, que se dice pronto! Así es tu amigo Lorenzo. Y tú, al lado, riéndole las gracias.

El Pulga tuvo que hacer un esfuerzo enorme para que el sorbo del *gin tonic* no se le fuese por otro lado. Lorenzo, por su parte, se quedó mirando a Rafa con los ojos entrecerrados y las manos apoyadas sobre la mesa. Tras cinco segundos de silencio absoluto, los más incómodos de todo el viaje, Lorenzo se levantó y se recolocó los pantalones hasta el ombligo.

—Vámonos, Pulga, que aquí sobramos.

El Pulga se quedó con la duda. Aquella situación era como para irse, pero por otro lado todavía tenía el Larios-tónica a la mitad.

—A ver, Lorenzo, siéntate, compadre, que me da coraje veros así. Además, que seguro que Rafa no piensa eso. ¿A que no, Rafa?

No hubo respuesta. Rafa miraba por la ventana con el refresco en la mano.

—Venga. Vamos por las maletas que yo creo que todavía cogemos el último *vascotren* para San Sebastián. Si, además, lleva razón, yo un padrazo tampoco es que haya sido. Es más, he sido un mojón de padre, y se ve que el chico está más a gusto

con su nueva familia y con la muchacha.

El Pulga se levantó rematando el *gin tonic* de un trago. Lorenzo abrió la puerta del bar para salir.

—A mí no me ha cambiado ni Dios. Esté en Argoitia, esté en Sevilla o esté en la Conchinchina. Y si me da la gana yo parto la noche, que es lo que se supone que debería estar haciendo hoy, ¿no?

El Pulga y Lorenzo se miraron.

—¿Entonces qué hacemos? ¿Nos vamos o...? —preguntó el Pulga.

Rafa les miró, allí plantados, como la versión pijotera de don Quijote y Sancho Panza.

—Saca una ronda. A ver si me han cambiado o no me han cambiado.

Lorenzo agarró del brazo al Pulga y le dijo algo al oído, disimuladamente.

—¿Estás seguro?

Lorenzo asintió con la cabeza y el Pulga se fue a pedir a la barra. A los cinco minutos, los tres tenían un vaso en la mano con un licor que el camarero les sirvió en jarrita de cristal. Rafa olfateó la bebida.

—¿Qué es esto?

—Tú pruébalo, que te va a gustar.

Lorenzo levantó su vaso.

—¡A la de una, a la de dos, a la de...!

Los tres bebieron el vaso de un trago y lo dejaron sobre la mesa.

—¡Otro! —dijo Rafa agarrando la jarra y sirviendo una nueva ronda para los tres.

RESACÓN EN ARGOITIA

—Eh, chaval... ¿te encuentras bien? ¡¡Chaval!!

Rafa se despertó sobresaltado. Intentó abrir los ojos pero la luz se le incrustaba en las córneas como si fuera una aguja. Apenas podía levantar los párpados y entrever alguna forma borrosa. Quiso decir algo pero la boca también se le resistía y fue incapaz de despegar la lengua del paladar. Era como si se hubiese comido una papilla de pegamento con tropezones de polvorón estepeño. Había amanecido sobre un suelo duro de baldosa, y se sentía como si tres mercenarios rusos le hubieran dado una paliza. Además, olía a kalimotxo que tiraba para atrás. Se puso la mano a modo de visera y descubrió que estaba tirado bajo un tablón de madera. Por un momento pensó que le habían enterrado y que aquella voz que le hablaba era la del mismo san Pedro, dispuesto a pasarle factura por todos sus pecados. Sin embargo, notó esa inconfundible punzada, ese clavo que atraviesa la cabeza de lado a lado, y entendió que lo que le sucedía era aún peor que estar muerto. Tenía la resaca del siglo, y todo por culpa del plan B de Lorenzo la noche anterior. Había mezclado en una jarra una botella de patxarán con manzanilla que llevaba Pulga en una petaca.

—¿Dónde coño estoy? —consiguió decir Rafa, con la voz de un camionero fumador.

—En el bar Igueldo. Son las diez y media. Hora de tirar ya para casa, ¿no?

Rafa intentó incorporarse evitando movimientos bruscos que acrecentasen más aún la jaqueca, pero lo primero que vio fueron cuatro patas de metal y una tabla sobre su cabeza... había amanecido acurrucado debajo de un futbolín. De cómo había llegado hasta allí no tenía ni la más remota idea. Peio, el dueño del bar, le había descubierto mientras fregaba el suelo. Lo primero que pensó al chocar contra su cuerpo fue que alguien se había dejado olvidado el abrigo, típico tras las noches de juerga. No tardó en descubrir que el abrigo tenía piernas, y brazos, y una cabeza engominada. Por el aspecto del cuerpo inerte, no supo si llamar a una ambulancia o al tanatorio, pero en cuanto a Rafa se le escapó un eructo, Peio entendió que no se encontraba frente a un cadáver, si no ante un juerguista de primera división. En los doce años que llevaba de camarero había visto de todo: gente que dormía la mona sobre las mesas, borrachines que reposaban la cogorza con la cabeza apoyada en la barra... Pero pasar la noche debajo del futbolín le pareció de un nivel superior.

Peio lo agarró por las axilas y le ayudó a incorporarse. Su aspecto era deprimente, llevaba la ropa empapada con serrín mojado y los pelos de un recién levantado de la siesta. En la parte derecha de la cara, dos colillas pegadas. Peio le ofreció un poco de agua y Rafa se bebió cinco vasos seguidos, hasta que consiguió calmar los ardores internos y adecentar la voz. De cualquier manera, aún seguía un poco piripi.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Rafa—. No recuerdo nada.

—La de Dios se lio anoche. Hasta los topes me pusieron el bar.

—¿Pusieron? ¿Quiénes? —preguntó Rafa intuyendo de quién hablaba.

—Los andaluces. Menudo cachondeo que se traía la pareja... ¡Hasta imitaron al Dúo Sacapuntas!

Estaba claro que hablaba de su padre y del Pulga. El mítico número del Dúo Sacapuntas lo habían hecho varias veces en La Meca, pero lo reservaban solo para ocasiones muy, muy especiales. Lo de anoche debió de ser un fiestón en toda regla. Bastante curioso, además, imaginarse a medio Argoitia coreando aquello de «veintidó, veintidó, veintidó...».

—Con la manía que tengo yo a los andaluces graciosetes.

—Pues nada, que agur —le dijo Rafa sacudiéndose el abrigo y manteniendo el equilibrio a duras penas.

Cuando pisó la calle, se sintió como Tom Cruise en *Entrevista con el vampiro*. Tal era el malestar y la vergüenza de sentirse observado por todo el mundo con ese aspecto, que se paró en el quiosco a comprarse el *Telva*, que ese mes regalaba unas gafas de sol estilo Audrey Hepburn con estampado de leopardo. Mejor eso a que le dieran limosna en los semáforos.

Por un lado, Rafa se sentía molesto porque su padre y el Pulga se hubiesen ido a casa dejándole tirado como a un chucho, pero por otro, no podía evitar sentir cierto orgullo de sí mismo. Estaba claro que aquello había sido un juergote de campeonato, justo lo que necesitaba para demostrar a su prometida que él también podía partir la noche en el norte y pasarlo en grande sin necesidad de terminar con su suegro jugando deprimentes partidas de mus. Además, las diez llamadas perdidas de Amaia que tenía en el móvil delataban que por un momento ella se había puesto celosa. Ese puntito de satisfacción al más puro estilo macho alfa, y la ligera borrachera que aún llevaba encima, le ayudaron a hacer el camino de vuelta a casa un poco más llevadero.

Como un quinceañero recién llegado de botellón, Rafa intentó abrir el portón del caserío ocho veces. Lo intentó hasta con las llaves del candado de la bici. A la décima, y de chiripa, llegó la vencida.

—Egun on, famil...!

Rafa interrumpió el final de la frase al toparse con la cara de Koldo, sentado en el sofá del salón. Tenía peor aspecto que nunca. Peor aún que Rafa. Los pelos alborotados como Krusty el payaso, unas ojeras moradas tipo oso panda de no haber dormido ni un minuto, y la mirada, perdida. Era la viva imagen de un loco, vestido, además, con un horrible pijama de felpa.

—¿Se puede saber dónde estabas? —le preguntó Amaia, seria, desde el fondo del salón—. Te he llamado un montón de veces.

—Perdona, es que estaba...

—Borracho, estás borracho —le dijo ella, con todo el desprecio posible.

Rafa no se podía creer que incluso la noche de su despedida de soltero, con treinta

y seis años, le fuera a caer una bronca de su prometida y de su suegro por llegar a casa de día. Pensó en su dignidad de adulto y quiso poner las cosas en su sitio.

—Mirad, y os lo digo con todo el respeto que me merecéis, llevo siete meses aquí, trabajando como una mula, levantándome los domingos a las siete para ir al monte a coger setas, aguantando...

—Se ha muerto el abuelo —dijo Amaia, seca como una lija.

Koldo dio un golpe bestial con el puño sobre la mesita del salón. Del susto, a Rafa se le bajó la mitad del pedo que aún llevaba encima.

—Madre mía, lo siento muchísimo, cariño —le dijo a Amaia mientras le daba el pésame con un abrazo.

—Apesta a alcohol.

Amaia deshizo el abrazo y, disimuladamente, le señaló a su padre con la cabeza. Rafa se fue hasta él y se sentó a su lado con sumo cuidado.

—Koldo, que te acompañe en el sentimiento. Estas cosas... son una pena muy grande.

Koldo no atendía a nada, negaba con la cabeza mirando al suelo. Rafa lo intentó de nuevo, buscando la frase precisa.

—Ya sabes cómo es esto... que... cuando un amigo se va, algo se muere en el alma...

De pronto, Koldo se giró y, totalmente fuera de sí, agarró a Rafa por la camisa. Empezó a gritarle con la mirada de quien ha enloquecido sin remedio.

—¿Por qué? ¿Por qué?

Rafa pegó un respingo hacia atrás del susto. Amaia se sentó junto a su padre, lo abrazó, y poco a poco lo fue calmando.

—Dúchate, que en una hora tenemos que estar en el tanatorio —dijo Amaia a Rafa.

Tanatorio. No habían pasado más de tres horas desde que Rafa se tomara su último cubata de ron con Fanta de naranja y tenía que prepararse para irse a un tanatorio a velar un cadáver. Además, ni el lavadero de coches de la gasolinera podría quitarle la peste a vino y tabaco que llevaba encima.

—Claro, cariño, ningún problema.

Rafa se incorporó del sofá con cierto tambaleo y se fue hacia las escaleras.

—Y avisa a tu padre y a su amigo para que vayan también. Cuanto más apoyo, mejor —le dijo Amaia mientras consolaba a Koldo.

—Voy a despertarles —contestó Rafa.

—¿Despertarles? Si aún no han vuelto.

Rafa sufrió un leve vahído fruto de la melopea y de la noticia que casi lo tira al suelo. Se agarró al barrote de la escalera.

—Tienes dos horas para encontrarlos.

—Mierda, mierda, mierda, mierda... —Rafa repetía aquella palabra como un mantra mientras corría hacia la zona de bares de Argoitia.

Rezó para que el Pulga tuviese razón y les hubiesen secuestrado. Aquello era mejor que cualquiera de las opciones que se le pasaban por la cabeza. Sudando como un pollo y con la respiración al límite, llegó otra vez al bar Igueldo. Eran las once y el bar estaba casi lleno, algunos aún con el café de la mañana y otros tomando un pote temprano. Peio, que colocaba pintxos sobre la barra, se sorprendió al verle de nuevo.

—¿Qué? ¿Te has dejado algo? —le preguntó.

—Más que algo a alguien. ¿No habrás encontrado por casualidad más gente durmiendo por aquí? —le dijo Rafa.

—Barkatu?

—Se nos debió de ir la mano con las copas y no han aparecido por casa.

Los clientes miraban extrañados a Rafa, que decía buscar a dos personas más, mientras fisgaba debajo de las mesas y de las sillas como quien se ha olvidado un bolso o un jersey.

—A lo mejor lo que necesitas es descansar. Tira para la cama, anda —le dijo Peio con tono paternalista.

Rafa movió la tragaperras de su sitio. Era consciente de que el Pulga podría estar durmiendo incluso dentro de la máquina de tabaco. Peio salió de la barra y le agarró del brazo.

—Venga, txiki, se acabó el circo, ¿eh? Bastante que no te he sacado a patadas esta mañana.

—De verdad, tengo que encontrar a mi padre. Es un asunto de vida o muerte. Bueno, de muerte más que otra cosa porque ha fallecido el padre de mi suegro.

—¿Me estás vacilando o qué?

Rafa se pensó dos veces la respuesta para no parecer un borrachín desquiciado. Finalmente, optó por ahorrarse los rodeos.

—Mire, yo sé que bien no le voy a caer, pero no soy vasco. Soy andaluz, de Sevilla. Y mi padre y su amigo son los que montaron todo el lío de anoche.

—Coño, entonces tú tienes que ser el yerno de Koldo. ¡No jodas que se ha muerto su aita!

—Eso es, su aita. Y ahora necesito encontrar al mío, que esperemos que siga vivo.

—Pues yo poco te puedo ayudar. Lo que sí te digo es que a las horas que se fueron de aquí lo único que estaba abierto era el Jaia. —Rafa le dio las gracias y salió escopetado por la puerta.

Encontró el bar Jaia a cuatro manzanas, pero estaba cerrado a cal y canto. Llamó como un energúmeno a la puerta durante un minuto con la esperanza de que los dueños aún estuvieran dentro. Volvió a llamar, en bucle, esta vez con la mano abierta, y a poco estuvo de romper el cristal cuando...

—¡¿Qué cojones pasa ahí abajo?!

Asomado a la terraza del segundo piso, Ander Zulueta, dueño del Jaia, gritaba como un oso al que acababan de despertar de su hibernación. Rafa intentó disculparse

torpemente con su voz ya afónica, pero en cuanto Ander se dio cuenta de quién era, le cambió la cara.

—¡Coño, Rafita! ¡Espérate, que bajo! —le gritó Ander.

Ander apareció al momento por la puerta del bar, con un pitillo en la boca y un chándal de la Real Sociedad de los años noventa. Le sacaba a Rafa una cabeza y dos cuerpos, y cuando levantó aquel enorme brazo en el que llevaba tatuada una calavera y la palabra «Ziortza» en tipografía élfica, Rafa estaba convencido de que se lo iba a plantar en la cabeza al estilo Bud Spencer. Pero no, el brazo fue a parar a su hombro en un gesto amistoso.

—¿Qué pasa, figura? ¿Cómo no viniste ayer?

—¿Eh? ¿Nos conocemos?

—Que si nos conocemos, dice... Bueno, yo a ti de sobra, desde que eras así —aseguró Ander, marcando con la mano una medida imaginaria por debajo de su cintura—. Y llámame de tú, coño.

—Estoy buscando a mi padre, que...

—¡Pues de eso te hablo! Se empeñó tu padre ayer en enchufar el móvil al proyector del bar y nos estuvo enseñando todas tus fotos. De la comunión, de cuando la Expo del 92 con las mulatas del pabellón de Brasil, de cuando imitabas a Bigote Arrocet con seis años en el chiringuito... ¡Menudo descojono!

Rafa ya no sabía si estaba más angustiado por encontrar a su padre o por las fotos que se debieron de ver anoche en el bar.

—Por cierto, muy mal lo de retirarte a casa sin decirles nada, ¿eh? Buen disgusto tenía tu padre.

—Si no me fui a casa. Me quedé debajo... Bueno, es igual.

—Ahora, también te digo, que fue tomarse el cuarto *gin tonic* con Red Bull y se le pasó el disgusto.

—¿Y sabes dónde fueron después?

—Por las horas que eran solo pudieron ir al Etxaniz. El que está abajo, llegando al puerto.

—Muchísimas gracias. *Voy pallá*.

Iba a salir corriendo por la puerta cuando Ander se puso delante y lo frenó con su brazo izquierdo, este tatuado con letras japonesas, un ancla y una ballesta.

—Tsss, que con tu aita muy bien... Pero me dijo que apuntase las consumiciones en tu cuenta.

—Pero si yo en este bar no tengo cuenta.

—Claro que tienes, te la abrimos ayer.

Casi se le quitaron las ganas de seguir buscando por los bares cuando tuvo que pagar a Ander los ciento cincuenta euros de los chupitos, los cubatas, las cervezas y de un Frigo Pie que se le debió de antojar al Pulga a mitad de la noche. Pero la situación era la que era, así que se tragó el orgullo y trató de no pensar mucho en el agujero de tamaño cráter que le acababan de hacer en su cuenta corriente.

Cuando llegó al Etxaniz, una vieja tasca de pescadores, aprovechó lo primero para pedirse un café con leche y un pintxo de boquerones con guindilla. La combinación de ambas cosas en un día de resaca era un tanto suicida, pero no había otra cosa y Rafa necesitaba energías. El cansancio y la falta de sueño comenzaban a hacer mella. Tras liquidarse el café de un trago, preguntó por su padre.

—La que liaron, Dios. Borrachos como cubas estaban. Si hasta mantearon al Intxaustegi porque decían que se parecía a Vicente del Bosque.

El camarero, más autóctono que el txakolí, señaló a uno de los clientes, un señor con bigotón canoso y mirada de pachorra que leía el *Gara* mientras se masajaba las lumbares y se tomaba un rioja.

—Y luego estaba el otro, el pequeñín, que se parecía a Joselito.

—El Pulga.

—Le llamaréis el Pulga, pero *caguenrós* cómo come el tío. Me dejó la barra pelada de pintxos. De algunos se comió hasta el palillo.

—¿Y no sabrá dónde fueron después?

—Ni idea, hijo. Lo que sí recuerdo es que estaba amaneciendo y tu padre estaba subido a la barra cantando rancheras. Y dijo algo así como que se iban a sabina.

—¿A sabina?

—Con el ruido y el lío montado no me enteré bien.

Rafa se quedó pensando, con cierta obsesión. «¿Un concierto de Sabina? ¿A las seis y media de la mañana? ¿En Argoitia? Imposible. Sabina, Sabina...». De pronto, a Rafa se le encogieron las entrañas y entró en modo Def Con Dos.

—¡¡El Sabino!!

—¡Eso, el Sabino! —dijo el camarero haciendo memoria—. Pues allí que se fueron todos.

En el escalafón de Koldo, lo que más quería en este mundo era: su hija Amaia, su barco Sabino y detrás, ya muy lejos, el resto de personas y cosas. Aquel barco, herencia familiar de varias generaciones, lo era casi todo en su vida. Y jamás nadie había osado a subirse a su cubierta sin su permiso.

Rafa hizo su aparición en el puerto pesquero empapado en sudor, corriendo con el mismo estilo que los del maratón de marcha. Las fuerzas no le daban ya ni para correr como una persona normal. Se fue directo al muelle donde estaba atracado el barco de Koldo. Los arrantzales, que llevaban desde la siete descargando cajas de pangas y bacalaos, le miraron como con recelo.

—¡Kaixo! —les saludó Rafa—, voy al Sabino, que ayer me dejé... unos cebos.

Las peores sospechas de Rafa se confirmaron al llegar al barco. El portón estaba abierto y la rampa de subida, bajada. Entró al Sabino y lo primero que hizo fue tropezar y caerse de bruces contra el suelo. Había chocado con el cuerpo de un borracho en calzoncillos, tirado justo a la entrada con una botella de sidra en la mano. De fondo, música de bachata saliendo por los altavoces de un radiocasete.

—¡Hombre, mi *crack!* ¡Por fin has venido! Se ve que tú también vas agustito ¿eh?

Ozú, el guarrazo que te has *pegao*.

Era el Pulga, que en una mano llevaba un *gin tonic* sin hielos y en la otra un puro apagado al que le quedaban dos caladas máximo. Iba completamente desnudo a excepción de los botines, que jamás se los quitaba.

—Vente para allá, que estamos todos con una guasa y un cachondeo que quita el *sentío*.

—¿Qué estáis? ¿Quiénes? —preguntó Rafa levantándose.

—*Na*, tú tranquilo. Que ya solo quedamos los buenos. Los vascos mucho pote, mucho txiquitín, pero a la hora de empinar el codo como Dios manda son muy flojitos.

—¡Pulga, *compare!* —se oyó a Lorenzo de lejos—. ¿A ti no te da vergüenza pasearte de esa guisa delante de las señoritas? ¡Coño, pichita!

Rafa vio a su padre, con la chaquetilla del disfraz de torero abierta, el pecho al aire y una tanguilla náutica de estampado hawaiano. Sabía que esa imagen iba a permanecer en su cabeza durante años.

—Espera, espera... ¿Qué señoritas? —preguntó Rafa.

—Pues las que habíamos contratado para tu despedida, truhán, pero como de repente desapareciste...

—¡¿Pero vosotros estáis gilipollas?! ¿Cómo se os ocurre venir al barco de Koldo a montar una orgía?

Rafa sacó fuerzas de flaqueza y estalló indignado.

—*Cuidao*, Rafita, que eso son palabras mayores. Aquí no ha habido ninguna orgía. Cada uno ha estado con su señorita en camarotes distintos —aclaró Lorenzo.

—Si esto ha sido más el cachondeo que un mete saca. Tú no veas qué *panzá* de reír cuando nos hemos puesto a tocar el himno del Betis con la bocina del barco. Oy, oy, oy, yo casi me meo encima —contó el Pulga entre risas.

—¡Ven, que te presentamos a las niñas!

Lorenzo y Pulga llevaron a Rafa hasta la proa del barco. Fueron esquivando botellas vacías, *wonderbrass*, vasos de plástico y varias vomitonas. Tres cubanas mulatas que estaban más cerca de los cincuenta años que de los veinticinco, tomaban el sol en *topless* en la misma zona del Sabino donde Rafa solía destripar los bonitos.

—¡Macizas! ¡Que sois lo más grande que ha dado Argoitia! ¡Ven aquí que te como viva! —piropeó el Pulga a las mujeres antes de lanzarse sobre una de ellas.

—Atended, princesas, os presento a Rafita, mi chaval. Este es el que se casa. *Fijarse* ustedes lo que os perdéis las mujeres del mundo.

Lorenzo señaló a Rafa de arriba abajo, como si fuera un escaparate de *El precio justo*. Las chicas saludaban con la mano y le lanzaban besos con la boca.

—¡Ole! —gritó el Pulga abrazado a una de ellas sin soltar el copazo en ningún momento.

—Ellas son Amor, Divina y Zuleidi. Las mejores *strippers* de todo *Euskai*. Bueno, que te habrás dado cuenta de que de aquí de aquí no son... —aclaró Lorenzo

por si alguien dudaba aún—. Oye, y ahora que has venido, ¿una copita rica de desayuno?

Lorenzo cogió del suelo una de las botellas a medio rematar y vertió el licor de melocotón en un vaso de plástico. La botella, ya vacía, la tiró al mar.

—No hay tiempo, papá. Hay que irse.

—Ya está otra vez el aguafiestas...

—Se ha muerto el padre de Koldo.

La fiesta acababa de pegar un bajón de proporciones astronómicas. La bachata del radiocasete, las copas, las botellas por el suelo y los genitales al aire del Pulga parecían de pronto más fuera de lugar que nunca.

—Vestíos que nos vamos al velatorio. Y a las muchachas pagadles lo que haya que pagarles y que vayan saliendo.

Al Pulga le había dado pena oír la noticia del padre de Koldo. Pero más pena le dio que Zuleidi, Amor y Divina se empezaran a poner los sujetadores. Lorenzo cogió a Rafa y le habló en un aparte.

—Oye, que siento mucho lo del padre de Koldo, pero te quería comentar una cosilla...

—Dime...

—Zuleidi se viene conmigo.

—¡Papá, por favor! ¿Cómo te vas a llevar a una *stripper* al velatorio? ¿Qué pasa, que la tienes contratada hasta esta tarde y te da coraje perder el dinero, no? Pues ya te pongo yo la diferencia.

—Que no es eso, Rafita.

Lorenzo agarró la cara de Rafa y la puso frente a la suya.

—Hijo, me he enamorado. Hasta las cachas, además. Y esta vez lo digo en serio. Así que... o viene Zuleidi o yo no me muevo.

—Mira, papá, una cosita te voy a decir yo ahora. Estoy hasta las narices de que todo el mundo me tome por el pito del sereno. El Rafita no tiene carácter, el Rafita es un calzonazos, el Rafita no se sabe imponer... ¡Pues al Rafita le habéis hinchado ya las pelotas! ¡Y si el Rafita dice que no, es que no! ¿Entendido?

6

LA OTRA DESPEDIDA

Llegaron los cuatro al tanatorio todo lo rápido que les permitía la resaca y, en el caso de Zuleidi, la minifalda de cuero y los tacones de aguja. Rafa llevaba un traje que le quedaba dos tallas más grande, el único que tenían en Confecciones Maritxu, donde había ido a comprarlo mientras el Pulga y Lorenzo se vestían en el barco. De paso se había hecho con un paquete de chicles de menta extra fuerte para intentar disimular su aliento a alcohol de quemar. El Pulga, sin embargo, desprendía un tufillo a bodega vieja, detectable en un radio de seis metros. Lorenzo, que había optado por la colonia Brummel, entró el último, agarrando por la cintura a la *stripper*.

—¿Y adónde decís que vamos ahora? ¿A un velero? —preguntó Zuleidi.

—A un velatorio —advirtió Rafa mientras pulsaba el botón para llamar al ascensor y subir al primer piso—. Así que vamos a estar todos tranquilitos, ¿eh? Que os conozco. Y papá, que corra el aire entre ella y tú, que ya no estáis de copitas.

—No te preocupes, que yo doy las *condolescencias* y me bajo a la cafetería a echar un cortadito, que tengo un sueño delcarajo —dijo Lorenzo.

—Ni hablar. Ahora toca estar los cuatro juntos y apoyar a los pocos que hayan venido. ¿No veis que los Zugasti son de poco socializar?

En cuanto el ascensor llegó a la primera planta y se abrieron las puertas, se toparon con una auténtica marabunta humana.

—Chiquillo, pero si esto parece la feria de Málaga —dijo el Pulga.

No menos de cuatrocientas personas se habían acercado a dar el último adiós a Antxón Zugasti y charlaban en voz baja, formando corros en aquel *hall*. Hasta había fotógrafos profesionales, reporteros de prensa y varias cámaras de la televisión local. Amaia, de negro riguroso, apareció entre la gente.

—Ya era hora —les dijo, con cierta mala leche.

—Ay, Amaia, qué penita más grande lo de tu abuelo. Lo siento una *jartá* —le dijo el Pulga con el mismo arte que El Cigala por soleares—. Por cierto, no habréis contratado *catering* para los invitados, ¿no?

Lorenzo abrazó a Amaia y le dijo lo mucho que lo sentía. Mientras tanto, ella no le quitaba ojo a Zuleidi.

—¿Y esta?

Zuleidi saludó con la mano, dejando ver sus uñas decoradas con los colores de la bandera de Cuba.

—Una amiga mía de toda la vida, que por casualidad está trabajando por la zona de... de... —declaró Lorenzo, improvisando sobre la marcha.

—De trabajadora social —remató Zuleidi, bastante más avispada que el resto.

—Oye, cariño, ¿y toda esta gente? —le preguntó Rafa.

—Por mi aitite, de cuando el ayuntamiento.

—¿Ayuntamiento? ¿Qué fue, conserje?

—Fue alcalde de Argoitia treinta años.

Antxón Zugasti había sido uno de los políticos más carismáticos de la Transición en Euskadi. Su nacionalismo acérrimo y su cercanía con el pueblo le habían convertido en un auténtico héroe. Y más cuando los reyes de España visitaron Euskadi por primera vez en 1981 y en un acto oficial, Antxón les negó el saludo. Casi le ponen una estatua en la plaza del pueblo. Además, parecía como si la familia real española y la familia Zugasti no terminaran de llevarse muy bien.

Amaia atendió a unos amigos de la familia y Rafa aprovechó para escaquearse y correr hacia su padre al ver que les estaban entrevistando para la ETB.

—... Conocer no le conocíamos, pero al que sí conocemos es al hijo, a Koldo —aseguró Lorenzo al reportero.

—Tiene un arte que no se *pue aguantá* —remató el Pulga, poniéndose de puntillas para llegar al micro—. Muy buena gente, y muy suyo también, ¿eh? Una mala *follá* tiene el compadre que no veas... Las fatigas que nos hizo pasar el primer día...

—Es que estamos aquí visitando a mi chaval, que aunque nació en Málaga, es medio sevillano...

—Hablando de Sevilla y ahora que está el camarógrafo rodando, aprovecho para decir a toda España que ha salido ya a la venta mi CD: «El Pulga por sevillanas».

Con cara de no estar para bromas, Rafa le quitó el CD de las manos. Pulga entendió que era el momento de dar por finalizada la entrevista, se puso las gafas de sol de espejo y habló a la cámara al más puro estilo Coto Matamoros, amenazando con el dedo.

—Y no vamos a hacer más declaraciones, ¡buitres, que sois unos buitres!

Cuando entraron por fin a la sala del velatorio, todas las miradas se dirigieron directamente a ellos. En realidad, solo la mitad; la otra mitad fueron directas al culo de Zuleidi.

—¿Cómo estás, Koldo? —le preguntó Rafa.

—Pues aquí, ¿y esta? —dijo, sin quitar la vista de las piernas mulatas.

—Es una amiga de Lorenzo, aita —respondió Amaia al instante—. Vosotros tres sentaos por donde veáis, que voy a presentarle a Rafa a la abuela.

El Pulga y Zuleidi buscaron un sofá donde descansar. Lorenzo se quedó junto a su consuegro.

—Koldo, de veras que lo siento muchísimo.

—Eskerrik asko, Lorenzo. Ya sabes, es ley de vida...

—Mira, te quería dar yo una cosita que viene muy bien cuando a uno le pasan estas cosas.

Lorenzo sacó la cartera y rebuscó con los dedos en un compartimento donde llevaba tarjetas de visita, estampitas y un popurrí de papeles sin orden ni concierto. Quiso sacar una imagen del Cristo del Gran Poder, pero entre los nervios y la vista

cansada se confundió y le dio a Koldo una tarjeta del club de alterne donde trabajaba Zuleidi. Koldo, que a estas alturas se podía esperar cualquier cosa de Lorenzo, no dio crédito al ver «la estampita».

—Pero, Lorenzo. Esto...

—Tsss, Koldo, tú hazme caso —le interrumpió—. Yo sé que tú no eres muy de esto, y lo respeto. Yo al principio tampoco creía en estas cosas, pero cuando murió mi padre, no sabes lo bien que me vino para rebajar la pena.

—No creo que sea el momento, Lorenzo... —le dijo intentando devolverle la tarjeta.

—Si no me crees, pregúntale a mi hijo Rafa, que cada vez que pasa por una mala situación recurre a ello igual que yo. Igual que media España, vamos.

Koldo miró a los lados y se guardó la tarjeta en el bolsillo con la esperanza de que nadie se hubiese dado cuenta.

—¡A ver, por favor! Un poquito de atención que van a salir algunos familiares a dedicar unas palabras al difunto.

Un empleado del tanatorio colocó un micrófono en el centro de la sala. Los corrillos de gente comenzaron a deshacerse y todos guardaron silencio máximo. Koldo, con las manos en los bolsillos, se colocó frente al micro y fue el primero en hablar.

—Bueno, pues... Egun on y eskerrik asko a todos por haber venido a acompañarnos en este día tan triste. No soy yo de mucha chorrada de esta de hablar en público...

Rafa se hizo un hueco en un sofá. El duermevela debajo del futbolín y sus carreras por Argoitia en busca de su padre empezaban a pasarle factura, tenía las piernas al borde de la parálisis.

—... mi padre, Antxón, al que todos conocíais, fue un ejemplo para muchos de vosotros, un hombre que trabajó no solo para su familia, sino también para su pueblo...

Koldo hizo una pausa para enjugarse las lágrimas que empezaban a empañarle los ojos. Entonces, Rafa oyó un ruido extraño, como de madera y bisagras, similar al de una puerta vieja al abrirse. Comprobó que nadie se había inmutado, así que no le dio mayor importancia.

—... a veces lo hizo desde su despacho en el ayuntamiento. Otras veces lo hizo en la calle. Como en el ochenta y tres, cuando en una manifestación contra los zipaios...

Otra vez el mismo ruido. Esta vez Rafa lo oyó dos veces seguidas y se fijó en que la tapa del ataúd se estaba moviendo, como si alguien la intentase abrir desde dentro. Buscó una mirada cómplice, la de Amaia, la de su padre, la de Merche, pero todos estaban centrados en el discurso de Koldo. El ataúd temblaba, y la tapa cada vez se entreabría más y más.

—... o como aquella ocasión en que impidió que echasen de sus baseris a varios

vecinos del pueblo cuando una inmobiliaria quería construir en sus terrenos...

La tapa del ataúd finalmente se abrió de un golpe seco, cayendo sobre algunas de las coronas de flores. Nadie parecía ser consciente de lo que sucedía tras el cristal. Nadie, excepto Rafa, que con las manos sudorosas y paralizado por el terror vio cómo el difunto Antxón, aun con los ojos cerrados y ese color cerúleo del rigor mortis, se incorporaba lentamente. De pronto, el muerto abrió los ojos y clavó su mirada en él.

—¡Rafa! —dijo el cadáver con voz espectral pero conservando el acento vasco.

Rafa, muerto de miedo, se agarró al brazo de un amigo del difunto.

—¡Suelta al pobre Joxepo, esto es cosa entre tú y yo!

Rafa hizo un esfuerzo por hablar, gritar, emitir cualquier sonido para llamar la atención, pero no encontró fuerzas suficientes.

—Ahora que vas a casarte con mi nieta has de saber una cosa: quien se casa con un Zugasti, pasa a ser un Zugasti. Y un Zugasti no abandona Argoitia ni después de muerto.

Rafa comenzó a notar unas punzadas de dolor en el brazo izquierdo que le hicieron dudar si no estaría sufriendo un infarto.

—Ni después de muerto, ¿has oído, Rafa? ¿Eh, Rafa? ¿Rafa?... ¡¡Rafa, joder!!

La voz de ultratumba de Antxón se fue diluyendo y mezclándose con la de Amaia, que le estaba dando codazos insistentemente en el brazo izquierdo.

—Llevo cinco minutos intentando despertarte —le dijo Amaia, procurando no subir el tono.

Rafa comprobó que el ataúd seguía cerrado y las flores en su sitio, intactas. Eso sí, todos los allí presentes le observaban como esperando algo de él.

—Te toca hablar.

—¿Hablar? ¿A mí? —preguntó Rafa aún medio dormido.

—Solo dedicarle unas palabras a mi abuelo. Hazlo por mi padre.

—Pero que yo no... —dijo Rafa sin poder ni terminar la frase.

Amaia lo levantó de un arreón. Rafa caminó hacia el micrófono, en medio del silencio, como el condenado a muerte que se dirige a la silla eléctrica por el famoso corredor de la muerte. De fondo, apenas se escuchaba un ligero zumbido del aire acondicionado que hacía aún más evidente lo violento de la situación. Llegó al micro y cruzó su mirada con la de Amaia, que parecía suplicarle un «no la cagues hoy, por favor».

—¡Qué hay! Esto... Bueno... Yo no conocí mucho a Antxón. En realidad no le conocí nunca, solo de oídas —dijo Rafa por el micro para abrir su *speech*—. Pero una persona que crio a esas dos bellas personas que son Amaia, mi futura esposa, y Koldo, mi suegro, tuvo que ser un gran hombre. Y por eso quería dedicarle unas palabritas que había escrito esta misma mañana para la ocasión. Unos versos que me inspiraron la figura de ese gran ser humano que fue Antxón Zugasti. Va por él.

Rafa volvió a hacer un pequeño silencio, logró un instante de concentración y se lanzó a por todas.

—Enciende las luces, en este puerto donde esperas mi barca...

Koldo rompió a llorar. Amaia le agarró fuerte de la mano.

—... para que regreses, me llenes de sueño y devuelvas mi calma...

El llanto y la emoción se contagiaron por todo el velatorio.

—¡Yo no te olvidaré! ¡Siempre te querré! ¡Nada nos podrá separar...!

—¡¡Farsante!! —gritó alguien entre los asistentes.

El velatorio entero empezó a murmurar al unísono. Nekane, una sobrina de Koldo de catorce años se puso en pie.

—Eso no lo has escrito tú —le dijo a Rafa, desafiante.

—Un respetito que estamos aquí velando al abuelo Antxón —le advirtió Rafa.

—Lo que estabas diciendo es una canción de Pablo Alborán —le acusó Nekane poniendo la misma canción en su móvil para que la escuchara todo el mundo.

Rafa había recitando de memoria la letra de *No te olvidaré*, de Alborán, muy acertada para la ocasión, convencido de que en Argoitia no sería un artista muy prodigado y nadie le delataría. Pero la pillada había sido de escándalo, y el bochorno para Amaia y Koldo, de aúpa. Intentó arreglarlo arrancándose con otros versos igual de emotivos.

—Quisiera darle marcha atrás al tiempo y ahora no estaríamos tan...

—¡Esa es de Manu Tenorio!

La chica era una enciclopedia de *Los 40 Principales*. Rafa se alejó del micro y se escabulló entre la gente como pudo. Era consciente de su agotamiento, y no se veía capaz de improvisar nada realmente brillante. Lo siguiente hubiera sido recitar una letra de Miguel Bosé.

Un técnico de los servicios funerarios se acercó a Koldo y le comentó que iban a sacar ya el féretro. Los familiares despejaron la sala.

—Venga, cariño, que ya ha pasado lo más difícil —le dijo Rafa intentando tranquilizarla.

—Es que todavía queda lo más duro.

—El entierro, ya, pero eso es un momento nada más.

—No, no, el entierro es después. En la familia es tradición cuando uno fallece sacarlo antes por última vez a alta mar. Así que ahora vamos todos para allá, al Sabino.

En la mente de Rafa empezó a resonar la música de *Psicosis*. Por momentos barajó la posibilidad de escapar cobardemente por las ventanas de los baños, cogerse el Euskotren a San Sebastián y pirarse en el primer autobús en dirección al sur de España. Y por supuesto no volver a dar señales en los días que le quedaban de vida.

Con el sonido de las gaviotas y las bocinas de los barcos de fondo, Koldo y sus familiares más allegados subieron a hombros el féretro por la rampa del Sabino. En el puerto todo el mundo observaba la escena puesto en pie y con la boina en la mano,

mostrando su respeto máximo a la familia. Rafa trincó a su padre por banda antes de subir a cubierta.

—¿El barco ha quedado limpio, no? Como Koldo se entere de que habéis estado aquí de farra os raja con el cuchillo de los bonitos.

—Que sí, pichita, que lo ha limpiado el Pulga mientras tú ibas a la mercería a comprarte el traje —afirmó Lorenzo.

—¿¿El Pulga?? ¿¿Lo ha limpiado el Pulga??

—*Illo*, que llevo media vida limpiando después de las juergas en el chiringuito de tu padre y aquello lo tengo como una patena —le dijo el Pulga, pelín herido.

—¡Rafa, venga! —gritó Amaia desde la rampa de subida.

Rafa prefirió entrar al barco sin mirar al suelo por si aquello parecía el *parking* de la discoteca Radikal después de un botellón de fin de semana. Pero no, efectivamente todo estaba más limpio que nunca, con el suelo impoluto y brillante, incluso había encerado un poco el timón de la cabina.

El barco zarpó despacio y salió del puerto rumbo a alta mar. Habían colocado el féretro en la misma proa, sobre un palé de cajas de la cooperativa pesquera familiar. Todos se dieron la mano, formando un corro alrededor del abuelo. En un momento dado, Merche tuvo que irse a la cabina a buscar pañuelos para todos. «Gure aita, zeruetan zarana...», Koldo se arrancó a rezar el padrenuestro en euskera, y Rafa reaccionó acompañándole con un torpe movimiento de boca, como si se supiera la oración al dedillo. Al terminar, guardaron un emocionante minuto de silencio.

—¿¡Pero qué coño es esto!?

El grito era de Merche y, aunque se había escuchado en medio golfo de Vizcaya, provenía de la cabina. Todos corrieron al puesto de mando y allí estaba ella, como una tigresa rabiosa, con un tanga brasileño en la mano.

—Del timón lo he cogido —dijo Merche mostrando el tanga a todo el mundo, como si fuera a subastarlo.

Todos miraron a Koldo, que empezó a balbucear sin concretar nada.

—¿Aita? —le dijo Amaia, buscando una respuesta aclaratoria.

—No sé qué es eso... O sea, sí sé lo que es, pero no sé lo que hacía ahí.

—¡La que no sabe nada soy yo, por lo que se ve! O sea, que entre bonito y bonito, una pilingui, ¿no? —dijo Merche sin rodeos.

Mientras Koldo intentaba buscar una explicación lógica, el barco pegó un bote inesperado. El día se había puesto feo y se levantó una marejada bastante pesada. Varios familiares se tuvieron que agarrar fuerte a las barandillas.

—Meses y meses fuera de casa «pescando» por otros países —dijo Merche, entrecomillando con los dedos, y con mucha mala gaita—. Así que luego llegabas a casa y funcionabas como funcionabas.

—Merche, no es el momento ni el lugar para hablar de todo eso, yo creo...

—Claro, igual prefieres hablarlo con las fulanas que te traes al barco.

—¡Te juro por mi padre, que está aquí presente, que a este barco no se ha subido

jamás una sola mujer!

Otra racha de viento provocó un fuerte vaivén en el barco. Esta vez se abrió uno de los armaritos del puesto de mando y cayeron al suelo tres botellas de ron Negrita, varios vasos de plástico, un paquete de Ducados a medio fumar y una ristra de doce preservativos sabor tropical con estrías y lubricante efecto calor. Koldo miró todo aquello atónito, sin entender cómo había llegado semejante arsenal a su barco. Amaia se dio la vuelta con los brazos en jarras, indignada. Merche tenía el gesto de quien por un lado sabe que tiene razón, pero que a su vez preferiría estar equivocada.

—Mira, Koldo, ¿sabes qué te digo? Que aquí la única que se ha esforzado por lo nuestro he sido yo. Y está claro que no ha valido para nada. Así que, por favor, da media vuelta y déjame en el puerto. Esto se ha acab...

—Espera, Merche. Koldo no tiene nada que ver. La culpa es mía —dijo Rafa, dando un paso al frente.

No podía dejar que su suegro sufriese injustamente aquella humillación delante de toda su familia el mismo día en que había perdido a su padre. Alguien tenía que dar la cara.

—Anoche nos vinimos al barco a celebrar mi despedida de soltero.

Rafa prefirió autoinculparse y así evitar que Koldo lanzara a Lorenzo y al Pulga por la borda con unas piedras atadas a los tobillos. Lorenzo se quedó tieso sin abrir la boca, y el Pulga se marcó un *moonwalker* silencioso hacia atrás, desapareciendo de la escena del crimen sin que nadie se diera cuenta.

—Yo te cogí las llaves del barco y yo fui el que organizó la fiesta. También compré la bebida, invité a la gente... Y el tanga ese, pues no sé...

La misma sensación de engaño que minutos antes había sentido Merche con Koldo, la sufría ahora Amaia con Rafa. Todo resultaba tan grotesco y zafio que ambas se sintieron más deprimidas que enfadadas.

—El tanga ese... pues... —volvió a repetir Rafa por tercera vez sin encontrar una salida digna.

—El tanga ese no tiene nada que ver con mi hijo.

Lorenzo, por fin, se armó de valor y le echó un par de narices.

—Y lo de montar la fiesta en el barco fue idea mía, no suya. De hecho, Rafita ni siquiera llegó a venir.

—Papá... —dijo Rafa intentando que no se comiera él solo el marronazo.

—No interrumpas a tu padre —dijo Lorenzo—. Koldo, yo te robé las llaves del barco que tenías en casa. No espero que me perdones, pero de verdad te digo que lo siento.

Lorenzo sacó del bolsillo unas llaves y se las entregó a Koldo, que las cogió de mala gana y se las guardó en el pantalón.

—¡A tomar por culo de mi barco! Y te llevas a tu amigo también —le dijo Koldo a Lorenzo.

—¿Le importaría darme el tanga, señor? Es que es de mi amiga Amor y así se lo

llev...

—¡Que a tomar por culo he dicho! ¡Y tú también! —interrumpió Koldo a Zuleidi sin compasión.

Una nueva sacudida del mar, esta vez muy violenta y acompañada de un trueno poderoso, hizo saltar las alarmas y el pánico.

—¡El ataúd! ¡El ataúd! —gritó un primo desde la zona de proa.

Con las sacudidas, el féretro se había caído de su pila de cajas y estaba en el suelo, patinando sobre la cubierta resbaladiza. La fuerte marejada hacía casi imposible mantenerse en pie y dar captura al ataúd de caoba, que iba golpeándose de lado a lado de la proa, como si esta fuera un *pinball*.

Se escucharon los primeros gritos, y Rafa aprovechó para vomitar por la borda el café y el pintxo de boquerones con guindilla. Finalmente, un golpe seco terminó por abrir la tapa del féretro, ahora sí, dejando el busto y la cabeza del difunto a la vista.

—¡Coño! ¡Pero si es Antxonito! —dijo Zuleidi señalando al féretro.

—¿Cómo le has llamado? —preguntó Merche.

—Antxonito. Era nuestro mejor cliente. Un amor.

Koldo no pudo soportarlo un segundo más, entró en la cabina de mando y viró el timón ciento ochenta grados, rumbo al puerto de Argoitia.

El Pulga había guardado en la maleta los condones sabor tropical que había recuperado en el último momento entre el caos y el oleaje, y Lorenzo llevaba una hora tirado en la cama, sin quitarle ojo al gotelé de la pared.

—¡Tienes tú tanta culpa o más que ellos! —gritó Amaia.

La discusión se filtraba por las paredes de la casa. Hasta los vecinos de los caseríos colindantes podían oírla.

—¿Pero yo qué he hecho? —preguntó.

—¿Que qué has hecho? Meterles en esta casa, ¿te parece poco?

Rafa intentó calmar a su prometida con varios argumentos que al instante ella le tiraba abajo basándose únicamente en los hechos acaecidos en los últimos días.

—Mira, Rafa, solo espero que no hayas salido a tu padre, porque es como para pensarse dos veces lo de la boda.

El Pulga miró a Lorenzo y se sentó a su lado para animarle.

—¿Quieres que baje y hable con ellos?

—No, Pulga. Tú no hagas nada, que ya tengo yo pensado un plan.

Lorenzo se dio la vuelta, dándole la espalda a su amigo, pero ni siquiera se molestó en cerrar los ojos. Sabía que aquella noche iba a ser incapaz de dormir.

VUELVE LA CALMA

Rafa, siempre el último en bajar a desayunar por culpa de sus larguísimas duchas, se temió lo peor al entrar en la cocina y encontrarse con Amaia haciéndose el zumo de naranja. No había nadie más con ella, estaba sola, con el gesto muy serio. El paso de las horas y el cambio de día no le habían templado los nervios, peor aún, se los habían puesto a flor de piel. El cabreo estaba entre su *top ten* de los últimos meses, y para ser Amaia, eso era mucho cabreo.

—Buenos días, *amore* —le dijo Rafa, a modo de tanteo pasteloso.

Ni contestó ni se inmutó una pizca. Únicamente estrujaba las naranjas contra el exprimidor con todas sus fuerzas, retorciéndolas una y otra vez, una y otra vez, hasta sacarles la última gota de zumo. Después lanzaba la piel a la basura, con violencia. Había un «sadismo soterrado en todo aquello», pensó Rafa.

—Se te ve más descansada, como más relajada... —le insistió.

Amaia exprimió la última naranja directamente con su mano derecha y volcó todo el zumo en un vaso enorme. Después se lo bebió entero, despacio, trago a trago, ante la atentísima mirada de Rafa. Se limpió la boca con la manga de la sudadera.

—¿Y el resto? —preguntó Rafa—. ¿No bajan a desayunar?

Amaia dejó el vaso en el fregadero, dando un golpe que no venía a cuento.

—¿El resto? —contestó Amaia con un tono envenenado—. Pues, mira, tu padre ni idea, imagino que estará durmiendo a pierna suelta. Mi aita, por si te interesa, sigue en la cama, deprimido por las humillaciones que tuvo que soportar ayer delante de toda su familia.

—Tú no te preocupes, cariño, que ya lo he decidido: ahora mismo les voy a sacar un billete de vuelta para el martes.

Amaia se dio la vuelta y empezó a fregar platos con una agresividad que rozaba la ilegalidad.

—Que he dicho para el martes como digo para esta misma tarde, ¿eh? Para el autobús nocturno se lo saco, ¿eh, amor? ¿Te parece? ¿Eh?

Amaia cerró el grifo y le contestó sin darse la vuelta.

—Haz lo que te dé la puta gana, Rafa, que es lo que acabas haciendo siempre.

Rafa estaba vacunado contra la varicela, contra la gripe y contra las borderías de Amaia. Tras siete meses de convivencia ya se había acostumbrado a sus «vete a tomar por culo, Rafa» o a los «me la suda cómo lo hagáis en Sevilla». Pero lo que le acababa de soltar Amaia había ido un paso más allá de lo habitual, no tanto por el contenido, sino por la sinceridad del tono. Como si llevara meses fermentando aquella frase en su interior y por fin se la hubiera escupido a la cara. Aun así, en vez de agachar la cabeza y sorber el café, lenta y dolorosamente, Rafa se vino arriba y mostró su espíritu más constructivo.

—Tú piensa que lo peor ya ha pasado, ¿vale? Ese primer choque, esa bomba atómica que sabíamos que iba a estallar, ya ha estallado ¡Catapún! Los chipirones, lo de Arzak, el velatorio... todo. Ya hemos tocado fondo, y a partir de ahora todo va a ir a mejor. Solo han sido las típicas anecdotillas de las que dentro de un tiempo nos reiremos, verás.

Amaia suavizó el gesto.

—Si yo entiendo que tu padre esté *enfadao*, normal, yo también lo estaría si vinieran a Sevilla unos vascos y se pasaran el día tocando la txaluparta esa y diciendo *tontás*. Pero ya pasó —dijo Rafa mientras le cogía la mano estratégicamente—. ¿Ves lo tranquilos que están hoy? Si los pobres ya no tienen fuerzas ni para dar palmas...

Rafa le agarró también la otra mano y acercó su cara hacia la de Amaia. De repente, cuando apenas les separaban unos centímetros del beso de la reconciliación, proveniente de la buhardilla empezaron a sonar unas sevillanas corraleras a todo trapo. La letra de la canción resultaba indescifrable, pero la voz del cantante no dejaba duda alguna, era la del Pulga:

—Viva Sevilla, viva Triana, que está loquita por mí, virgencita del alma...

Rafa bajó la cabeza y optó por tirar la toalla, y ya de paso se cagó en su padre, en su colega gitano y en todo el barrio de Triana en general. Amaia se lanzó escaleras arriba como una pantera, directa a por Lorenzo y el Pulga, dispuesta a arrancarles el duendea guantazos si hacía falta. Rafa salió detrás de ella para evitar males mayores. Cuando Amaia llegó al cuarto de invitados —subió dos pisos en seis segundos—, abrió la puerta de una patada al grito de «basta ya, basta ya».

—¡Hija mía, qué susto me has dado! Casi me dejas sorda y todo —le dijo Merche mientras bajaba el volumen de la música.

Había sido ella la que había puesto el disco a todo volumen, y no el Pulga ni Lorenzo. Rafa apareció con la lengua fuera y un dolor de flato importante. Entró en el cuarto sin entender muy bien lo que estaba pasando.

—¿Y mi padre?

—Se han debido de ir de excursión o algo. Estaba aprovechando para hacerles la cama.

Allí no había ni rastro de las maletas, ni de los disfraces, ni del pijama de Lorenzo ni de nada.

—¡Rafa, mira esto!

Amaia cogió de la mesita un folio con algo escrito a boli, pero fue incapaz de leerlo.

—No se entiende nada —dijo Amaia dándole el folio.

—Es la letra de mi padre.

Rafa empezó a leer-descifrar el contenido de la nota.

«Pichita, te escribo esto a toda prisa que nos sale el vascotrén a Donosti en quince minutos. Nos volvemos al sur —Rafa hizo una pausa dramática para

tragar saliva. Amaia y Merche se miraron—. Me ha hecho mucha ilusión pasar unos días juntos, pero sé que el Pulga y yo hemos sido un incordio y no hemos parado de dar trajín. Aunque no te lo creas, lo siento muchísimo, yo solo quería estar contigo en un momento tan especial para ti. Como decías el otro día, no cambio, y la he vuelto a liar. Da las gracias a Koldo y a Merche que son una *jartá* de buena gente. Y otro muy grande a Amaia, mi reina mora, que es un diez de niña. Lo hemos pasado de lujo en las Vascongadas y están todos invitados a La Meca. Un beso, pichita. Te quiere mucho, tu padre Lorenzo. Postdata: te cojo de la mesita cincuenta eurillos para el autocar».

Mientras Rafa leía la nota, Lorenzo y el Pulga estaban ya camino de Sevilla, concretamente en la parada de Lerma, comprando un paquete de sobaos a dos euros para tener para el camino. Volvían a casa reventados, como si les hubiera pasado por encima toda una Feria de Abril. Rafa necesitó unos segundos para digerir toda la información que había en aquella nota de despedida. Después, dobló el folio por la mitad y se lo metió al bolsillo.

—Entonces no les hago la cama, ¿no? —comentó Merche—. Fíjate que me da hasta pena que se hayan ido.

Rafa bajó a su cuarto sin desayunar, se le había quitado el apetito de golpe. Se pasó el resto de la mañana echado en la cama con una sensación extraña, de mal cuerpo, con el recuerdo de los cuatro últimos días rondándole la cabeza como una especie de nebulosa. En la casa reinaba ya el silencio y la tranquilidad habituales, nada que ver con la montaña rusa que habían sido los días anteriores.

A partir de entonces, la casa de los Zugasti quedaría dividida en dos etapas históricas: A. L. y D. L., es decir, antes de Lorenzo y después de Lorenzo. Según fueron pasando los días, la marejada fue remitiendo lentamente y todo terminó por volver a su sitio original. Como Nueva Orleans en los meses posteriores al Katrina, el caserío fue recuperando su día a día, incluso el salón volvió a parecer el que era, sin quedar apenas rastro del fatídico accidente. Eso sí, allí no se volvió a cocinar un chipirón en su tinta hasta pasados varios años. Merche guardó bajo llave los CD del Pulga. La montera de Curro Romero que se encontró debajo de la cama, la metió a presión en los fondos de un armario, por si las moscas.

El mismo lunes, después de la estampida de los invitados, todos volvieron a sus quehaceres: Koldo a los preparativos para salir a alta mar, que en su caso incluía lijar la cubierta y rastrear posibles tangas en los recovecos de los camarotes; Merche a sus labores del hogar, de asistenta, o como ella misma decía, de chacha de los vascos; Amaia volvió al taxi, con la mala suerte de que sus primeros clientes del lunes fueron unos turistas gaditanos que con sus gracietas reavivaron el fantasma del fin de semana. Y por su parte, Rafa se reincorporó al batzoki, vuelta a servir zuritos detrás de la barra y a fregar los baños a primera hora. Y a poner cara de póquer cada vez que alguien le hablaba en euskera.

El día de la boda se acercaba a pasos agigantados y en su tiempo libre Amaia ultimaba los preparativos. El vestido de novia estaba listo, el aurreku a la salida de la iglesia, apalabrado, y el cura estaba advertido de que querían una misa cortita, «los sermones, para el Aberri Eguna». Pero aún faltaba algún que otro fleco por resolver. El primero de ellos, importantísimo, los aperitivos del banquete.

—Ayúdame, que esto es cosa de los dos —le dijo Amaia a Rafa—. En el restaurante nos ofrecen: pintxo de bacalao, croqueta rellena de gamba, alcachofas de la huerta, talo con chorizo, merluza albardada, pimientos rellenos de guindilla, bonito en escabeche, txistorra de Lapurdi, tostada de angulas, risotto de queso Idiazabal y purrusalda de temporada.

—La *panzá* que nos vamos a pegar.

—Venga, dime tres aperitivos que te apetezcan.

—Las croquetas, los pimientos y el risotto.

—Rafa, por favor, céntrate, no hay que escoger tres. Hay que sumar tres más a la lista.

—¿¿Más?? Pero si con eso come media provincia de Málaga durante una semana.

El menú posterior al aperitivo, ya sentados, incluía un bogavante por cabeza, revuelto de setas con foie de oca de Zumaia y chuletón de buey de medio kilo. Y de postre, tarta de queso y canutillos con leche condensada para rebajar el atracón. De cualquier manera, Rafa le intentó colar la tortillita de camarones y unas tapitas de mojama. Todo en balde.

El segundo fleco que había que resolver, también importantísimo, era el de la música. Que los novios bailarían una canción de Ruper Ordorika en vez de un vals, estaba claro cristalino, el debate estaba ahora en la música de la fiesta.

—¿DJ Amoroto? —preguntó Rafa.

—Qué pasa, a ver —le contestó Amaia, ofendida.

—Hombre, así de entrada no suena muy divertido...

Amaia se medio indignó y pegó un suspiro exagerado con intención.

—Que tampoco digo yo que traigamos a los Siempre Así, que oye, lo mismo están por el norte de gira y nos hacen precio de amigo —le dejó caer Rafa.

—Si da igual a quién contratemos, ¿no ves que le voy a dar una lista con las canciones que queremos los dos?

—¿Has dicho los dos? ¿Tú y yo?

—Que sí, tonto, no te quería decir nada, pero lo de la música iba a ser un poco sorpresa.

La sorpresa que tenía Amaia pensada era que entre las ciento cincuenta canciones de Barricada, Berri Txarrak, Kortatu y Soziedad Alkoholika que ya tenía preparadas, iba a colar *Qué güeno que estoy* de los Mojinos Escocíos. Programada, eso sí, para que sonara a las cuatro de la mañana cuando todos estuvieran borrachos como cubas, incapaces ya de distinguir entre una balada de los Scorpions y una de Luis Aguilé.

El último fleco que había que solucionar era el más delicado de los tres: las mesas

y sus invitados. Lo primero que extrañó a Rafa fue el nombre que Amaia había asignado a cada mesa.

—¿Satrústegui? ¿Beguiristain? ¿López Rekarte?

No se atrevió a preguntarlo directamente, pero lo primero que pensó Rafa fue que su novia había puesto a las mesas nombres de presos etarras.

—Son jugadores míticos de la Real Sociedad —dijo Amaia, para alivio de Rafa.

Aunque no le quiso poner ninguna pega, a Rafa se le hacía raro y poco elegante que la mesa presidencial se llamara José Mari Bakero. A lo que sí puso pegadas fue a que los invitados de la novia ocuparan quince de las dieciséis mesas.

—No recordaba algo tan descompensado desde el España-Malta del 83, por no salirnos del tema fútbol.

—Pues tú me dirás, Rafa. He puesto a tu tía Asunción de Ciudad Real, a tus primos segundos de Trebujena, con los que no te hablas, y a tus amigos de Sevilla que, visto lo visto, lo mismo vienen como que no. Dime más gente y yo les añado sin problema.

Rafa se quedó un buen rato tirando de memoria. Pensó en Manolito, su profesor de natación de Benalmádena, o en el Berruga, aquel gorrilla tan simpático que ayudaba a aparcar en las inmediaciones del Benito Villamarín. Pero teniendo en cuenta que al primero no lo veía desde hacía treinta años, y que el Berruga palmó en 2003, quizá no tenía mucho sentido invitarles a la boda.

—Vale, pero ponles en una mesa del centro, no en la que está detrás del biombo.

Amaia aceptó la petición y pasó a los invitados de Rafa a la mesa Meho Kodro. Incluso reservó algún sitio más por si ocurría el milagro y Rafa se echaba algún amigo en Argoitia en las tres semanas que faltaban.

—¿Y este hueco en la mesa presidencial? ¿Qué es, para el cura? —preguntó Rafa.

Aquel sí que era un asunto importante. De hecho, era el gran fleco que aún quedaba por resolver.

—Ese hueco es para tu padre. Quiero que decidas tú si le vamos a invitar o no a la boda.

Rafa no supo qué contestar. Tenía el corazón dividido a partes iguales. Por un lado estaba su padre, al que en el fondo quería con locura, y por otro estaba también su padre, y la posibilidad de que este arruinara la boda provocando un incendio con el puro de la sobremesa en media comarca del Goierri. Le pidió a Amaia unos días para pensárselo.

Aparte de su vuelta a la rutina del batzoki y de ayudar a Amaia con el festejo, Rafa aún tenía por delante lo más difícil: volver a ganarse la confianza de Koldo. Después de la visita de su padre, la confianza que generaba la familia Quirós en aquella casa estaba muy por debajo de la del bono griego. Tocaba empezar otra vez de cero. Tocaba acompañarle cada domingo al monte a las seis de la mañana, a jugar eternas partidas de mus con señores con boina e ir juntos al frontón a ver los partidos de pelota mano en modalidad masculina, femenina, individual y por parejas.

Un domingo, mientras Rafa merendaba tranquilamente en casa, apareció Koldo con una caja de cartón, rebosante de utensilios de limpieza: estropajos, lijas, amoníaco, trapos, cepillos, una fregona... La plantó encima de la mesa, a dos centímetros del bocadillo de salchichón, y se quedó mirando a Rafa.

—Si el barco ya lo limpié la semana pasada —dijo Rafa, sin entender nada.

Koldo, aprovechándose del peloteo exagerado de su yerno, había conseguido que este le limpiara el barco, la bodega, la buhardilla, la leñera, el coche, la chimenea, la sociedad gastronómica y, ya puestos, la caseta del perro, que aunque se había muerto hacía doce años, alguna telaraña tendría para limpiar.

—Acábate eso rápido, que tenemos faena.

—¿Pero qué vamos a limpiar ahora? —preguntó Rafa, intrigado.

—La tumba de mi aita.

A Rafa se le atragantó el bocadillo y se le salieron varias migas por la nariz.

—Y ponte chubasquero, que está cayendo la de Dios es Cristo.

De paso que se hacía con la confianza del suegro, Rafa se estaba ganando una zona VIP en el cielo. Mientras sus amigos de Sevilla se tomaban unas cervecitas en una terraza junto a la Giralda, él se iba a pasar la tarde del domingo bajo la lluvia, quitando las humedades y los hierbajos de la tumba del abuelo de su prometida. Pero a falta de dos semanas para el enlace, no podía poner en peligro lo que había construido en un año. Si había que limpiar aquello, se limpiaba y punto.

La tumba de Antxón Zugasti era bien sencilla. Una lápida con el nombre y un lauburu en el centro, de metro y medio de diámetro, por si las dudas. Rafa le pegó una buena fregada al mármol mientras Koldo, algo afectado, se quedaba de pie, en silencio, bajo la llovizna. Cuando terminó su labor, Rafa se incorporó y se santiguó, fingiendo gravedad en su mirada. Por el rabillo del ojo detectó que Koldo estaba al borde de la lágrima, y cariñosamente le pasó la mano por detrás del hombro.

—Tss, mariconadas las justas —dijo Koldo, contundente, quitándole la mano del encima—. Y a seguir limpiando.

—¿Limpiando el qué?

—El panteón entero. ¿O es que el resto de la familia te importa una mierda?

El cementerio de Argoitia, como cualquier cementerio de pueblo, estaba tapiado con un muro de piedra, y consistía básicamente en hileras de nichos, una detrás de otra, con algún que otro ciprés en los huecos libres. Koldo aprovechó lo que quedaba de tarde para explicarle a Rafa la historia reciente de Argoitia, concretamente desde el siglo xvii hasta hoy: el origen de cada familia, quiénes habían sido carlistas, quiénes liberales, los que emigraron a Argentina, los que cayeron en la guerra... Y dejó para el final lo más importante: el panteón familiar de los Zugasti, un auténtico monumento de mármol a los antepasados de la familia de Amaia que Rafa estaba dejando ese día como los suelos del Vaticano.

—Este de aquí es Ramontxu Zugasti, primer ballenero vasco en Terranova. ¡Puto amo el Ramontxu, caguen riau! —dijo, mientras daba palmadas contra la lápida.

Koldo narraba la vida de sus antepasados de hacía dos siglos con una naturalidad y un nivel de detalle que parecía que les hubiera conocido desde pequeño. Y con la misma admiración que si fueran superhéroes de Marvel. Se acercó a la tumba de su tatarabuela.

—Maritxu Agirrezabal, campeona de cesta punta. Catorce hijos tuvo. ¡Putá ama, Maritxu!

Y así hasta sesenta y dos antepasados, cada uno con sus méritos, su historia y, por supuesto, sus ocho apellidos vascos. Rafa, pendiente más del estropajo que de otra cosa, desconectó a mitad de relato, cuando al bisabuelo le nombraron obispo de Lekeitio en 1865. Aunque, a decir verdad, toda aquella mitología familiar le producía cierta envidia. Echaba de menos haber conocido a su familia y saber de dónde provenía su sangre. De hecho, Rafa no sabía ni cómo se llamaban sus abuelos maternos, ni de dónde procedía su familia en general. Ese desarraigo le había proporcionado la libertad de no tener que dar nunca cuentas a nadie, pero a su vez le ocasionaba cierto vacío personal.

—Pues esta es la familia. Tu familia a partir de ahora.

—Muchas gracias —le dijo Rafa, agradeciendo el cumplido.

—El año que viene, cuando Amaia y tú seáis aitas, bautizaremos al chaval en la ermita y se llamará Aitor, como el tío abuelo.

De ser padre, Rafa tenía pensado llamarlo Cayetano y Carmen si fuera niña, pero no era momento de discutirlo con Koldo. En cuanto al apellido, su suegro también tenía previsto que Zugasti pasara a ser el primero de la lista, en detrimento de Quirós, que quedaría en segundo, tercero o decimocuarto puesto si hiciera falta.

—Amaia es mi única hija —dijo Koldo, mientras admiraba el descomunal panteón— y de ti depende que tenga descendencia masculina para mantener fuerte el apellido Zugasti. Así que no me jodas, ¿eh, Rafael?

Aquella responsabilidad caía como una losa sobre los hombros de Rafa. La continuidad histórica de una saga vasca milenaria dependía de un feliciano andaluz cuya mayor preocupación hasta hacía unos meses era si tomarse los cubatas con Coca-Cola o con Sprite.

—Ya he hablado con los primos de Mutriku, y el caserío del aitite os lo quedáis vosotros.

—¿Caserío?

—La órdiga es aquello. Tres pisos, todo de piedra. Con huerta de tomate y pimiento verde.

Teniendo en cuenta que los últimos años Rafa había vivido en un diminuto piso de estudiante con Joaquín y con Curro, tampoco era plan ponerle pegas al casoplón vasco. Lo único que le echaba para atrás era el ambiente de Mutriku, que solo por el nombre, poco se iba a parecer al de la calle Sierpes de Sevilla. Además, tendría que volver a hacer la entrevista de trabajo en el batzoki de allí.

—¿Qué batzoki?

—En algo tendré que trabajar ¿no? —dijo Rafa.

Koldo le había gestionado ya un puesto de gerente en la cooperativa pesquera que tenían los Zugasti desde hacía décadas.

—Camareros en mi familia ni *pa* Dios.

Por momentos, Rafa no sabía si se iba a casar con una chica guapa del norte o con la hija de un capo siciliano.

—En cuanto volváis del viaje, vida nueva.

Aparte del nombre del nieto, la casa donde iban a vivir y el trabajo en la cooperativa, Koldo también había reservado matrícula para el pequeño Aitor en la ikastola del pueblo y un carné de socio de la Real Sociedad. Rafa volvió a agradecer a su suegro, esta vez sin intentona de abrazo, toda la atención por su parte.

—Ya quedan pocos nichos vacíos —comentó Rafa sacando conversación al tuntún mientras recogía los estropajos—. Habrá que ampliar el panteón.

—Tres sitios quedan. Ese para cuando me enterréis a mí, el otro para Amaia, y el de abajo de la esquina, para ti.

Rafa miró el hueco, su hueco, y tragó saliva. Koldo le puso la mano sobre el hombro.

—Mi padre, que en paz descansa, siempre me decía, «Koldo, un Zugasti no abandona Argoitia ni después de muerto».

Un latigazo seco es lo que sintió Rafa por dentro al escuchar aquella la frase, la misma de la pesadilla del velatorio. Era incapaz de asumir que su cuerpo iba a descansar hasta la eternidad dentro de aquel agujero húmedo, a ras de suelo, en aquel pueblo donde, entre otras cosas, aún no se había hecho ni un solo amigo. Una cosa era que su suegro le organizara la vida, y otra muy distinta que decidiera ya dónde iba a pasar el resto de la eternidad.

EL CUMPLEAÑOS

—¡Ay, qué nervios! —dijo Rafa mientras arrancaba el papel de regalo como un perro loco.

El paquete, por su forma y tamaño, tenía toda la pinta de ser un teléfono móvil. Concretamente el Iphone 6 que llevaba meses dejando caer en todas las conversaciones para que Amaia se diera por aludida.

—Qué será, será... —dijo Amaia, añadiendo intriga al momento.

—Ya sé lo que es... —contestó Rafa con todo el subidón—... y te has pasado una *jartá*, Amaia, te has...

Se le atragantó la frase al ver el regalo, y al momento su sonrisa natural se volvió forzadísima.

—Precioso...

—Era lo que querías, ¿no?

—Justo.

Rafa cumplía treinta y siete, y su novia, con quien se iba a casar en dos semanas, le acababa de regalar por su cumpleaños una funda para el móvil con los colores de la ikurriña. Pese a su agilidad mental y su ingenio verbal, no se le ocurrió ninguna frase de agradecimiento especialmente cariñosa.

—A lo mejor con esto te es más fácil echarte un amigo en Argoitia —soltó Amaia con un punto de ironía maliciosa.

Rafa optó por reírse de sí mismo y enfundar su móvil bajo los colores rojo, verde y blanco. El regalo de Koldo fue el que esperaba, un zorionak y un par de palmadas en la espalda de los que le dejaban a Rafa la columna como una escultura de Chillida. Merche, como siempre, fue la más cariñosa de todos, le cantó «feliz en tu día, amiguito que Dios te bendiga», le tiró de las orejas como una madre y le preparó para desayunar unas migas extremeñas con una velita encima para que soplara. Luego, cuando el resto se estaba duchando, le regaló el último disco de Pablo Alborán.

El Facebook de Rafa ardía con las felicitaciones de todos sus conocidos, amiguetes y exligues de Sevilla: «Ese Rafita, pásalo bien y a celebrar», «Q pasa loko! Japi Berdey tío ;—)», «No la lées mucho esta noche, crack»...

Hacía justo un año, para celebrar sus treinta y seis, Rafa alquiló un barco y montó una juerga a lo largo del Guadalquivir que empezó en Sevilla el viernes a media tarde y terminó en Sanlúcar de Barrameda a las doce de la mañana... del domingo. Los que tuvieron la suerte de subirse a bordo, entre ellos varios jugadores del Betis, aún no se han recuperado de la bacanal. El equipo sevillano, por cierto, descendió a segunda división semanas después.

En solo doce meses el panorama había cambiado mucho, demasiado, y toda la jarana que iba a liar Rafa esta vez, consistía en servir tintos y zuritos a los clientes

habituales del batzoki, a la misma hora y en el mismo punto de la barra que siempre.

Su móvil no sonó en todo el día. Tampoco esperaba a estas alturas un mensaje de su padre, que, por otro lado, no tendría saldo. Pero sí una llamada de Joaquín o de Curro. No dieron señales ni siquiera por el grupo de whatsapp «El trío calavera». El último mensaje del chat era de meses atrás y lo había enviado Joaquín: «¡Rafita! El Curro y yo vamos al cotillón de Pachá ¿te apuntas?». Rafa no contestó al mensaje. En aquel momento estaba en alta mar, sin cobertura, ayudando a su suegro a pescar merluzas para Navidad. Cuando por fin lo vio, una semana después, no quiso contestarlo por miedo a que sus colegas lo convencieran para pasar la Nochevieja en Sevilla, creando un cisma en su relación con Amaia.

Como cada jueves, el menú del día del batzoki consistía en macarrones con chorizo —de Rentería—, chuletón del país —de Tolosa— y yogur natural —de Danone—. A eso de las cuatro, después de los cafés y el patxarán, con el local ya vacío, Rafa empezó a limpiar las mesas cuando un pequeño temblor en el cuerpo, acompañado de una ligera sensación de angustia, le sobrevino sin previo aviso. Era como si aquel lugar se le cayese encima de golpe, el batzoki, la kale Nagusia, Argoitia entera... Estaba sufriendo una crisis de ansiedad de manual, y el corazón le latía cada vez más aprisa. Apoyó rápidamente una mano sobre la mesa para no caerse del mareo, pero al momento llegó el ataque de pánico. Tiró al suelo la torre de vasos que estaba recogiendo y salió como pudo hasta la calle, a intentar respirar. Tuvo suerte de que Janire, la farmacéutica, hubiera salido a tirar unas cajas al contenedor y viera a Rafa en la acera de enfrente, de cuclillas, sudoroso y con las manos en la cabeza respirando a trompicones. Cruzó la carretera corriendo, lo sentó en un banco y le dio medio calmante. Por si acaso, Rafa le cogió el otro medio y se lo echó a la boca como si fuese un Lacasito. Tardó casi una hora en recuperar el color y el pulso normal.

Aquel episodio de miedo fue el desenlace lógico para quien, en pocos meses, había cambiado radicalmente de vida, de ciudad, de amigos, de clima, de trabajo, de idioma, incluso de familia. Nadie estaba preparado para un giro de ese calibre sin sufrir a cambio algún efecto secundario. Rafa podía pasarse los domingos viendo campeonatos de levantamiento de piedra con Koldo o llevar una funda de móvil con la ikurriña. Pero que sus mejores amigos no le felicitaran por su cumpleaños y, sobre todo, la sensación de tener su vida programada de aquí al día que se muriera —nicho incluido—, le estaba generando una sensación de ahogo que no podía controlar. Rafa había pasado de ser un pájaro libre, siempre de rama en rama, haciendo lo que le venía en gana, a sentirse como un periquito dentro de una jaula. Con Amaia, sí, pero enjaulado.

A las ocho de la tarde, Amaia le recogió con el taxi en el batzoki.

—Acompáñame a hacer la compra. Por cierto, luego tenemos cena.

—Qué bien, ¿dónde has reservado?

—En ningún sitio. Cenamos en casa de Iratxe.

Iratxe, la mejor amiga de Amaia. La que tardó seis meses y medio en hablarle cuando Rafa se mudó a Argoitia. La misma que le dijo que si realmente quería a Amaia se cambiara el nombre del DNI al euskera: en vez de Rafael, Errapel. E-rrapel, un nombre que Rafa, por respeto, no le pondría ni a un hámster. El planazo para el día de su cumpleaños iba a ser ir a cenar a casa de Iratxe, y quién sabe si después se animaría la cosa y jugarían una partida al Euskotrivial.

—Amaia.

—Dime —contestó ella mientras cargaba el carrito del súper.

Rafa no sabía por dónde arrancar la conversación.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada —respondió Rafa hecho un lío.

No sabía si empezar por el principio o por el final. Por la charla de Koldo en el cementerio o por el ataque de pánico.

—Nada, no; dime —insistió Amaia.

—Que estoy agobiado.

—Si es por Iratxe tranquilo, ya le he dicho que es tu cumpleaños y que hoy te hable en castellano.

—No es Iratxe, Amaia. Es tu padre.

—Lo sé. A mí tampoco me hace regalos por el cumpleaños, no te agobies.

Después de una hora deambulando por los pasillos del Eroski buscando guindillas picantes para las meriendas de su padre, Rafa fue incapaz de sentar a Amaia y confesarle su angustia, explicarle que necesitaba un poco más de espacio, de margen vital. Solo pudo decirle que quería pasta de dientes blanqueadora y desodorante en spray.

De vuelta en el coche tampoco se atrevió a sacar el tema. Lo intentó en cada semáforo en rojo, pero notaba a Amaia como preocupada por algo, nerviosa.

—Cariño, que por mí no te preocupes, ¿eh? Que Iratxe me cae genial y no tengo nada personal con ella —le dijo Rafa.

Aparcaron el coche enfrente de casa y cargaron con las seis bolsas de la compra que estaban en el maletero. Amaia se adelantó para abrir el portón de la entrada y dejó paso para que Rafa pasara primero. Al momento se encendieron de golpe todas las luces del salón.

—¡¡¡Zorionak!!!

A Rafa se le cayeron las seis bolsas al suelo y le empezó a subir el ritmo cardíaco de nuevo al comprobar cómo la familia Zugasti al completo en el salón le acababa de felicitar por su treinta y siete cumpleaños. Amaia se acercó hasta Rafa, aún bloqueado, y le plantó un morreo en toda regla delante de los invitados. Sus sobrinos segundos de Hondarribia no habían visto una escena amorosa tan explícita en su vida. Koldo se acercó con un paquete.

—Campeón, te lo has ganado —le dijo.

Aquella situación rozaba el surrealismo. La familia Zugasti organizándole una

fiesta sorpresa, Amaia plantándole un beso en público, Koldo haciéndole un regalo... Solo faltaba su padre saliendo de una tarta. Y gracias a Dios esto último no sucedió.

—Qué será, será... —le dijo Amaia, igual que por la mañana pero con más chispa.

Los nervios pudieron con Rafa, que tardó tres eternos minutos en abrir el paquete. Definitivamente arrancó el envoltorio sin contemplaciones. Era, esta vez sí, su deseado Iphone 6, el nuevo, el último modelo. Rafa abrazó a Koldo con fuerza, emocionado de verdad.

—Eskerrik asko, Koldo —le dijo.

—No hay de qué. Y ahora que corra el aire, ¿eh? —le pidió, disolviendo elegantemente el abrazo.

Amaia ejerció de anfitriona y presentó a Rafa a cada miembro de su familia. Sus primos de Mundaka, sus tíos segundos de Bermeo, su abuela Maite... A algunos los había conocido el día del velatorio, pero tampoco tenía un recuerdo especialmente lúcido de aquella jornada. En total, había allí reunidos unos ochenta y cinco apellidos vascos. Y Rafa en medio, abrumado y forzando un poco el acento para no desentonar con el entorno. Por momentos, la pose se le fue un poco de las manos.

—Te presento a Miren, tía de mi aita por parte de madre —dijo Amaia a Rafa.

—Kaixo —saludó Miren dándole la mano.

—¡Bien, ondo! De puta madre, pues —contestó Rafa a la anciana señora.

Tras media hora de besamanos, Rafa acabó exhausto. Su cabeza era incapaz de asimilar tantas caras, y menos aún, tantos nombres tan similares: Nerea, Ainara, Naiara, Nekane, Nahikari, Nagore...

—Lo mismo me pasó a mí cuando llegué —le comentó Merche en *petit comité*.

—¿Y qué hiciste?

—Facilísimo: llamaba a todos los hombres, Antxón, y a todas las mujeres, Maite. Y listo.

—Es que no quiero meter la pata.

—Rafa, tú eres como eres y de donde eres. Pregúntales a ellos la alineación de la selección española a ver si se la saben de memoria.

Rafa se armó de paciencia para lo que se le venía encima. Aquello iba a ser una larga noche euskaldún. Lo primero sería la degustación de txakolí, luego vendría el marmitako de bonito, después el patxarán y la partida de mus con los puros... Era la prueba de fuego para demostrar a la familia de Amaia que su integración era ya total.

—¡Gora la Virgen del Rocío! —gritó Amaia de manera inesperada a la vez que pulsaba un botón de la cadena de música.

—¡¡Gora!! —respondieron todos a grito.

De pronto, se hizo el milagro y empezó a sonar por los altavoces del salón *Ladrona de mi piel*, una de las canciones favoritas de Rafa, de Pablo Alborán. Y la había puesto Amaia sin haberse equivocado de disco. Un segundo después tuvo que frotarse los ojos al ver salir de la cocina a dos tías de Koldo, Mentxu y Begoña

Zugasti Larraskitu, que posiblemente nunca habían pasado de Burgos para abajo, vestidas de flamencas, con sus lunares, sus volantes y sus pulseras a juego. No tenían el desparpajo de Fernanda y Bernarda de Utrera, pero el *look* estaba conseguido. Y mientras, Merche paseándose por la casa con una bandeja de copitas de Jerez. El remate, Koldo colgando unos farolillos blancos y verdes de lado a lado del salón. Rafa pensó que se había vuelto a quedar dormido y estaba en mitad de otro sueño, que iba a salir por la puerta y se iba a encontrar con el Guadalquivir y con los vecinos de Argoitia moviéndose por el pueblo en calesas de caballos. A punto estuvo de llamar de nuevo a Janire, la farmacéutica, para que le recetase algo contra las alucinaciones.

—¿Qué? ¿Contento estarás, no?

—Esto es una pasada. Os habéis vuelto todos locos —dijo Rafa a Amaia, sorprendido y emocionado.

—Para que luego digas que aquí somos unos cerrados.

—¡Kontuz! ¡Kontuz! —empezó a gritar la tía Mentxu, abriendo paso entre los invitados.

—¿Y eso? —preguntó Rafa—. Eso no es marmitako.

La tía Begoña hizo su entrada con una descomunal bandeja de pescaíto frito que puso sobre la mesa del salón, sin que esta vez nadie la lanzara por los aires. Chanquetes, salmonetes, boquerones, acedías, puntillitas... Aquello parecía una taberna andaluza en toda regla.

—Todo eso ha ido mi padre a buscarlo por siete mercados de Guipúzcoa, para que no faltara de nada —le dijo Amaia—, ni siquiera las pijoteras.

—Las pijotas. Se dice pijotas. Es como una merluza pequeña que se pesca en...

—No, si encima vas a venir tú a Euskadi a darnos lecciones de pescado.

Y así fue. Rafa, emocionado al verse como embajador de Andalucía por una noche, explicó a todos los invitados la procedencia, modo de pesca, edad y manera de reboce de cada uno de los peces allí presentes. Al principio le costó un poco convencerles del arte de la fritura, pero a la media hora no quedaba ni una raspa en la bandeja. Después dio a las mujeres una lección de sevillanas. No había en aquel salón mucho sentido del ritmo, pero los efectos del fino pusieron de su parte y allí todos acabaron coreando aquello de «a bailar, a bailar, a bailar, a bailar sevillanas...». Los chistes de Rafa también tardaron en cuajar entre los hombres, pero cuando se arrancó por Chiquito se ganó definitivamente a la audiencia. Incluso Koldo terminó llamando *fistro* a un primo suyo de Zarautz. Todos lo pasaron en grande. Los Zugasti se lo tomaron como una fiesta de disfraces, o como viajar a un remoto pueblo africano y que el jefe de la tribu les enseñara a bailar al ritmo de los bongos tribales. Se dejaron llevar como en una boda, se hicieron fotos con Rafa, tocado con un sombrero cordobés comprado por Merche en Disfraces Patxi. Excepto por el esguince de tobillo que se hizo la tía Mentxu al intentar marcarse un zapateado, el resto de la celebración salió a pedir de boca. A las doce en punto se apagaron las luces y apareció Amaia con

un descomunal brazo de gitano y treinta y siete velas en fila india.

Koldo dio unos golpecitos con la cuchara a una copa. Mandó callar.

—A ver, familia, un poco de silencio, mesedez.

La fiesta estaba muy arriba como para pedir silencio con un solo toque de atención.

—¡¡Izilik, coño ya!! —gritó Merche espontáneamente en euskera, para su propia sorpresa.

Todos callaron al momento e hicieron corro. En medio se quedó Koldo de maestro de ceremonias y frente a él, Rafa, con Amaia siempre a su lado.

—Cuando me enteré de que mi hija Amaia se había enamorado de uno de afuera... ¡cabensotz!, quise llevarla al psiquiatra y toda la pesca. Pensé que el robahijas este se la iba a llevar a vivir a cualquier sitio de esos del sur, ahí, al calor, a dar palmas... Pero ver que el chaval lo dejaba todo para venirse a Argoitia fue motivo suficiente para aceptarle como uno de los nuestros, aunque fuera andaluz o del país que fuese. Por eso, ahora que se van a casar en matrimonio, es honor para mí darle la bienvenida a la familia Zugasti.

Koldo alzó la copa de fino y miró a Rafa.

—Rafael, ongi etorri a Argoitia, tu nueva casa.

—Y ongi etorri a Euskal Herria, tu nueva patria —remató la tía Begoña.

Todos brindaron por Rafa y por Euskadi con sus copas rebosantes de fino jerezano. Después se acercaron uno a uno a darle un abrazo y la más sincera enhorabuena a Rafa. «Clin, clin, clinnn...». Koldo volvió a tocar con la cucharilla, reclamando atención cuando apareció en el salón Amaia con lo que parecía un cuadro. Se lo ofreció a Rafa con cierta solemnidad, como quien hace entrega a alguien de las llaves de una ciudad.

—Y esto, como símbolo de unión para toda la vida —dijo Koldo.

—¡No me digas que habéis traído de mi casa de Sevilla la orla de la alineación del Betis! —declaró Rafa, con emoción.

Rafa agarró el cuadro con cuidado y lo miró con suma atención, como si fuera una reliquia.

—Txomintxu el bisabuelo lo hizo. Desde entonces hemos ido añadiendo a cada nuevo miembro que entra en la familia.

Era un árbol genealógico de los Zugasti, un enorme y precioso roble vasco dibujado a tinta sobre papel antiguo de hacía ciento dos años, con decenas de ramas y muchísimos nombres y apellidos escritos meticulosamente por todo el cuadro.

—Ahora te toca a ti —dijo Koldo acercándole una pluma.

Rafa estaba desconcertado, no entendía muy bien de qué se trataba toda aquella parafernalia con aspecto de ritual antiguo.

—Para que pongas tu nombre. Ahí, en el hueco de la derecha —dijo Amaia, señalándole el lugar donde Rafa tenía que estampar su nombre.

—Sin miedo —le apremió Koldo.

Efectivamente, en una de las ramas del árbol dibujado había un pequeño hueco en blanco, unido al nombre de Amaia Zugasti. Ahí debía poner Rafa su nombre como quien firma su entrada en una logia masónica. Cogió la estilográfica de Koldo, templó el pulso y se dispuso a escribir con sumo cuidado en el cuadro. La expectación era máxima.

—Goazen, Rafa —le animó Amaia.

Tras veinte segundos de silencio y varias miradas cruzadas entre los familiares, Rafa se echó un paso atrás, y le devolvió la pluma a Koldo.

—Gracias, pero no puedo.

Koldo cogió la pluma sin entender bien lo que había pasado. El silencio se transformó en murmullos y desconcierto entre los invitados.

—¿Cuál es el problema, pues? —preguntó Koldo manteniendo la calma en el salón.

Rafa, aún con el corazón descontrolado, trató de explicarse lo mejor posible.

—El problema es que yo me vine hasta aquí con la ilusión de estar con la niña que me había *enamorado*. Y ojo, que a Amaia la sigo queriendo con locura, pero con el paso del tiempo me he ido dando cuenta de que este no es mi lugar. Aquí no encajo... Solo os tengo a vosotros, que sois una gente excepcional, de verdad. Pero por mucho que me aceptéis como uno más, que me ofrezcáis todo lo que tenéis, no sois mi familia. Ni Argoitia es mi pueblo, ni Euskal Herria mi patria. Lo siento, pero mi sitio no está en ese árbol.

Amaia se convirtió en la viva imagen de la novia plantada en el altar, pálida, descompuesta. Todos la miraban, pendientes de su reacción. Rafa, por fin, encontró las palabras que llevaba buscando toda la tarde.

—Lo siento Amaia. Tenía que haberme dado cuenta antes y sé que este es, probablemente, el peor momento para decírtelo. Solo espero que entiendas que el Rafa de Argoitia no es el Rafa que conociste y que no puedo ser yo mismo si estoy fuera de mi casa, lejos de mi gente. Yo a ti te quiero muchísimo, y te lo he demostrado un montón de veces, pero en este momento mi corazón no está en Argoitia, está a mil kilómetros de aquí, y creo que lo más justo para los dos es que vuelva a recuperarlo.

Amaia salió del salón entre lágrimas. Era ya la segunda vez que le daban plantón a pocos días de la boda.

—Y a ti, Koldo, solo puedo darte las gracias por lo buen suegro que has sido conmigo...

En ese momento Koldo le soltó a Rafa un puñetazo de tal calibre que salió volando por encima de la mesa, arrancando con los pies las guirnaldas y los farolillos. Inmediatamente después subió al cuarto de Rafa y lanzó todas sus cosas por la ventana, incluido el Iphone 6, como si estuviera poseído por la versión vasca de Lucifer.

VUELTA A CASA

—A Sevilla... El primero que salga... Pues ese mismo, ese —dijo Merche hablando por el móvil con el manos libres mientras entraban en San Sebastián.

Le acababa de comprar a Rafa un billete de autobús. Aparcó el coche en segunda fila, junto a la estación. Rafa volvió a ponerse en la cara la bolsita con hielos. El puñetazo de Koldo le había dejado el rostro como al hermano gemelo de Rossy de Palma.

—Te llevas un buen recuerdo de Argoitia, chavalote —dijo Merche, tocándole la hinchazón de la cara.

—¡Aaaah! Duele.

—La que has liado, si es que ya te vale.

Sacaron del maletero la única bolsa de ropa que había conseguido recuperar Rafa, entre los gritos de Koldo y los llantos de Amaia provenientes del cuarto de baño. Se acercaron hasta la dársena siete, donde el resto de viajeros subía ordenadamente al autobús y Merche le despidió con la misma emotividad que una madre mandando a su hijo a la Ruta Quetzal para el resto de su vida. Y es que a lo largo de ese año, Merche había conseguido ser la madre que Rafa nunca tuvo.

—Toma, para el camino —dijo Merche dándole un *tupper* con las sobras de la noche anterior—, que tienes un rato largo de viaje.

Un rato largo eran diecinueve horas y media de autobús, con parada en catorce pueblos a lo largo y ancho de la meseta castellana. Si quería largarse de allí rápido, antes de que Koldo hiciera de él un espantapájaros a la entrada del pueblo, no le quedaba otra que cogerse el bus interprovincial hasta Burgos, y de allí otro similar hasta Madrid. Finalmente pillaría otro a Sevilla.

Ya dentro, desde su asiento, le hizo un gesto de despedida a Merche por la ventana. A las siete y media de la mañana, puntual, el bus arrancó motores y salió de la ciudad. Después de una larga y algo tortuosa aventura en Euskadi, Rafa volvía de nuevo a casa.

—¿Y eso? No te habrán pegado los de la borroka, ¿no? —le preguntó Marisa, una señora de Villarcayo y compañera de asiento de Rafa por unas horas.

—Qué va señora, nada que ver —contestó Rafa intentando zanjar la conversación y descansar un poco.

—Te advierto que mi hijo está de guardia civil en Intxaurreondo y le llamo ahora mismo —afirmó ella mostrándole una foto de su hijo uniformado, en el móvil.

Rafa se sacó de la manga una inverosímil caída en bicicleta que no convenció mucho a Marisa, pero consiguió una tregua y logró pegar la cabeza al cristal. Quería evitar a toda costa cualquier tipo de conversación, no estaba para charletas con desconocidos, y menos aún con una señora ansiosa por rajar hasta la extenuación.

Marisa, con el bolso y la chaqueta apoyados sobre sus rodillas, no quitaba ojo a Rafa, a cada poco le observaba de arriba a abajo y lo escaneaba con la mirada de una madre española que lo quiere saber todo.

—Eso ha sido por una vasca, ¿no?

—¿Perdón? —espetó Rafa, sorprendido.

—La avería de la cara.

—Que no señora, ya le he dicho que...

—Fue lo primero que le advertí a mi hijo cuando le destinaron aquí: «Antonio, como te líes con una vascuence, luego apechuga con las consecuencias» —le interrumpió Marisa.

—¿Y qué pasó? —preguntó Rafa picado por la curiosidad.

—Pues que llevaba razón.

—¿Usted?

—No, mi hijo.

—Entonces...

—¡Acaban de tener su segunda niña! —dijo Marisa loca de ilusión—. Le han puesto Ziortza, como la madre. Pero, oye, que yo la quiero igual, ¿eh?

—Me alegro mucho por su hijo.

Marisa aprovechó la coyuntura para contarle con todo detalle la idílica vida de su hijo Antoñito, de su nuera, sus nietos y ya de paso la de sus consuegros. Cuando el autobús paró en la estación de Burgos, sentenció...

—Total, que lo mío con Ziortza solo eran prejuicios, y que si te has enamorado de una vasca, enhorabuena, porque son lo mejor del mundo. Y a ver si se te pasa eso de la cara, que por cierto no me has dicho todavía quién te lo hizo.

Rafa fingió urgencia por ir al baño, y consiguió librarse de Marisa *in extremis*. Su discurso de hora y media, sin un sola pausa, al más puro estilo Fidel Castro, no había tenido coherencia dramática alguna. ¿Qué había querido decirle? ¿Que se diera la vuelta y volviera a intentarlo con Amaia? ¿Que lo de su hijo había sido una excepción? Rafa procuró pasar página de todo aquello y centrarse en lo que realmente le ilusionaba ahora mismo, su regreso a Sevilla, su vuelta al ruedo.

Hizo el cambio de autobús en Madrid y en cuanto enfilaron Despeñaperros le cambió definitivamente la cara. Los campos de olivos, la luz del sol, el termómetro a veintinueve grados y subiendo... Por un momento logró quitarse el mal sabor de boca que le había dejado su atropellada salida de Argoitia y volvió a recuperar su espíritu alegre de antaño, las ganas de lanzarse a la calle y relacionarse con todo el mundo, de contarle chistes a las extranjeras, de tomarse una caña en cada taberna, de bailar hasta el amanecer... y de volver a ser el Rafa Quirós de siempre.

Aún no había llegado a Sevilla y, de la emoción, le entró la llorera al divisar a treinta kilómetros de distancia la silueta de la Giralda. Cuando el autobús aparcó, ya en la estación, Rafa rompió a aplaudir, él solo, como cuando aplauden en los aviones al tomar tierra tras un viaje turbulento. Cogió la maleta y salió corriendo a la calle, a

oler los naranjos, a mirar las altísimas palmeras y a cruzar el puente de Triana como si fuera la primera vez que visitaba la ciudad. Cuando pasó frente a la plaza de toros de la Maestranza sacó el móvil y se hizo un *selfie* con la Puerta del Príncipe a sus espaldas. En veinte segundos estaba ya colgada en su Instagram: #elrafitaestadevuelta #olesevillademisamores. Después se fue dando un largo paseo junto al río hasta el bar de Joaquín, con la intención de darles un sorpresón a sus amigos y, ya de paso, dejar seco el grifo de la cerveza. Había que celebrar, como merecía la ocasión, el regreso del hijo pródigo a su ciudad.

—Pero bueno, Rafita, ¿cómo tú por aquí? —le dijo Joaquín con ilusión, pero sin un entusiasmo desbordante.

—Que he vuelto, que el Rafita ha vuelto a Sevilla, y muy a tope, además.

Rafa le resumió en un minuto su ruptura con Amaia y su incompatibilidad con el clima en las Vascongadas.

—Si el Rafa no está a gusto en un sitio, pues rompe de cuajo. Así soy yo, si algo me gusta, bien, y si no, pues fuera —aseguró con orgullo.

Se ahorró algunos detalles como su penoso trabajo en el batzoki, su sometimiento a Koldo o la imposibilidad de hacer un solo amigo en un año.

Un obrero se acercó a Joaquín para que escogiera entre una paleta de colores.

—¿Y la obra en la fachada? —preguntó Rafa.

—Es por el cambio de nombre.

—No me digas que lo vas a llamar Bar O vienes, como te dije yo.

Joaquín y Rafa se rieron recordando el día que a Rafa se le metió en la cabeza que aquel nombre para el bar iba a ser el no va más en la ciudad.

—Se va a llamar 100 Montaditos.

—¡Pero, chiquillo, que los de la franquicia te van a denunciar! —le advirtió Rafa descolocado.

—Es que voy a abrir una franquicia.

Rafa tardó unos segundos en asimilar que lo que decía Joaquín era cierto. Salió a la calle y comprobó él mismo que el cartelón que estaba anclado a la fachada era el de la famosa cadena de comida. Joaquín explicó a Rafa que estaba cansado de la incertidumbre económica del bar de toda la vida, que se le había quedado antiguo el negocio y que pronto o tarde tendría que modernizarse. Había decidido apostar sobre seguro y abrir un 100 Montaditos.

—¿Y qué va a ser ahora de nuestras vidas?

—De tu vida no lo sé. La mía seguirá como siempre, atendiendo a los clientes y trabajando mucho.

—No entiendo cómo Curro te ha dejado hacer algo así, de verdad te lo digo.

—Curro fue el que más me animó. Además, desde que se fue a vivir con Laura a las afueras ya casi ni sale.

—¿Con quién?

—Con la madre de su futuro hijo —le contestó Joaquín, con retintín—. Oye,

Rafita, que me parece genial que hayas vuelto de allí arriba, pero por aquí la cosa ha cambiado bastante desde que te fuiste.

Rafa no tenía ningún derecho a regañarles por no haberle tenido al día de lo que pasaba por Sevilla todos estos meses. Tampoco él había mostrado excesivo interés, siempre pensó que las cosas seguirían eternamente como las dejó, con las mismas rutinas, la misma gente, las mismas noches sin fin... Esa era la vida que Rafa había venido a recuperar después de cortar con Amaia y dejarlo todo en Argoitia. Pero todo aquello había pasado ya a la historia, y sus amigos habían evolucionado, madurado incluso. Solo con pensar que Curro iba a ser padre, a Rafa se le ponían los pelos de punta, con gomina y todo. Uno con una franquicia y el otro con un bebé. En la mente de Rafa eso era el mismísimo Apocalipsis según san Juan, y, además, le había cogido totalmente por sorpresa.

—Subo un momento al piso a dejar las cosas, y luego me cuentas más.

Joaquín negó con la cabeza y Rafa se hizo una idea de lo que venía a continuación. Él seguía viviendo en el piso que antaño compartía con Rafa y Curro, pero las dos habitaciones que quedaron libres se las había alquilado a dos chicas italianas que estaban de Erasmus.

—No veas lo buenas que están las condenadas.

—Oye, que a mí con dormir en el sofá del salón me vale de sobra —le dijo Rafa queriendo hacer noche en aquel piso a toda costa.

—De verdad, Rafita, lo mejor es que te busques un hostel o algo mientras tanto. Y ya cuando encuentres trabajo te alquilas tu propia casa.

—Trabajar había pensado en lo tuyo de los montaditos, ¿no?

—Complicado, tengo ya cubiertas las siete plazas. Si me hubieras avisado con tiempo... De todas maneras, en la copistería Loli buscan a alguien por las mañanas.

Joaquín se disculpó para supervisar un momento la nueva pintura de la fachada, pero el momento se convirtió en cuarenta y cinco minutos, lo suficiente para que Rafa perdiera la paciencia y se fuera con su maleta en dirección al centro, a buscarse un hostel donde caerse muerto.

La visita al bar de Joaquín había dado un giro de ciento ochenta grados a sus planes de regreso. Rafa no había contado con la posibilidad de que por Sevilla las cosas ya no siguieran en el mismo punto donde las dejó. Los planes de recuperar su antigua vida social, la noche y la churriagenda se habían desmoronado como un castillo de naipes en apenas una hora.

—Una cerveza —pidió Rafa al camarero, tras hacer una parada técnica por el camino en una terraza plagada de guiris.

Antes de que el camarero llegara a pisar el interior del bar, se desató la tormenta y cayeron las primeras gotas de agua sobre la mesa. Era la primera vez que llovía en siete meses. Dos minutos después, caía sobre Sevilla un diluvio que no lo recordaba así ni en Argoitia. Los clientes, entre gritos de qué horror y *what the fuck!*, desalojaron las terrazas y se resguardaron dentro para seguir bebiendo

tranquilamente. Rafa, ensimismado, no se movió de la silla, se bebió la cerveza como si no sucediera nada, con la mirada perdida en la muralla de los Reales Alcázares.

Cuando el platito de patatas fritas empezó a desbordar agua, y el albero del suelo se había transformado ya en barro, pegó el último trago al botellín de Cruzcampo, agarró la bolsa y siguió andando, esta vez en dirección a la estación de autobuses, con paso firme y decidido.

Cuatro horas después de que llegara a Sevilla, Rafa estaba de vuelta en la estación, empapado de pies a cabeza, chorreando agua por los cuatro costados. Cogió sitio en la cola de la taquilla.

—¿Siguiente? —dijo la taquillera, con actitud de funcionaria malencarada.

—Me da uno para el autobús de las seis, por favor.

—Sí, pero para dónde —le preguntó mascando chicle y sin mirarle a la cara.

—Perdón. Para Marbella.

La taquillera le cobró quince euros y le dio el billete. Los quince minutos que le quedaban para subirse al bus los aprovechó para cambiarse de ropa en los baños de la estación. Morir de pulmonía hubiera sido el remate que le quedaba pendiente en su patética agenda de desgracias.

Como apenas viajaban quince personas en el mismo autobús, Rafa se aseguró de coger sitio sin acompañante, para que nadie le diera la chapa en las tres horas que tenía de viaje. Recostó su asiento hasta el tope y colocó los pies sobre el asiento de delante. Aquella actitud era su particular respuesta a tanto contratiempo, era una manera de decirle a su maldito destino «aquí estoy yo y nada va a conseguir amedrentarme».

—A ver, el chico del fondo. Baja los pies ahora mismo —le amonestó el chófer por megafonía antes de arrancar.

Rafa bajó los pies *ipso facto* y colocó el respaldo totalmente recto por si acaso. El autobús salió de la estación rumbo a Marbella, previo paso por Jerez de la Frontera y Algeciras.

Durante el trayecto les pusieron la película *Sister Act 2*, todo un clásico de los autocares españoles. Como no estaba para mucho musical monjil, aprovechó el trayecto para reflexionar y sobre todo asumir que la precipitada vuelta a Sevilla podía haber sido un error. Su desconexión absoluta durante aquel año le había pasado una factura que empezaba a pagar ya muy cara. Pero tenía toda una nueva vida por delante y no por ello iba a quedarse tirado como un moribundo. Era joven, guapete y simpático, más que suficiente para empezar de cero y volver a construir una vida ideal según sus cánones de felicidad. Y para eso estaba Marbella, La Meca y su padre. Era como si la vida le pusiera en bandeja una segunda oportunidad para renacer de las cenizas y volver a ser quien era. Rafa, el ave Fénix español. Su función ahora sería la de tomar el testigo de su padre y relanzar La Meca como el chiringuito de moda que fue hace treinta años. Era solo cuestión de chapa y pintura, de modernizar un poco la programación y de hacer una buena campaña de *marketing*.

Después, a vivir la vida, disfrutar la noche y gestionar razonablemente bien los gananciales. No como su padre.

El autobús, una vez más, le dejó en la estación y Rafa, agotado ya de tanto viaje, se acercó a la parada de taxis.

—A La Meca, por favor —indicó Rafa al taxista.

—¿Disculpe?

—La Meca. El chiringuito.

El taxista, de unos treinta años, se quedó varios segundos pensando, como queriendo sonarle aquel sitio.

—Es igual, lléveme a la playa.

Se había quedado una noche magnífica, y Rafa pidió al taxista que le dejara al principio del paseo marítimo y así acercarse andando hasta el chiringuito y, de paso, rememorar su infancia y todo aquel entorno que tantos recuerdos le traía. El paisaje había cambiado bastante en estos últimos años y le resultaba casi irreconocible. Por una parte todo estaba más limpio de como lo recordaba, no se veía un solo papel en el suelo, ni un cartel pegado en ninguna fachada. Pero por otro lado, los excesos de la construcción no habían tenido piedad y todo le resultaba un enjambre de apartamentos y edificaciones sin gusto ni orden alguno. La Meca, sin embargo, seguía en su sitio, frente al mar, con su terraza, su zona de barra, su pequeño escenario...

Rafa sacó una sonrisa al divisar a lo lejos el mítico local de su padre. Aquella imagen le provocó más ternura que otra cosa, y le generaba era como la de regresar al útero materno. No obstante, allí había nacido y allí se había criado, y nada mejor que aquel lugar para resetear su vida.

Lo primero que le llamó la atención según se acercaba fue la música. Lo que sonaba no eran sevillanas, ni los Cantores de Híspalis, ni Manzanita ni ninguno de los clásicos de la casa. Su padre tenía puesto en la terraza un reggaetón de ritmos machacones que retumbaba por todo el vecindario. Lo segundo que le extrañó fue la cantidad de gente que había: poquísima.

—¡Una cervecita con limón! —pidió Rafa al camarero que estaba de espaldas haciendo cuentas en la caja registradora—, y dígame a mi padre que el Rafita está de vuelta.

El camarero se dio media vuelta y Rafa, asustado, se echó para atrás. Después echó un vistazo a la terraza y se fijó en cada uno de los camareros. Todos eran chinos.

—No tenel con limón, solo con Casera —le contestó el *barman* con el pelo sucio y una camisa hawaiana mal abrochada.

—Con Casera está bien —respondió Rafa, desconcertado.

Rafa se sentó en una mesa y contempló con detalle el ambiente de la terraza. Una pareja de alemanes jubilados bebiendo sangría, dos adolescentes comiendo pipas y chateando con sus móviles, y tres señoras compartiendo una jarra de limonada de tetrabrik. El panorama era devastador. La Meca se había convertido en la viva imagen

de la decadencia occidental. Además, por las noches ya no había espectáculos ni música en directo. Ahora tenían un karaoke. Lorenzo había perdido el norte con el negocio y la labor de Rafa para reflotar aquello iba a ser más ardua de lo que pensaba.

—¡Rafita, campeón! ¡*Crack*, que eres un *crack*!

El Pulga salió de la trastienda y corrió a abrazar a Rafa.

—¿Cómo tú por aquí? ¿De viaje de novios?

Rafa se armó de paciencia y volvió a contar los motivos de su ruptura.

—Verás el disgusto cuando se entere tu padre, con lo feliz que te veía allí en *Urgoitia*.

—Hablando de mi padre, ¿dónde está?

—En Roquetas de Mar.

—Justo vengo yo y él se coge vacaciones, ya es mala suerte.

—Qué vacaciones, si hace dos meses que se fue allí a vivir.

—¿A vivir?

—Llegamos de las Vascongadas y dijo que vendía La Meca, que se quería jubilar.

En dos días se lo había vendido a unos chinos.

—¿Y tú?

—De camarero. Eso sí, de vez en cuando también me canto mis sevillanitas.

Al Pulga se le notaba un poso de tristeza en la voz mientras explicaba a Rafa cómo era su nueva vida.

—De verdad que estoy feliz, que estos chinos son muy *salaos*.

Al momento, dos camareros se enzarzaron en una desagradable discusión en mitad de la terraza. Los gritos en aquel idioma generaban una tensión añadida que hacía que no supieras si aquello iba a acabar en una sangrienta reyerta de mafias.

—Aquí ya no pintas nada, Pulga. Tú te vienes conmigo a Roquetas.

—¿Yo? Pero si tengo aquí mi trabajo.

—Cada uno tiene que estar donde tiene que estar, y esto ni es ya La Meca ni es nada.

—Pero si aparecemos en Roquetas lo mismo les molestamos.

—¿Les molestamos? ¿A quiénes? —preguntó Rafa.

—A tu padre y a Zuleidi.

Lorenzo había vendido La Meca a los chinos por trescientos mil euros, lo justo para comprarse un apartamento frente al mar en la localidad almeriense, y poder irse a vivir allí con Zuleidi. Al parecer, a sus sesenta y siete años, Lorenzo había decidido asentar la cabeza.

LA RECONQUISTA

El timbre del apartamento diez y siete, pasillo izquierdo, portal treinta y tres de la urbanización Playadelmar, sonó a media mañana. Lorenzo, extrañado al no esperar visita alguna, salió de la cama y llegó a la puerta ataviado con un batín de raso estampado con amebas. Miró por la mirilla.

—¡Papá!

—¡Hijo!

—Mira a quién te traigo —dijo Rafa señalando al Pulga, al que apenas se le veía debido a su mínima estatura.

Lorenzo abrió la puerta.

—Pero... ¡Pichita! ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, a devolveros la visita —dijo Rafa con la sonrisa del hijo pródigo que vuelve al hogar después de un tiempo.

Zuleidi les saludó cariñosa y les invitó a pasar dentro. Les cogió las maletas y se fue a la cocina a prepararles un buen café a cada uno.

—Oye, hijo, ¿pero estás bien, no?

—¿Yo? ¡De puta madre! Perfecto.

Fue terminar la frase y entrarle la llorera de su vida. Tres horas se tiró contando, ahora sí, con todo lujo de detalles, su ruptura con Amaia, su vida en Argoitia y la complicada relación que mantenía con su suegro Koldo. El desahogue le resultó como sentarse en el diván de un psicoanalista, abrir las compuertas de su interior de par en par y soltar, sin filtro alguno, la mierda que tenía acumulada de todos esos meses. Se despachó a gusto.

Nada más terminar la sesión de terapia, Zuleidi se fue al cuartito de invitados para hacerle la cama. Rafa no podía ir a ningún sitio en ese estado tan penoso. El Pulga, ya puestos, también se quedaría unos días como apoyo psicológico. A él le dejaron que durmiese en el tresillo del salón, que no era muy grande pero para el Pulga sobran dos plazas y media.

Los días posteriores a la confesión se los pasó Rafa encerrado a cal y canto en su habitación, mirando compulsivamente mensajes antiguos de Amaia en su móvil. Los borraba y los volvía a recuperar una y otra vez, en bucle. Una de las veces que Rafa salió para ir al baño, Zuleidi aprovechó para entrar corriendo y airear un poco el cuartucho, que olía ya a cuco. Después, vuelta a la encerrona.

—Pichita, ¿estás despierto? —le preguntó Lorenzo desde el otro lado de la puerta.

—No.

—Te lo digo porque tengo entradas para los toros esta tarde, para que te vengas.

—No me apetece. Que vaya Zuleidi.

—No, que dice que es antitaurina. Yo creo que ha visto tantos cuernos a lo largo

de su vida que ya le da coraje, ja, ja —se rio Lorenzo de su propia ocurrencia.

No hubo más respuestas de Rafa. Lorenzo, preocupado desde hacía días por la salud mental de su hijo y por el pestazo a cerrado que empezaba a salir de aquella habitación, abrió la puerta sin pedir permiso y se sentó en la cama junto a Rafa, que estaba tumbado, hecho una bola y con la cabeza incrustada en la almohada.

—Yo por si acaso, te dejo aquí la entrada ¿eh, campeón? Mientras tanto, el Pulga y yo vamos a tomar una tapita abajo, donde el bar de Perico.

Lorenzo acarició la cabeza de Rafa, pero este no hizo el más mínimo gesto. Salió de la habitación más preocupado que cuando entró. Cerró la puerta y Rafa, sin apenas moverse, estiró el brazo, cogió la entrada y la rompió en dos.

Cuatro días después de la absurda encerrona, y con cuatro kilos de peso menos, a Rafa no le quedó otra que acercarse a la cocina a husmear en la nevera. Trincó un recipiente con gazpacho fresco y, tal cual, de la jarra a la boca. También atacó, con un cuchillo jamonero, una barra de fuet y una lasaña de carne que hacía Zuleidi todos los domingos. Se quedó bien a gusto, saciado para otra semana.

—Rafita, tenemos que hablar —le dijo su padre mientras Rafa untaba media barra de pan en la salsa de la lasaña—. Esto así no puede seguir.

—¿El qué?

—Lo sabes perfectamente. Lo tuyo con Amaia.

Rafa dejó de mala manera el pan sobre la mesa.

—Lo mío con Amaia ya no existe. Se acabó.

Rafa hizo amago de irse, pero Lorenzo le cogió de los hombros y le sentó en una silla.

—¿Te piensas que tu padre es gilipollas? Tú quieres volver con esa chica.

—Que no voy a volver con nadie.

—¿Pero tú quieres o no quieres? —preguntó Lorenzo—. ¿Sí o no?

Rafa negó con la cabeza, dando a entender por el gesto que su padre le resultaba un pelmazo.

—¡Pues claro que quiero volver con ella! Claro que quiero, pero lo dices como si fuese tan fácil.

—Fácil no es, eso ya te lo digo yo. Pero tú confía en tu padre que de esto sabe una barbaridad.

Rafa hizo un acto de fe sin precedentes y aceptó ponerse en manos de su padre. Lo primero que le dijo Lorenzo que tenía que hacer era ducharse. Por su bien y por el de todos los que le rodeaban. Y así fue, Rafa se cascó una ducha de media hora de las que hacen época, con agua hirviendo, bien de presión y Melodía FM a todo volumen.

Se sentaron los tres hombres alrededor de la mesita del salón, con papel y boli, como si fueran a tener un gabinete de crisis en el Despacho Oval. El objetivo, recuperar a Amaia, era de hecho tanto o más complicado que acabar con el ISIS en Oriente Próximo. Lorenzo arrancó la tormenta de ideas marcando terreno.

—Como ya sabes, en mi vida he estado con una *jartá* de mujeres y me conozco

perfectamente su psicología.

—Eso es verdad —dijo el Pulga a Rafa—. Una vez intenté echar la cuenta de sus ligues y me salieron ciento trein...

—Las que sean, lo mismo da —le interrumpió Lorenzo—, pero también me han dejado tirado muchas veces. Llámalo roces de la convivencia o llámalo que me pillaban en la cama con tres gachís, circunstancias que ahora no vienen al caso.

—Al grano, papá, que todavía me vuelves a contar la historia de las hermanas Valverde en el *jacuzzi*.

—Mira, la mejor manera de hacer que una chica vuelva contigo es atacando a sus instintos más primarios. Los celos.

Zuleidi, que estaba en la otra punta del salón ensayando ejercicios de zumba, negaba con la cabeza mientras meneaba la cintura al ritmo de la música.

—Si le haces creer a Amaia que has conocido a otra muchacha, ella sentirá que está perdiendo el control de la situación.

—¿Pero qué chica? Si aquí en Roquetas las únicas mujeres que conozco son Zuleidi y Rosarito la portera.

—Parece mentira que seas hijo mío. Qué poquito arte... A ver, saca el móvil.

Rafa sacó su teléfono, nervioso por lo que pudiera tramar su padre.

—Ahora escribe lo que yo te diga: «Hola, perla. Me encantó lo de ayer, ¿quieres que repitamos hoy?».

—¿Repetir el qué? Si llevo sin ver a Amaia casi tres semanas.

—¡Rafa, por favor! Tú le mandas eso a Amaia y después le pones: «Perdona, no era para ti, un beso». Te aseguro yo que a los diez minutos está que se sube por las paredes.

Rafa no las tenía todas consigo, no estaba tan seguro de que Amaia fuera a entrar al trapo con ese tipo de estrategias. Lorenzo, impaciente por tomar las riendas, le quitó a Rafa el teléfono y empezó a escribir el mensaje.

—Ahora lo mandamos y a esperar que se muera de celos...

Zuleidi estuvo rápida, y justo antes de que Lorenzo enviara aquella nota de suicidio consiguió arrebatarse el teléfono.

—Rafa, mi amor, no hagas ni caso a estos dos descerebrados. Ni se te ocurra mandarle a tu chica nada de lo que dicen.

—Zuleidi, cariño, y te lo digo desde el respeto, esto es una cosa entre padre e hijo —dijo Lorenzo a su chica.

—Esto es una cosa entre Rafa y Amaia y vosotros no tenéis ni idea de mujeres.

Zuleidi, sin pensárselo y sin pedir permiso, cogió una silla y se sentó con ellos.

—Corazón, tú lo que tienes que hacer con Amaia, antes que nada, es pedirle perdón.

—A ver, a ver... Que un Quirós no se baja los pantalones así porque sí —dijo Lorenzo con cierta exaltación.

Zuleidi le miró a los ojos y este se amilanó, agachando la cabeza. Rafa agarró su

móvil y entró en el chat que tenía con Amaia. Se quedó medio minuto pensando cómo narices arrancar una conversación después de tantos días sin tener contacto alguno.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Rafa, tirando la toalla.

Como la cosa parecía que iba para largo, el Pulga descorchó una botella de vino y cortó unos taquitos de jamón. Rafa decidió confiar ciegamente en el instinto femenino y en el sentido común de Zuleidi, y seguir sus consejos al pie de la letra, nunca mejor dicho.

—... por eso quiero que sepas que no puedo dormir pensando en el daño que te hice... —le dictaba Zuleidi mientras Rafa transcribía con puntos y comas—, lo único que quiero decirte es que lo siento. Te merecías mucho más.

—¿Ya? —preguntó Rafa.

—Ya.

—Le pongo «Un beso enorme» o algo, ¿no?

—Nada de cariños. Solo disculpas.

—Pero, entonces, ¿lo mando ahora o...?

Zuleidi, perdiendo un poco la paciencia con tanta indecisión, le dio ella misma a enviar. Los sudores y los nervios no tardaron en aparecer. Rafa pensó incluso en vomitar de la tensión que le producía no obtener respuesta alguna de Amaia. Aunque quizá fuera lo normal, teniendo en cuenta que ella estaría conduciendo el taxi, y que además solo había pasado minuto y medio desde que le mandara el mensaje.

Salió al balcón y volvió a entrar ocho veces seguidas, se mordió las uñas hasta hacerse sangre, y le fumó medio paquete de Fortuna al Pulga. Aun así, no podía evitar que su cabeza maquinara los peores escenarios posibles: Amaia no respondía porque había cambiado de número para que Rafa no la localizara nunca jamás; Amaia no respondía porque estaba tonteando con un cliente en el taxi; Amaia no respondía porque había vuelto con su exnovio y juntos estaban viendo el mensaje de Rafa partiéndose de risa...

Mientras llegaba la respuesta, no pudo no hacer lo que Zuleidi le dijo que evitara a toda costa: meterse en Internet y buscar las últimas actualizaciones en el Facebook y el Euskogram de Amaia. En Facebook había colgado tres canciones: *Eskoria*, del grupo vasco R.I.P.; *Iros a la mierda*, de Eskorbuto, y *Escupe*, de Cicatriz. Por la temática no parecía que estuviera pasando por uno de sus mejores momentos. En el Euskogram solo había colgado una foto. Era de un famoso grafiti que decía: «Todo el mundo comete errores, tú eres el mío».

El tiempo pasaba mucho más despacio de lo habitual... y Amaia no contestaba. Cuando dieron las doce, Zuleidi obligó a todos a irse a la cama.

—Cariño, tu vida no puede girar en torno a un mensaje —le dijo Zuleidi, siempre con la cabeza fría y mucha sensatez—, así que ahora, a descansar.

Rafa tardó apenas unos segundos en caer redondo. Había sido una tarde de muchas sensaciones, de mucho agotamiento y estrés mental, y ahora tocaba

bajaron tres botellas de tinto, y cuando estaban a punto de sacar los licores y de entrar en historias más explícitas, Zuleidi les cambió de tercio y le recordó a Bertín el motivo de su visita.

—Llevo una semana chateando con ella. Pero dice que quiere ir despacio. Y conociendo a las vascas eso puede significar lo menos seis años.

—Mira, Rafita —le dijo Bertín—, eso de los mensajitos es una mariconada, y perdón por decir tacos delante de una señorita. Tienes que comportarte como un hombre y no como una niña.

—¿La llamo entonces?

—Le envías un burofax, no te jode. Lo que tienes que conseguir es un golpe de efecto, algo que no se espere de ti. Así funcionan las mujeres.

Zuleidi carraspeó para recordar a los cuatro que cuidadito con los comentarios machistas.

—Y ojo que lo tuyo no es conquistar a una mujer, es re-con-quis-tar a una mujer. Mucho más difícil, porque ella ya conoce tus puntos débiles y va a ir a por ellos.

—¿Tú has tenido que reconquistar alguna vez?

—Una vez, a una exnovia. Le volvían loca las rancheras y yo las odiaba a muerte. Ella se empeñaba siempre en que le cantase alguna, pero yo me negaba. Al tiempo me dejó, ¿y qué hice? Sacar un disco de puñeteras rancheras para impresionarla. Y va y se convierte en superventas, tócate los cojones.

—Y volviste con ella.

—No, porque para entonces yo ya estaba con otra. Pero eso da igual.

El móvil de Rafa, siempre a la vista, vibró. Tenía un nuevo mensaje, pero esta vez no era de Amaia, sino de un número desconocido que Rafa no tenía grabado en su agenda.

—«Soy Iratxe. ¿Por k no dejas a Amaia trankila?» —leyó Rafa en alto.

—¿Ira-qué?! —preguntó Bertín, a punto de atacar el chupito de hierbas—. Menudos nombres más raros se ponen estos vascos.

—¡Iratxe! —contestó Rafa para sí mismo, mientras se levantaba de la mesa, con cierta prisa.

—Oye, a las amigas ya sabes... ¡ni agua!

Rafa se disculpó y salió corriendo a la calle. Nadie entendía absolutamente nada.

—El chiquillo ha perdido un poco la cabeza con tanto mensaje —sentenció su padre antes de volver otra vez al anecdotario de sus juergas marbellíes.

Dos semanas más tarde de aquella comida, Rafa envió una solicitud de amistad a Amaia desde su nueva cuenta de Facebook: Errapel Quirós. Para que no cupiese duda de que aquello no era solo una broma para hacerla reír, había incluido como foto de perfil su nuevo DNI, en el que se leía bien claro su nuevo nombre en euskera. Sin saberlo, Iratxe, la que tanto le insistió en que se cambiara el nombre, le había dado la clave para sorprenderla con algo imprevisible. Junto con la solicitud de amistad del Facebook, añadió un mensaje privado: «Y después de esta sorpresa, agárrate, porque

quizá hoy mismo te lleves otra muuuuuucho más grande».

Rafa le mandó todo eso desde el autobús, camino de San Sebastián. Se había compinchado con Merche para que Amaia estuviera en casa esa noche, momento en el que Rafa aparecería en casa de los Zugasti y le diría en persona todo lo que tenía que decirle.

Cuando la solicitud de amistad llegó al móvil de Amaia, este vibró dos veces seguidas. Sin dejar de conducir el taxi con la mano izquierda, con la derecha intentó teclear el número de seguridad mirando de reojo, y desbloquear el aparato. De pronto, un ruido seco, un golpe fortísimo. Se acababa de saltar un semáforo en rojo y había chocado contra algo. Frenó lo más fuerte que pudo, golpeándose ella misma la cabeza contra el volante. El cinturón de seguridad se encargó de que la tragedia no fuera mayor. El teléfono, sin embargo, se estampó contra la guantera y resquebrajó la pantalla por completo, dejándola inservible. Los transeúntes comenzaron a arremolinarse frente al vehículo. Amaia se desabrochó el cinturón con torpeza por culpa de los nervios y salió del coche corriendo. Se había llevado por delante a un chico joven, de unos treinta y pico, con barba desaliñada y una gabardina como antigua. Estaba tirado en el suelo, boca arriba, absolutamente inconsciente.

—¡No os quedéis ahí parados, joder, llamad a una ambulancia! ¡Acabo de atropellar a un vagabundo! —gritó histérica.

Amaia se agachó y zarandeó al joven para ver si reaccionaba, pero era poco más que un muñeco inerte. De debajo de la gabardina asomaba un ordenador modelo MacBook Air, algo no muy habitual en un mendigo. Ni siquiera en los vascos. También había varias hojas con lo que parecían dibujos, bocetos.

—Noia... Eres... ¿un ángel? Debes de serlo por lo maca que se te ve... y esa luz tan... especial —balbuceó el herido a la vez que entreabría los ojos y volvía a la vida por unos segundos.

Antes de que Amaia dijera nada, volvió a perder el conocimiento. La ambulancia llegó al lugar del accidente y trasladó al herido hasta la Policlínica de San Sebastián. Amaia se quedó redactando el parte del accidente con la policía y en cuanto pudo se acercó a toda prisa para interesarse por el chico. De camino, afectada por todo lo ocurrido, y con la cabeza a mil por hora, casi atropella a otros tres jóvenes más.

Pau, que así se llamaba el magullado, estaba fuera de peligro, había sufrido un leve traumatismo y algunos golpes en las costillas sin aparente importancia. Teniendo en cuenta la embestida que le había pegado Amaia a ochenta por hora, era un milagro que no tuviera que acudir a otro velatorio de nuevo.

—¿Se puede? —dijo Amaia desde la puerta de la habitación.

—Home, ¿qué tal?

—Lo siento muchísimo. Nunca me había pasado, me despisté con el teléfono y... qué horror...

Amaia no pudo evitar llorar para destensar los nervios al darse cuenta de lo que podía haber pasado.

—Chsssst. Oye, como llores me enfado y te atropello yo a ti, ¿eh? —le dijo Pau simpaticuísimo, guiñándole el ojo.

Amaia soltó una leve carcajada, y con esta, se le quedó un moco a la vista. Rápidamente se acercó a la mesilla para coger unos pañuelos de papel y sonarse. Se fijó en una libreta que había sobre la cama, abierta por la mitad, y con un impresionante dibujo a lápiz de una chica. Era un retrato de ella.

—Lo hice hace un rato, espero que no te moleste. Me gusta dibujar a la gente que tiene como un aura especial.

—¿Te han puesto morfina, no? —preguntó Amaia, agobiada con tanto piropo.

—Les he dicho que no quería. Mi única droga es la belleza.

Pau explicó a Amaia que vivía en Barcelona. Era pintor, diseñador gráfico y artista plástico en general. Su presencia en Argoitia se debía a un encargo del Gobierno vasco para pintar un mural de treinta metros cuadrados en el *hall* del Kursaal. Cuando sucedió el fatídico atropello estaba recorriéndose la zona, «impregnándome de la esencia de la magia de Euskal Herria, de su *environment*, de su espíritu, del alma de...».

—Perdona, qué maleducado soy... Barkamena eskatzen dizut. Segurua euskaraz hitz egitea nahiago duzula.

Pau le vino a preguntar que si prefería que le hablara en euskera, lengua que por supuesto dominaba en varios dialectos.

—Me gusta empaparme de la cultura de los sitios que visito, ¿sabes? Y la de este país me gusta especialmente.

Pau matizó que al decir «este país» quería decir Euskal Herria. A Amaia le entraron los calores y se quitó el pañuelo del cuello. Aquello solo podía ser por dos cosas: por un flechazo o por la menopausia. Como apenas tenía treinta años, descartó la segunda opción y pensó que sí, que se estaba enamorando sin remedio de un chico al que hacía unas horas no conocía de nada y que, además, había estado a punto de matarlo.

El médico decidió dar el alta a Pau a media tarde, ya que las radiografías no mostraban ninguna vértebra rota. En señal de agradecimiento por su «mágica compañía», Pau dijo a Amaia que quería invitarla a una exposición suya que se inauguraba esa misma noche. Aquel gesto la dejó con cara de mema. No recordaba algo así hacia ella desde que Andoni, el repetidor de su clase en la ikastola, le regaló una entrada para ver juntos a Negu Gorriak.

—Déjame que pase por casa a coger una sudadera o algo. ¿Dónde es la exposición, en la casa de cultura?

Cinco horas más tarde, y sin terminar de creérselo del todo, Amaia estaba tomándose una copa de vino en la Galería Crone de Berlín, una de las más vanguardistas y prestigiosas de Europa.

Pau, que exhibía sus últimas creaciones de videoarte, le sonreía desde el otro extremo de la sala, donde charlaba con un importante marchante de arte. Después

irían a cenar a uno de los restaurantes más *in* de Kreuzberg, el barrio bohemio de Berlín. Hacía tiempo que Amaia no sentía algo tan especial por nadie.

Rafa desembarcó en Argoitia con un ramo de rosas que había comprado nada más bajarse del autobús. Merche intentó llamarle ocho veces a lo largo de la tarde, pero Rafa, siguiendo los sabios consejos de Bertín, había decidido apagar el móvil durante unas horas y planear bien el irresistible discurso que iba a soltar a su llegada a casa de los Zugasti.

Se atusó el pelo mirando su reflejo en el cristal del coche de Koldo aparcado frente a la puerta, cogió aire con la confianza de quien sabe que tiene el partido medio ganado y tocó el timbre sin que le temblara el pulso. Cuando oyó que corrían el pestillo y abrían el portón, cerró los ojos y se lanzó a la piscina.

—Eres la mujer de mi vida y he venido a recuperarte —dijo de carrerilla.

Koldo le miró sin mover un solo músculo de la cara. Observó el ramo de flores y la cara de idiota que se le había quedado a Rafa al no ser Amaia quien le abriera, tal y como había pactado con Merche.

—Ah, kaixo, Koldo, ¿le puedes decir a Amaia que...?

Koldo cerró el portón tal cual lo abrió y volvió a echar el pestillo por dentro. Rafa dio la vuelta a la casa sin perder un segundo y se colocó bajo la ventana de la habitación de Amaia.

—¡Cariño, soy yo! ¡Asómate sin miedo que quiero decirte una cosa!

Mientras Rafa soltaba sin descanso su retahíla de piropos y promesas de futuro a la ventana de su amada, Pau y Amaia, entre risas y confianzas, abrían la puerta de la suite Eisenhower del hotel Adlon, con vistas a la puerta de Brandenburgo.

Pau había dicho en recepción que les subieran fresas y champán frío, ya que la noche prometía ser larga y apasionante. Rafa, por su parte, aguantó estoicamente mirando hacia la habitación de Amaia, mandándole miles de mensajes con el móvil para no despertar a Koldo con sus gritos. Así hasta que a las siete en punto, el gallo de los Agirregomezkorta empezó a dar el coñazo y ya se dio por vencido. Dejó el ramo apoyado en la fachada de la casa y enfiló la kale Nagusia hacia la estación del Euskotren.

De camino, hizo una parada en el batzoki para desayunar algo.

EPÍLOGO

—¿Es usted la última, señorita? —preguntó Rafa.

—Mi amiga y yo.

Rafa se puso al final de una cola que casi daba la vuelta a El Corte Inglés de Sevilla y esperó impaciente su turno hasta llegar a la mesa donde esa mañana firmaba discos Pablo Alborán. Estaba emocionado, por fin iba a conocer en persona a su ídolo y solo por eso, aquel día había sido el primero en varios meses en que no había pensado en Amaia.

—¡Siguiente! —gritó el tipo de seguridad que custodiaba la mesa del cantante.

Rafa se acercó casi corriendo.

—¡Ole, ole y ole, *pedaso* de artista como la copa de un pino! —le dijo Rafa con una sonrisa de oreja a oreja.

—Encantado —le saludó Alborán, agotado ya tras siete horas seguidas de firma.

—No sabes lo que tu música significa para mí. Esas letras con sentimiento, con mensajes en sentido metafórico... Oy, oy, oy...

—Venga, que hay gente esperando —trató de agilizar el hombre de seguridad.

—¿A nombre de quién pongo la dedicatoria? —le preguntó Alborán.

—¿Eh? No, eso... Eso da igual...

—Tú dime tu nombre, que te pongo algo personalizado. ¿Cómo te llamas?

Rafa se lo pensó dos veces, pero terminó por decírselo. Quizá nunca volvería a tener una oportunidad como aquella en años.

—Errapel.

—¿Perdón?

Rafa le escribió su nombre en un papelito para que directamente lo copiara. Al leerlo, a Pablo Alborán se le escapó una carcajada. Y al gorila de Prosegur, otra más grande.

—¿¿Errapel?? Pero muchacho, la dedicatoria para quién es, ¿para ti o para tu hámster?

Rafa aguantó con la sonrisa forzada, soportando las risas de media planta de discos mientras el artista le firmaba las carátulas. Después cogió sus CD, le dio la mano y salió a la calle. Ya no pudo dejar de pensar en Amaia en todo el día.